


Hugo Sanz



EL ERROR  
DEL  
*Duque*

EL ERROR  
DEL  
*Duque*

Primera edición.

El error del Duque.

©Hugo Sanz

©Abril, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Redes sociales:](#)

## Capítulo 1



—Corwin, tienes una llamada. —La voz de Elina, mi secretaria, ponía la nota cálida a aquella gélida mañana de enero.

Acababa de llegar a mi despacho y todavía estaba aterido de frío. Por el amor del cielo, ¿cuánto se habían propuesto bajar las temperaturas? Me frotaba las manos para tratar de entrar en calor.

—Ahora no puedo, Elina, me llaman los del comité de zona. Esa panda de carcamales ha decidido volverme loco de atar—me quejé.

—Trabajas demasiado, Corwin, y te tomas las cosas muy a pecho. Sé que te lo he dicho en multitud de ocasiones, me duele la lengua de hacerlo, pero es que me preocupas.

—Pues que no te preocupe tanto, que bicho malo nunca muere. Anda, dile a quien quiera que sea que estoy ocupado.

—Está bien, está bien, que se pare el mundo, que además es viernes y solo tengo ganas de que el reloj haga un esfuerquito y se plante en el mediodía.

La que volvió a plantarse, pero literalmente y en pocos segundos en mi despacho, fue ella.

—Creo que es serio, Corwin, te paso la llamada, hazme caso.

Aparte de mi secretaria, Elina era amiga desde hacía varios años y yo la conocía a la perfección. Si decía que tenía que ponerme, ya debía darme patadas en el culo para hacerlo.

—De acuerdo, pásamela, por favor.

Resoplé pensando que ojalá que no fuese nada extremadamente importante. Como bien había dicho ella, era viernes, el día en el que uno deseaba que se parase el mundo.

No había sido mi mejor semana, para qué iba a engañarme. De hecho, llevaba ya tres días sin hablarme con Lara, mi prometida. Tres largos días en los que tuve ocasión de darme cuenta de que lo nuestro no es que fuera precisamente sobre ruedas. Y en el caso de que lo fuera, sería para despeñarme por un abismo...

—Sí, dígame. —Algo me decía que aquella llamada me complicaría la vida, aunque jamás hubiera imaginado que me la cambiaría para siempre.

—¿Señor Albertson?—Aunque llevara cuatro años sin escuchar su voz, reconocí al instante la de Ronan, el mayordomo de mi padre.

—¿Ronan? Cuánto tiempo, ¿ha pasado algo? —La mía tembló, indiscutiblemente debía ser grave.

—Mucho me temo que sí, su padre ha fallecido esta noche, lo siento de corazón.

Ronan no solo era un mayordomo, sino que estaba considerado como toda una institución en el castillo... El castillo en el que yo había crecido y que era propiedad de mi padre, el duque.

—¿Fallecido? —Mis ojos se llenaron de lágrimas. El destino no podía hacerme eso, no era justo —. ¡No! —chillé.

—Le esperamos en casa, señor. —Su voz me transmitía el momento tan tenso que debían estar viviendo.

Aquella lágrima cayendo sobre mi mesa de cristal me recordó a las muchas que vertí veinte años antes, el día que mi padre entró en mi dormitorio para comunicarme que mi madre había fallecido en trágicas circunstancias, jamás aclaradas; aquella caída por las escaleras del castillo provocó que pasara a mejor vida sin ni siquiera tener la posibilidad de despedirse de mí, su único y amado hijo.

Y ahora me esperaban en casa, la misma casa que yo no había vuelto a pisar desde que mi

padre me comunicó que se casaba con Chanel, una chica que podía ser su hija. Claro que podía serlo, si era cinco años más joven que yo, que acababa de cumplir los cuarenta.

Sería injusto afirmar que fue su relación con Chanel la que terminó con la nuestra, cuando lo cierto es que, desde la muerte de mi madre, mi padre y yo nos llevábamos como el perro y el gato. La razón no era otra que en la última etapa de su vida les vi discutir en innumerables ocasiones.

—Cariño, es posible que tu padre y yo terminemos por separarnos—me comentó unos días antes de su fallecimiento.

—Sinceramente, creo que será lo mejor, él ya no te hace feliz, mamá. —No me cogió por sorpresa su decisión. Diría más, lo deseaba; lo que yo sentía por mi madre era adoración y no creía que una vida al lado de mi padre fuera lo que ella mereciera.

Soy consciente de que lo estoy poniendo como un ogro, pero es que con mi madre perdía pie y no podía soportar verla llorar discusión tras discusión. Desde que cinco años antes él tuvo un desliz con una doncella, ella no se lo había perdonado y las discusiones en casa eran el pan nuestro de cada día.

Entonces, de la noche a la mañana, sufrió aquel accidente que le dejó a él vía libre para hacer su nueva vida. No quiero señalarle con el dedo acusador, pero reconozco que en el fondo de mi corazón siempre existió la duda de que tuviese algo que ver con su mortal encontronazo. Y si no directamente, quizás sí de manera indirecta, pues les había escuchado discutir minutos antes y quizás ella salió corriendo con la vista nublada por tanta tensión como se vivía en aquel maldito lugar.

Su funeral y posterior entierro es algo de lo que solo tengo flashes en mi memoria; lo viví como en una nube... Igual era la misma nube que descargó un increíble chaparrón justo en el momento en el que a ella la metían en el insigne panteón familiar...

Insigne, ese es el adjetivo que mejor definía al duque y a todo lo que le rodeaba. A partir del momento del fallecimiento de mi madre, él hizo bueno el dicho de que “el muerto al hoyo y el vivo al bollo”, porque mi progenitor se hizo asiduo a toda fiesta que se preciara de serlo y fueron múltiples sus conquistas.

En honor a la verdad, he de decir que al menos no tuve que presenciar sus correrías porque

siempre fue muy discreto al respecto. Viví con él unos cinco años más hasta que me independicé y me fui a Londres, entrando a trabajar en la sucursal bancaria de la que años después me convertí en director.

Allí, en Londres, había logrado ser lo que tanto ansiaba; Corwin Albertson a secas, sin la más mínima aspiración de que se me relacionara con la nobleza. Dicho en otras palabras, a mí lo de ser duque me la traía al paio, y nada más lejos de mi deseo que volver a pertenecer a aquel mundo del que hacía ya mucho tiempo salí huyendo.

La noticia del enlace de mi padre con Chanel me cayó como un jarro de agua fría. Hasta ese instante, yo cumplía con los estándares mínimos como hijo, haciéndole al duque una llamada de vez en cuando y volviendo a casa por Navidad. Hasta ahí. Sin embargo, que fuera a casarse y con la que yo consideraba una trepa total me rompió todos los esquemas.

Chanel era amiga de mi prima Freya, quien se la presentó en una fiesta. Mi padre y ella se llevaban nada más y nada menos que la friolera de treinta años, y la muy fresca quería hacer ver que lo suyo fue amor a primera vista. Por esa regla de tres simple yo era el cardenal Richelieu, no te fastidia.

Con el ánimo de excusarse, mi padre con el poco tacto que caracteriza a lo que viene siendo todo un encoñamiento, me lo vendió poco más o menos como que Chanel era el amor de su vida. Y hasta ahí llegamos, me tocó las narices soberanamente.

Yo no digo que él no tuviera derecho a rehacer la suya, pero de ahí a que aquella niñata saliera ganando en la comparación con mi madre había un trecho. Mi reacción no se hizo esperar; rompí todo lazo con él y con cualquier persona que viniera de su entorno.

No por ello se rindieron, y pronto me hicieron llegar su invitación de boda. Y digo pronto porque no mediaron ni seis meses desde el comienzo de su idilio hasta que anunciaron a bombo y platillo que ella se iba a convertir oficialmente en duquesa.

A mí me parecía fenomenal que quisieran hacer comulgar con ruedas de molino al resto de su entorno, pero yo por ahí. Ni pasaba ni iba a pasar en toda mi vida; tan sencillo como eso.

El día en el que ellos se estaban dando el “sí, quiero” yo tomaba mojitos en la piscina del mejor resort cubano. Puse tierra de por medio y no solo lo hice físicamente, sino que mi cabeza



también trató de borrar lo que allí se estaba cociendo.

De Cuba no solo me traje una resaca de dos pares de narices, sino también una novia, Lara. No es que ella fuera cubana, sino que también andaba por allí de turismo y nos hicimos inseparables. Ahora pienso que esa dulzura con que me cautivó era tan solo un papel que, en el fondo, esa no era ella.

Desde entonces habían pasado cuatro años y, aunque los comienzos con mi chica, como acabo de decir, fueron bonitos y habíamos llegado incluso a prometernos, el último año no había sido precisamente un juego de niños. Lara había pasado a ser socia del prestigioso despacho de abogados en el que trabajaba y su carácter se había agriado al tiempo que sus responsabilidades crecieron.

Ningún pensamiento tenía de invitar a mi padre a nuestra boda, la misma que tampoco sabía ya si iba a celebrarse. Pero lo tuviera o no, la realidad imperaba y el duque ya solo iba a criar malvas.

No obstante, y aunque hubiera preferido meter los pies en un bidé lleno de pirañas que volver al castillo familiar, no me quedaba otra. Si algo había heredado de mi padre era el sentido de la responsabilidad, y sabía que allí eran innumerables los asuntos que me esperaban a la espera de resolverse ante una situación tan caótica.

Para más inri, entre esos asuntos se encontraba garantizar el sustento a las muchas familias que dependían económicamente del duque, y eso era algo sagrado.

A Chanel la tenía por un parásito y, como tal, existían muchas posibilidades de que lo más importante para ella fuera elegir un look adecuado para el sepelio. Lo de que el servicio siguiera o no pudiendo poner un plato de comida en la mesa de sus hijos sería algo accesorio, como si lo estuviera viendo.

Abrí mi agenda y llamé a Elina, mi secretaria.

—Por favor, cancela todo aquello que te indique, tengo que irme urgentemente a Birmingham.

—Pero Corwin, ¿no vas a decirme lo que ha pasado? ¿Es tu padre?

—Sí. —Volví a echarme a llorar irremediablemente y ella trató de consolarme en la medida de lo posible.

Dudé sobre llamar a Lara o no, así estaba el percal entre nosotros. Analicé la situación y decidí que bastante caldeado iba a estar el ambiente en el castillo como para añadir más leña al fuego. Ya se lo diría cuando estuviera allí.

Salí del banco, pasé por casa a coger ropa y me dispuse a salir, enfundado ya en mi traje oscuro. Quién me iba a decir a primera hora de la mañana de ese viernes que pasaría un largo fin de semana de funeral.

El gris que dominaba el cielo de Londres se fue haciendo hueco poco a poco en mi corazón. El que iba a emprender en ese instante era el más triste de todos los caminos de vuelta a casa que pudieran ocurrírseme. Y peor aún, con el añadido de que tendría que conocer sí o sí a la mujer a la que tanto tiempo llevaba esquivando.

## Capítulo 2



—Bienvenido, señor Albertson. —Ronan era la eficiencia en persona y fue él mismo quien me dio paso al castillo.

Previamente uno de los jardineros me había abierto la verja de entrada. Llamó mi atención que, al tratarse de un chico joven, tuve que identificarme, ya que no me conocía.

—Hola, Ronan, te lo digo por enésima vez, llámame Corwin, por favor—le pedí, sabiendo que sería en vano.

Se me hacía raro que siendo mayor que yo no aceptara tutearme, pero era lo que había. Ocurrió así desde pequeño en aquel extraño y austero micromundo que suponía un castillo en el que la única nota de color y candidez la puso siempre mi madre.

—Sabe que no es algo a lo que podría acostumbrarme, y menos ahora que va a ser usted el nuevo duque.

“El nuevo duque”, esas palabras resonaron en mi cabeza como una maldición. Que me aspen si yo quería ser el nuevo duque ni nada que se le pareciera. Joder, no deseaba tener mayor vinculación con mi padre y ahora me tocaba convertirme en parte en él, en lo que representaba. No había una idea que pudiera detestar más, pero la vida te va guiando por donde le parece.

—¡Corwin! Dichosos los ojos que te ven. —Harmony me abrazó y besó como si yo volviera de la guerra.

El ama de llaves estaba en el polo opuesto a Ronan, ya que ella sí que me trataba con toda la familiaridad del mundo. No en vano, había sido mi nurse desde que nací, pasando a ser el ama de llaves con los años, cuando mi edad ya no le permitía ocupar su anterior puesto. Para mí fue

siempre una pieza clave en la casa.

—Harmony, ¡cuantísimo tiempo!

Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas, replicando las suyas.

—No sabes cuánto te he echado de menos, ojalá nos hubiéramos visto en mejores circunstancias, y no en estas, que son las más trágicas—sollozó.

—Lo sé, lo sé, tenemos que mantener la calma, supongo que hay mucho que preparar.

—Mucho, señor, nos hemos ido encargando de distintos aspectos siguiendo las instrucciones de la señora Chanel, lo que no quita para que resten por organizar un cerro de cosas. La primera, si me lo permite, es el funeral—apuntilló Ronan.

—¡El funeral! ¡Qué desgracia! —Harmony no tenía consuelo.

—¿La señora Chanel os ha dado instrucciones? —le pregunté un tanto extrañado.

No imaginaba a aquella usurpadora ocupándose de nada que no fuera su manicura o el outfit a elegir para un entierro que igual para ella suponía una fiesta. Al fin y al cabo, que mi padre hubiera estirado la pata la dejaba libre para hacer aquello que le viniese en gana y con un respaldo económico que le permitiría vivir como una reina el resto de su vida.

—Sí, instrucciones muy precisas que incluyen a todas las personas que debemos avisar, autoridades incluidas.

—Ya, pero sabes que hay un estricto protocolo al respecto, toda vez que mi padre ostenta (me traicionó el subconsciente), quiero decir, ostentaba un título nobiliario y...

—Lo sé, lo sé, ella conoce al dedillo ese protocolo, por esa parte puede quedarse tranquilo. No obstante, existen otras muchas cuestiones de las que no hemos podido ocuparnos por imposibilidad material de tiempo.

—¿Por imposibilidad material de tiempo? ¿Quieres decir que en unas horas me habría podido ahorrar el venir? —No salía de mi asombro y lo dije sin pensar.

Aunque los sentimientos hay que demostrarlos cuando las personas están vivas, lógico que hubiera tenido que acudir a su funeral de todos modos, pero es que yo no daba crédito.

—Por favor, hijo, no digas eso—me reprendió Harmony—, todos estamos muy confusos, pero abstente de soltar por la boca aquello de lo que luego puedas arrepentirte, como bien solía decirte también tu difunta madre, que en paz descanse.

Era lo que más valoraba de aquella mujer regordeta y de pelo canoso que siempre se había preciado de llamar a las cosas por su nombre. El cariño era mutuo.

—Lo siento, perdonadme, es que estoy muy nervioso.

—Lo entendemos, señor —intervino el mayordomo—. Para ninguno de nosotros es plato de gusto, pero para usted debe ser extraordinariamente amargo. Estamos aquí para servirle, como siempre ha sido, y como siempre será si tiene a bien el seguir contando con nosotros.

—Por supuesto que sí, Ronan, os necesito a todos. Y ahora más que nunca. ¿Puedes decirle de mi parte a todo el personal que sus puestos de trabajo están garantizados?

—Cómo no, señor Albertson, se lo diré de su parte.

Me agotaba, esa era la realidad. Y no había hecho más que llegar. La vida en palacio, con todas aquellas personas dependiendo de uno, tenía muy poco que ver con aquella otra que yo había elegido.

Para empezar, mi casa de Londres, aunque no era ni mucho menos pequeña y contaba con todas las comodidades, cabía entera en uno de aquellos majestuosos salones que contaban con cientos de metros. Años atrás, cuando me independicé, renuncié a la asignación económica que mi padre me ofreció...

No, nunca la hubiera podido disfrutar ni lo más mínimo. Yo quería valerme por mí mismo y no gozar de más privilegios de los que pudiera ganarme con mi salario. Afortunadamente, no me había ido nada mal, si bien en Londres era un ciudadano más de a pie.

En otro orden de cosas, hasta ese día había podido tomar mis propias decisiones, pero la

muerte de mi padre lo había cambiado todo. Sobre mí comenzaba a pesar el yugo de una responsabilidad de la que no iba a poder escapar tan fácilmente. A mí no me habían educado para eso...

En cualquier caso, existía la posibilidad de que hubiera dejado en usufructo el castillo a su joven esposa, lo que significaría que ella tendría el derecho a seguir habitándolo, pese a que fuera yo quien tuviera que ocuparme de su gestión.

A mí eso me importaba un bledo, no me veía viviendo allí, los últimos años que lo habité no me traían buenos recuerdos. No puedo decir lo mismo ni mucho menos de los de mi niñez. Como ya he apuntado con anterioridad, mi madre era un ser con el alma limpia que lo llenaba todo con su sola presencia. Cuánto la echaba de menos...

Creo, sinceramente, que de no haber sido por ella mi infancia habría estado marcada por el desánimo y la tristeza que me producían aquellos inmensos tapices que recubrían las paredes del castillo, con imágenes de cacerías y otras del estilo, que provocaban que uno tuviera que tomarse una pastilla para poder conciliar el sueño.

Y hablando de eso, ¿dónde estaban los tapices? No es que yo los echara de menos y tuviera intención de llevármelos conmigo a Londres (que para eso habría tenido que alquilar un tren), pero es que no concebía que no estuvieran allí, a la vista de todos, como lo recordaba.

Ni rastro de ellos y eso me impactaba. Soy sincero si digo que mi padre se hubiera dejado cortar un brazo antes de deshacerse de aquellas reliquias de modo que, o efectivamente se había quedado con uno solo o el castillo había sido devastado por un incendio y yo no me había enterado. Lo digo en broma, tal desgracia habría salido en primera plana en la prensa y no era el caso.

—Ronan, dime por favor que Indomable...

—Sí, señor, está vivo, si ese es su temor—me aclaró.

—Gracias, créeme que para mí es muy importante, me voy a acercar a verle a las caballerizas. Sigue allí, ¿verdad? —Precisé cambiar de tercio, me costaba gestionar la entrada de aire en mis pulmones en esos precisos momentos.

—Sí, y no será porque a la duquesa no le habría gustado traerlo a esta misma casa, créame. —  
Sonrió y ese fue el primer signo de buen rollo que atisbé en su cara en un día tan complicado y triste.

—¿A la duquesa? ¿Se puede saber qué tiene ella que ver con Indomable?

Reconozco que sentí un ataque de celos espantoso en ese momento. ¿Qué relación unía a aquella chica con el que había sido mi compañero de aventuras durante años? Indomable era el único ser que yo había echado de verdad de menos desde mi marcha.

—Es una amazona excepcional, señor. Entienda que desde que usted se fue al animal no ha vuelto a montarlo nadie. Su padre no era amigo de los caballos, ya lo sabe, y eso que se crio entre ellos.

Normal, si hubiera sido una botella de buen whisky escocés, otro gallo hubiera cantado, pero los caballos como que no le iban. Me refiero con esto a que a mi padre, sin ser un borracho, le gustaba empinar el codo más de la cuenta, lo que fue el detonante de más de una de sus salidas de tono.

Quizás fuera ese el motivo de que yo le tuviera cierta aversión a la bebida. Me explico, no era abstemio, pero tampoco amante de tomar una copa detrás de otra. En ocasiones especiales me gustaba tomarme un lingotazo, pero pare usted de contar. Lo de beber hasta perder la compostura lo dejaba para ese hombre al que llegó un momento en el que le vi muchos más defectos que virtudes.

“Una amazona excepcional”, lo que había que oír. Más bien sería que Indomable se apiadó de ella, porque mi caballo no fue bautizado así por casualidad. Aquella preciosidad de color blanco como la cal y cuyas crines eran dignas de ser exhibidas en una pantalla de cine era cualquier cosa menos un caballo fácil de montar.

No añadí nada a lo dicho por Ronan. Bastante habría sufrido el mal carácter de mi padre como para que yo también llegase a darle la vara; un premio era el que deberían otorgarle. Y otro al resto del personal del servicio por haber mantenido el tipo cuando más de una vez debieron tener ganas de salir corriendo de allí.

Giré sobre mis talones y me dirigí a las caballerizas. El olor de aquel lugar me transportó a un

universo lejano en el que fui inmensamente feliz. El recuerdo de mi madre conmigo, enseñándome todos los secretos sobre aquellos fascinantes animales, volvió a mí como si los años no hubiesen pasado, ¡si hasta podría jurar que sentía su presencia!

—Estás aquí, querido amigo. —Las lágrimas volvieron a rodar por mis mejillas, ya que las emociones se agolpaban en mi mente en una jornada que estaba resultado especialmente dura.

Si hubiera grabado el recibimiento que Indomable me hizo se habría hecho viral, porque es que al animal solo le faltó besarme.

—¡Ya, ya! Yo también estoy muy contento de verte, pero tranquilízate, que vas a revolucionar a todos los demás.

El resto de los caballos miraban el espectáculo un tanto alucinados, ya que Indomable parecía estar fuera de sí; mi viejo amigo se alegraba de verme tanto como yo a él.

Ni corto ni perezoso, lo saqué del recinto y me dispuse a montarlo. Ni botas ni casco me hicieron falta. En traje, de la manera menos ortodoxa posible, me subí y ambos recorrimos como antaño los alrededores del castillo. Tales eran sus dimensiones, que hasta un río lo recorría. Al llegar hasta él, después de montar durante aproximadamente media hora, me bajé y me dispuse a hablar con mi amigo de cuatro patas.

Pelado de frío y con la emoción contenida, charlé con él como quien lo hace con cualquier otro colega.

—Perdóname, querido amigo. Sé que debí venir a verte antes, que no tengo excusa, pero es que no pude.

Su relincho me pareció que sonaba a un perdón que yo le pedía de todo corazón, pues mi precipitada marcha de la casa apenas me permitió despedirme de él como era debido. Sin temor a equivocarme, puedo asegurar que de haber podido me lo hubiera llevado conmigo. Sin embargo, no creía que el salón de mi casa en Londres fuera el mejor sitio para albergar a aquel grandullón.

—Ya, ya, relájate, que te va a dar algo, ya estoy aquí. Eso sí, no te hagas ilusiones, no he venido para quedarme. Mi padre ha muerto y eso cambia muchas cosas. Ahora seré yo el duque, lo que no quiere decir que me aburguese, te doy mi palabra. En cuanto pasen unos días y todo esté



solucionado, recuperaré mi vida en Londres. Eso sí, vendré a verte más a menudo, ahora el castillo es mi casa, o no sé, déjalo es un lío... cosas de los humanos que vosotros los animales nunca podríais llegar a entender...

No se me ocurría ningún otro ser mejor para desahogarme. El futuro constituía para mí toda una incógnita y eso me inquietaba. Funeral, entierro, testamento... Nada de lo que venía me sonaba demasiado bien. Y, para colmo de los colmos ya, tendría que compartir todos esos momentos con una mujer a la que no quería ver ni en pintura; la de mi padre.

Resulta extraño cómo un hecho que debe suponer el reencuentro con tus raíces, como es la vuelta a casa, me hacía sentir tremendamente solo. Y hablando de soledad, menuda bronca me iba a caer cuando Lara se enterase de dónde estaba, ¡y sin ella! Otro toro de miura a lidiar...

## Capítulo 3



Debí permanecer como una hora en compañía de aquel caballo que tantos ratos de felicidad me había proporcionado desde que me lo regalase Sarah, mi madrina, el día que cumplí diecinueve años. Desgraciadamente, aquella hermana de mi madre para quien siempre fui su ojito derecho también se había ido para el otro barrio hacía ya dos años.

Tras dejar a Indomable en las caballerizas, volví al castillo. Es curioso, pero yo, que como ya dije no soy amante del alcohol, necesitaba una copa en esos momentos; un trago que me ayudase a digerir todo lo que estaba viviendo.

Ronan se sorprendió al ver que me dirigía directamente al botellero de mi padre.

—¿Desea que le sirva algo, señor Albertson? —Imposible quitarle esa costumbre de referirse a mí de tales maneras.

—No, gracias, Ronan. Solo voy a echarme un culillo de whisky.

—Entiendo que son momentos duros para usted y no quisiera molestarle, pero ya sabe... si necesita algo, solo tiene que decírmelo.

—Lo sé, Ronan. No te preocupes.

El diligente mayordomo que llevaba al servicio de la familia desde los años de Mari Castaña debió entender que deseaba estar a solas y se retiró inmediatamente, dejándome en aquel austero salón con el vaso entre las manos y tratando de serenar mi cabeza.

Tenía que hacer una llamada a Lara tan indeseada como necesaria, por lo que hice de tripas corazón para no demorarla más. Esos tres días sin saber nada el uno del otro habían marcado un

antes y un después en lo nuestro porque era la primera vez que nos peleábamos tan en serio desde que iniciáramos nuestra relación por tierras cubanas. Tardó en coger el teléfono y, para cuando lo hizo, no consiguió sino incrementar mi malestar con su ironía.

—Vaya, ¿se puede saber qué tripa se te ha roto ahora?

—Lara... tengo que decirte algo.

—¿No me digas? Déjame que lo adivine. ¿Vas a decirme que lo nuestro ha terminado? ¿Que te has liado con otra?

Me molestaban sobremanera esos celos infundados de aquella mujer con la que llevaba compartidos varios años de mi vida y a la que jamás había dado motivos para ellos. Esa entrada estaba totalmente fuera de lugar e hizo que yo también me pusiera a la defensiva.

—A lo mejor es a la inversa, ¿no? Déjate decir sandeces y escúchame, ¿vale? Lo que tengo que decirte es algo muy serio.

Se quedó callada por unos instantes.

—Tú dirás —me contestó con voz de juez.

—Mi padre ha fallecido —sentencié yo sin añadir ni más más ni más menos.

—¿Qué dices? ¿En serio?

Por un momento estuve tentado de preguntarle si estaba tonta o qué leches le pasaba, pero no quise perder la compostura.

—¿Crees que es un asunto para bromear? Claro que estoy hablando en serio.

—Oh, Corwin, lo siento muchísimo. ¿Qué vamos a hacer? ¿Nos vamos ya para Birmingham? Estoy muy ocupada ahora mismo, pero...

—Lara —la interrumpí—, no es necesario que hagas nada. Yo ya estoy aquí.

—¿Cómo que estás ahí? —Su tono pasó de la sequedad al cabreo más absoluto en décimas de segundo—. ¡¿Me estás diciendo que tu padre ha muerto y te has ido al funeral sin mí?!

Más reproches; justo lo que a mí me faltaba en esos momentos con lo que tenía encima.

—Escúchame, ¿vale? Todo ha sido muy rápido. Me llamó el mayordomo de mi padre esta mañana para darme la noticia y me puse volando en camino.

—Claro que sí, y en lugar de llamarme para que te acompañe... en fin, eso también dice bastante de lo que te importo.

Estaba siendo de lo más injusta conmigo. A mi entender, lo único que le importaba a ella era su persona. Bien sabía lo que suponía para mí la figura de mi padre en esos últimos años, es decir, nada, pero de ahí a tener la desfachatez de montarme el pollo en esas circunstancias había un trecho. Lara estaba demostrando no tener ningún tacto, cosa que de un tiempo a esa parte venía advirtiéndome uno.

—Mira, no estoy para sermones. Si lo quieres entender, bien, si no, lo siento. Te he llamado para que lo supieras, pero tengo que dejarte ya porque me traigo mucho lío entre manos ahora mismo. Volveré a llamarte en cuanto pueda.

—Muy bien—me respondió de mala baba y me colgó sin despedirse.

Me dejé caer en el sofá de cuero negro y me eché un trago al buche. De repente se me vinieron a la cabeza los recuerdos de mi madre, sentada allí mismo, leyéndome esos cuentos de ogros que tanto me gustaban de niño. Me encantaba tumbarme con la cabeza sobre sus mulos para que, mientras, me acariciase el pelo.

En la mesita de rinconera, ese mismo espejito enmarcado en pan de oro en que acostumbraba a mirarse para atusarse el pelo y pasarse el dedo por la comisura de los labios para retirarse el exceso de maquillaje.

Lo cogí y observé mis facciones. Había heredado su mismo pelo negro y esos ojos negros almendrados que nada tenían que ver con los de mi padre. Él los tenía azules y una abundante cabellera dorada de la que solía presumir.

—Ya quisiera Paul Newman —Me pareció poder escucharle esa misma frase que le oyera tantas veces. Mi padre era así de arrogante.

Solté el vaso en la mesilla y me levanté con intención de dirigirme a mi dormitorio. Aún no había puesto los pies en él desde que había llegado, y es que Ronan, siempre tan diligente, me había cogido la maleta según aparecí por el umbral de aquel castillo para subírmela él personalmente.

Iba a agarrar el pomo de la puerta cuando esta se abrió de golpe y casi se estrella contra mi cara. Fue la primera vez que me encontré con Chanel, esa persona a la que no quería ver ni en pintura, pero con la que, mal que me pesase, había llegado la hora de coincidir.

A pesar de su rictus serio, me impactó su belleza física, justo es reconocerlo llegado este punto. La viuda de mi padre debía medir cerca de un metro ochenta. Con una larga melena dorada y unos risueños ojos azules, así a golpe de vista me recordó a las princesas de esos otros cuentos que tantas veces oí en boca del ser que me dio la vida. La diferencia es que Chanel no lucía ninguno de esos largos vestidos pomposos ni adorno alguno en la cabeza. La persona que tenía allí plantada delante de mí vestía un sencillo pero elegante traje negro con un pequeño broche de pedrería en un lado del pecho, medias negras y discretos tacones del mismo color, muy propia ella para la situación.

—¿Corwin? Soy Chanel —me dijo mirándome fijamente a los ojos y tendiéndome la mano, la misma que rechacé.

—Lo supongo —me limité a contestar.

La chica se quedó bastante cortada, aunque fijo que no le debió coger tan de sorpresa mi reacción, visto lo visto. Nunca había querido saber nada de ella.

—Hubiera preferido conocerle en otras circunstancias, pero...

No la dejé acabar la frase, y es que me estaba empezando a tocar las narices.

—Por favor, ahórrese el discurso, ¿de acuerdo? —Sin pensarlas ni mucho ni poco, dejé caer esas palabras con la máxima frialdad—. De sobra sabe que no he venido precisamente a conocerla —Yo también estaba dispuesto a mantener esa distancia con ella sin dejar paso al tuteo.

Chanel enmudeció por un momento y pude percibir en sus ojos ese brillo que precede a las lágrimas.

—Está bien—continuó resignada—. Ronan me dijo que estaba aquí y vine a buscarle para comentarle algo.

—En ese caso, usted dirá.

—Aún no he hablado con el vizconde John Willians. Sabe que era el mejor amigo de su padre, pero ese hombre está muy enfermo del corazón y temo darle la noticia porque sé que le va a afectar muchísimo.

No me cabía ninguna duda de lo que Chanel decía. La amistad de mi padre con aquel octogenario caballero de la nobleza londinense había traspasado fronteras desde siempre. Eran innumerables las jornadas que habían pasado juntos de cacería, así como las veces que había acudido a casa a comer o cenar con Astrid, su guapísima esposa alemana. Desde que tengo uso de razón le recuerdo entrando y saliendo por el castillo familiar como Pedro por su casa.

Hubo una temporada en que aquel tipo con el que yo ni fu ni fa se empeñó en enseñarme a manejar la escopeta, algo a lo que siempre me negué. Ese era otro punto que me separaba de mi padre: las armas. Nunca entendí su gusto por ellas ni he conseguido entender aún a día de hoy el arte de la cacería. Considero que hay que tener mucha sangre fría para acabar de un traicionero disparo con la vida de un animal. De un disparo ni de cualquier otra manera, por supuesto.

—Corwin —prosiguió su viuda—, había pensado si no preferiría darle usted tan fatídica noticia.

Qué lista, pensé. Vamos, que me comiera yo el marrón, pero este que está aquí no estaba dispuesto a hacerle ningún favor, por mínimo que fuera.

—No —fui de lo más tajante con ella—, encárguese de todas las llamadas que haya que hacer, y ahora, si no le importa...

Ahí lo dejé. Y ahí la dejé plantada sobre sus taconcitos, sin darle opción a réplica alguna. Subí a mi cuarto y me senté en el borde de la cama. Eran muchos los años que hacía desde que no

lo pisaba, pero todo seguía intacto como si el tiempo se hubiese detenido en el reloj; la misma colcha, la misma moqueta floreada cubriendo el suelo de punta a punta, el mismo armario de caoba en que solía esconderme cuando me cabreaba...

Andaba buceando por mi memoria cuando me sonó el móvil. Era Elina, mi secretaria y amiga.

—Corwin, sé que son momentos duros y no quiero entrometerme, pero solo quería saber cómo te encuentras.

—Estoy bien, Elina. Es todo muy caótico, pero no te preocupes por mí, que sabes que en peores me he visto.

—Supongo que ya te habrás topado con la viuda de tu padre, ¿no?

—Supones bien. De hecho, acabo de cruzármela.

—¿Y cómo ha ido?

Elina, que estaba al tanto de todo por mí, sabía perfectamente que ese era uno de los puntos que más me preocupaban.

—¿Qué te puedo decir? Tal y como imaginaba, es una mujer bastante llamativa en lo que se refiere al físico, de eso debió valerse para echarle el lazo a mi padre.

—Bueno, tómatelo con calma. Y ya sabes, tómate también todo el tiempo que necesites, que por aquí está todo controlado.

—Gracias, Elina. No sé qué haría sin ti.

—No digas bobadas, nadie es imprescindible.

Eso dicen, pero ella se había convertido en mi mano derecha en el plano laboral de un tiempo a esa parte, amén de en mi mejor amiga y confidente.

Descorrí un poco el pesado cortinaje para asomarme al balcón. Justo en ese momento se detuvo un coche gris frente al muro de entrada y una mujer se bajó de él. Aunque me costó un tanto

reconocerla en la distancia, se trataba de mi prima Freya.

Freya... cuánto tiempo que no la veía tampoco. Algo en mi interior me decía que esa prima mía con la que me llevaba tan bien en la infancia había tenido mucho que ver en el lío de mi padre con Chanel. Estaba resentido con ella.

Ronan se apresuró para abrirle la cancela. Para entonces, Chanel le seguía los pasos. Al encontrarse ambas mujeres frente a frente se fundieron en un abrazo interminable. Desde el balcón pude ver que mi prima le acariciaba el brazo como consolándola, mientras la otra miraba al suelo con las manos en las sienes.

¿De verdad era tan hipócrita como para querer hacer creer al mundo que estaba tan compungida por la muerte de mi padre? A otro perro con ese hueso, porque a mí no me la daba...



## Capítulo 4



Cuando entré en la habitación principal, donde yacía el cadáver de mi padre sobre el lecho, me encontré con Harmony sentada junto a él en ese mismo butacón en que mi madre pasara largas horas leyendo esas novelas policíacas que le gustaban tanto. La fiel sirvienta de mi familia, con las manos entrelazadas, rezaba en voz baja una oración por el eterno descanso de su “señor”. Se sobresaltó al verme.

—Corwin, no te esperaba. Qué desgracia, todavía no puedo creérmelo, mírale, parece que está dormido —giró el cuello hacia él para que le observase, pero hice caso omiso a sus palabras.

—Harmony, quiero pedirte un favorcillo. No te molestes, pero... ¿podrías dejarme a solas con él un momento?

—Claro, faltaría más.

Harmony se levantó del butacón y atravesó el gigantesco dormitorio a pasito lento como si le hubiese quedado algo en el tintero o como si pensara que en algún momento pudiera arrepentirme y fuese a pedirle que no se marchara de allí. Terminó por cerrar la puerta suavemente.

Un abrigo femenino de paño gris pendía del perchero de árbol que había en una esquina del cuarto. Aquel perchero debía ser nuevo, porque nunca lo había visto. Mi madre no podía soportar una prenda fuera de los armarios.

Sobre la marcha oí unos toquencillos con los nudillos en la puerta.

—¿Puedo pasar, Corwin? —Era Harmony nuevamente.

—Pasa, no te preocupes.

—Me he cruzado con Chanel por las escaleras. Hace frío ahí afuera y dice que venía a por esto—señaló el abrigo con el dedo—, pero le he dicho que estabas aquí y que querías estar un rato a solas con tu padre, así que me ha pedido por favor que se lo sacase yo.

—Está bien, cógelo y dáselo —acompañé mis palabras con un gesto de mano como diciendo “y que le dan ya por donde amargan los pepinos”, pese a lo cual, el ama de llaves de aquel castillo no se marchó de inmediato con él.

—Corwin, sé que no es el momento, pero me gustaría decirte algo. Sabes el aprecio que te tengo, que para mí eres como un hijo porque te he visto crecer entre los muros de esta vivienda, pero creo que te estás equivocando con Chanel.

—¿Equivocando, Harmony? ¿A ti también ha conseguido dártela con queso esa tipa?

—Por favor, no te alteres. Esa chica no es lo que tú crees.

—Ah, ¿no? ¿Y quién es entonces, maldita sea? —Estaba pagando con ella mi nerviosismo.

—Perdóname, he elegido muy mal momento para hablarte.

—No, perdóname tú a mí por mi subida de tono, Harmony, es que esa mujer me saca de quicio.

—Me consta, Corwin, pero si la conocieras, seguro que cambiarías de opinión. Nosotros también recelábamos de ella al principio, la verdad, pero te puedo garantizar que Chanel es una persona muy educada y respetuosa con todos nosotros. Además, es bastante cariñosa. Te aseguro que a tu padre le alegraba los días.

Y las noches, me dije irónicamente para mis adentros. Me imaginé por un instante ciertas escenas íntimas entre ellos y el estómago se me revolvió.

—El interés mueve montañas, Harmony, no seas inocente.

—¿Crees que puedo serlo a mis años, hijo? —me preguntó alzando una ceja.

—No, supongo que no. De verdad, siento mucho hablarte hoy así, no sé qué me pasa.

—Sí, sí lo sabes. Lo sabes tan bien como yo, Corwin. Son muchas emociones juntas. Bueno, te dejo ya tranquilo, pero te pido un favor ahora yo a ti, no tardes mucho, ¿vale? No para de llegar gente y Ronan y los demás no sabemos dónde acudir. La señora no está para nada hoy.

—Vete tranquila, Harmony, que enseguida bajo.

De espaldas a mi padre, tumbado como una estatua de piedra en aquella gigantesca cama con dosel, la vi marchar. No era capaz de volverme hacia él para contemplarle, y es que la muerte es algo que desde siempre me ha impactado muchísimo. A mi edad, todavía me cuesta horrores concebir que no voy a ver nunca más a la persona en cuestión, que ese ser se ha esfumado, que ha desaparecido para los restos como por un tétrico truco de magia.

—¡Maldita sea mi calavera! —grité apretando los puños—. ¿Por qué tiene que ser la vida así, eh? ¿Tenías que irte así sin más, sin previo aviso? ¡Tú siempre pensando nada más que en ti! —le reprochaba como si pudiese escucharme.

Aunque el resentimiento me cegaba, me armé de valor. No fui capaz de darme del tirón la vuelta para mirarle, pero lo hice poco a poco, primero de reojo, girando lentamente la cabeza hacia atrás.

Aquel hombre que hiciese a mi madre una infeliz con sus vaivenes estaba enfundado en su chaqué negro, con los brazos cruzados por encima del pecho. Me costó más mirarle a la cara, pero pronto entendí lo que quería decir Harmony con lo de que parecía que simplemente estaba dormido. Más que eso; parecía estar atravesando un dulce sueño con esa expresión de paz coronada por una ligera sonrisa en sus ya amoratados labios.

A pesar de los pesares, no pude evitar compadecerme de él. Sí, era muy posible que Chanel le hubiese endulzado sus últimos años de vida, independientemente de que lo hiciera por interés o no, pero todo para él había acabado esa fría madrugada de invierno que se lo llevase consigo a traición. Digo a traición porque mi padre, hasta entonces, gozaba de una salud que muchos quisieran para sí a sus años. Nada hacía presagiar su muerte.

Las voces que llegaron de repente desde abajo me arrancaron de cuajo de mis pensamientos. Alertado por el revuelo, salí rápidamente del dormitorio y al alcanzar el vestíbulo me encontré

con la papeleta: parece ser que a Chanel le había dado una brusca bajada de tensión y se había desmayado. Estaba tumbada en el suelo y Harmony le sostenía las piernas en alto en tanto que Helen, la cocinera, corría a por unos cojines.

—No la atosiguéis mucho —decía un hombre cuya cara me era completamente desconocida. Según me enteré más tarde, era médico.

Estaba visto que ese día iba a ser mucho más completo de lo me suponía.

Entre Ronan y Harmony se la llevaron hasta el sofá para que descansase un poco cuando recuperó el conocimiento. Allí rompió a llorar desconsoladamente. Harmony le daba suaves toquecitos en la mano tratando de calmarla, mientras la gente se agolpaba ya a esas horas en el exterior.

Me escuecen ahora los recuerdos de aquel día, por lo que me extenderé con el relato de los momentos más espinosos. Mi padre fue enterrado a las ocho de la tarde en el panteón familiar, entre esa inmensa nube de personas de lo más granado de la sociedad británica que acudió a darle su último adiós.

Con tanto trajín, no eché cuenta en todo el día de Lara, a quien había prometido volver a llamar en cuanto tuviera ocasión. No me entraba nada en el estómago, por lo que pedí a Helen que me preparase un té y, con la bandeja en la mano, me encerré en mi dormitorio.

Tentado estuve de tomármelo y meterme en la cama sin más, pasando de ella hasta que amaneciese un nuevo día, pero sabía que eso no haría sino complicar aún más las cosas entre nosotros. Esa vez sí que cogió el teléfono a la velocidad del rayo. Lo malo es que no estaba de mejor talante que cuando me colgase a mediodía...

—Vaya, por fin... ya pensé que te habías olvidado de mí —Me recriminó con voz dura.

—Lara, por favor, ya está bien.

—Eso digo yo. Mira, Corwin, puedo entender que la muerte de tu padre te haya afectado, por más que no tuvieses relación con él, pero no me entra en la cabeza que no hayas tenido ni un solo minuto desde esta mañana para llamarme.

—Veo que sigues sin entender nada, Lara.

—¡Claro que sí! ¡Yo nunca entiendo nada! Yo soy solo una idiota preocupándose por ti mientras tú andas ahí a tu puta bola entre unos y otros y posando para...

No la dejé acabar porque semejante desfachatez terminó por sacarme de quicio.

—¡Basta ya! ¡Me estás cansando con tus impertinencias!

—¡Eso! ¡Como siempre, queriendo darle la vuelta a la tortilla!

—¡¿Yo?!! Por favor... ¡no me hagas recordarte los motivos por los que estamos cabreados!

—¡Claro, claro! ¿Qué te parece si hablamos ahora del tiempo? ¿Llueve por ahí o hace solecito? —El tono de su voz era cada vez más sarcástico y me estaba hinchando las narices pero a base de bien.

—¡Se acabó, Lara!! —le espeté.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que hemos terminado? ¡Yo flipo!

—Flipa todo lo que quieras, pero hasta aquí hemos llegado. Creo que tú y yo no somos compatibles.

—¡Tócate los pies! ¿Pero tú quién coño te has creído que eres?

—Da lo mismo ya, Lara, hasta aquí ha llegado esta historia.

—¡Eres un mierda! —Esas fueron sus últimas palabras antes de colgarme.

Aparte de no mostrar ni un ápice de comprensión, acababa de comportarse como una auténtica arrabalera; una faceta que no le conocía.

Como todo el mundo, Lara tenía sus faltas, y nosotros, como cualquier pareja, habíamos pasado nuestros bachecillos en esos años de noviazgo, pero no recordaba que jamás hubiera perdido los modales hasta ese punto en una discusión. Escucharle toda esa sarta de ordinarieces

fue la gota que colmó el vaso.

De pura rabia, le di un puñetazo a la lamparilla de la mesilla y la estrellé contra el suelo. Supongo que mis gritos, más el estruendo de los cristales, no pasaron desapercibidos para nadie, por lo que no me extrañó que enseguida alguien llamase a la puerta. La abrí sin preguntar quién era y allí me encontré con una Chanel en bata y con los ojos enrojecidos aún.

—Discúlpeme. ¿Se encuentra bien? Me ha parecido oír que se rompía algo.

—Estoy bien, gracias —me limité a responderle. Sin embargo, la viuda de mi padre no parecía satisfecha con mi respuesta, porque no se dio por vencida.

—Corwin, sé que es muy mal día para todos, pero me gustaría que hablásemos un par de minutos si pudiera.

—Lo siento, creo que no es el momento. Además, no creo que tengamos nada que hablar, y mucho menos ahora que mi padre ya no está en este mundo.

Ni yo mismo me reconocía dentro de aquella piel tan áspera de la que ni podía ni quería desprenderme. Y lo que es peor: tras el sueño que tuve con ella después de despedirla allí en la puerta con cajas destempladas.

Sí, aunque me costó lo mío dormirme, esa misma noche soñé con Chanel. Era mi mujer en lugar de la de mi padre e íbamos paseando tranquilamente de la mano por la orilla de una playa cuando de repente se nos cruzó un crío pequeño de dos o tres años y vino a caerse justo a nuestros pies. El chiquillo rompió a llorar y ella lo cogió en brazos. Yo la miraba embobado viendo la ternura con que trataba de consolarle acariciándole el pelito y las mejillas.

—Qué bonito es, ¿verdad? Podría ser nuestro hijo—me dijo con la emoción asomándose a sus ojazos azules.

No recuerdo mucho más, solo que la quería mil y una noches, como el cuento, pero más todavía. Lo malo es que me desperté a renglón seguido envuelto en sudor y con una extraña sensación encima como de, más que haber tenido un simple sueño, haber cometido un delito del cual no debía sentirme responsable. La mente juega cada pasada que a veces da hasta miedo...

## Capítulo 5



El sábado amaneció muy distinto al día anterior, como si el tiempo quisiera darnos una tregua. La temperatura había subido considerablemente y el sol empezó a elevarse con fuerza sobre el horizonte.

Me quedé un rato contemplando las alucinantes vistas a la campiña desde mi balcón, cosa a la que me aficioné en la adolescencia. Creo que fue a raíz de esas contemplaciones cuando comencé a desarrollar mi faceta como pintor de paisajes, de la cual tan orgullosa se sentía mi madre.

Mi madre...si levantara la cabeza... Menos mal que todos y cada uno de aquellos óleos míos que ella misma se encargó de colocar por las paredes seguían en su sitio, porque si llego a echar en falta uno, uno solo, hubiese liado ya una buena ese fin de semana.

Sin mucho más que hacer que poder hacer casi de todo, decidí pasar olímpicamente del mundo aquella mañana de sábado y relajarme montando a caballo después de desayunar. Indomable me recibió con mayor efusividad aún que en nuestro reencuentro el día antes.

—Este es mi chico, sí señor —le acaricié las suaves crines.

Después de dar un larguísimo paseo con él, y sin ganas ninguna de volver por el castillo, barajé la posibilidad de ir a hacerle una visita a Elizabeth, una vieja amiga que vivía por aquellos lares y a la que hacía más de cuatro años que no veía. Menuda era Lara para esas cosas. No es que pretenda responsabilizarla totalmente de haber apartado de mi vida a toda amistad femenina, pero es cierto que, si me comporté así, fue por evitar roces con ella, y es que esa chica que me sedujo en Cuba con tanta zalamería tenía celos hasta del aire que respiraba.

Al final opté por volver a casa para charlar ya más tranquilo con Harmony, consciente de que me había comportado fatal con ella hablándole con tanta brusquedad allí arriba en el dormitorio

de mi padre, estando este aún de cuerpo presente. La encontré en ese mismo sitio, recogiendo la ropa de él y organizándola en maletas. La pobre mujer estaba con los ojos llorosos.

—Corwin... buenos días.

—Buenos días, Harmony.

—Me extrañó que no bajaras a desayunar. Vi la puerta de tu habitación entreabierta y me asomé, pero tampoco te vi allí.

—Me desperté temprano y salí a montar a Indomable.

—Sí, menos mal que la duquesa también le saca de vez en cuando. —Ese recordatorio me hizo hervir la sangre, y es que me repateaba imaginármela a lomos de mi caballo.

—Ya estamos... —le dije de mala uva.

—Corwin, por favor...

—Mira, Harmony, venía a pedirte disculpas por mi comportamiento de ayer. Sé que te hablé de malas maneras, pero es que es oír la mencionar y me entra el veneno por el cuerpo.

—Nada, olvídale. Ven, siéntate aquí y vamos a hablar ahora tranquilamente, ¿vale? —El ama de llaves se sentó en el borde de la cama y dio unos golpecitos en el colchón con la palma de la mano para que me sentase al lado de ella.

—Está bien.

—Traté de explicártelo ayer, pero estabas muy nervioso, y lo entiendo.

—Sí, la verdad es que fue una jornada muy dura para todos.

—Corwin, puedo entender que pienses esto y lo otro y lo de más allá de esa mujer, pero a la gente hay que conocerla antes de juzgarla, ¿recuerdas? Es algo que tu propia madre solía decirte. Y te lo digo muy en serio, Chanel lo merece.



—No me quita nadie de la cabeza que si enredó a mi padre fue tan solo por interés.

—Y yo sigo pensando que te equivocas —me porfiaba—. Nunca has querido saber nada desde que te marchaste y, por tanto, no sabes cómo se fraguó la historia. Te ahorraré los detalles, pero te aseguro que Chanel amaba al duque. Ya sé que te choca la diferencia de edad que había entre ellos y tal, no eres el único. Mucha gente pensó al principio lo mismo que tú, pero el tiempo pone a cada persona en su lugar.

—Bueno... —yo seguía en mis trece.

—Tu padre recuperó la sonrisa a su lado, como te dije. Además, ninguno de nosotros tenemos la más mínima queja de ella. Siempre se ha mostrado de lo más comprensiva con el personal de servicio y jamás de los jamases ha tenido una palabra fuera de tono con ninguno de nosotros. Al contrario. Eso sí, es una persona que sabe cuál es su sitio, no sé si me sigues...

—Creo que sé lo que quieres decir.

—Pues eso. ¿Te has fijado que hasta el castillo tiene un aire distinto?

—Eso te iba a decir, he echado en falta ciertas cosas como, por ejemplo, algunos tapices.

—Pues no pienses que han desaparecido. A Chanel no le gustaban mucho y le sugirió a tu padre algunos cambios de sitio, pero fue él mismo quien nos mandó a guardarlos directamente. Están en el desván. “Renovarse o morir”, le dijo a Ronan.

“Renovarse o morir”, curiosa frase en esos momentos. La alternativa había desaparecido con su fallecimiento. Mi padre partió para el otro mundo tanto con el escenario como con el espíritu renovado, dejando en este una situación que estaba por verse todavía, me refiero a su herencia. Mira tú por dónde, fue el siguiente punto que tocó Harmony en aquella misma conversación...

—Lo que no sé es qué va a pasar ahora, quiero decir si la duquesa continuará viviendo aquí o si decidirá marcharse.

A decir verdad, yo me inclinaba a pensar en lo primero. Es más, hubiera puesto mi mano en candela porque iba a ser así.

Hasta el lunes no tuvo lugar la lectura del testamento de mi padre, en un acto que se celebró en uno de los salones principales del castillo, en presencia de Chanel y mía, más de Ronan, Harmony, Helen, Susan y Arthur (otros dos sirvientes) como testigos.

De aquella voluntad suya salió que la mitad del castillo pasaba a ser de mi propiedad, quedando la otra mitad en usufructo de su viuda. En cuanto al dinero depositado en las cuentas, que no era poco, sería repartido a medias entre ella y yo, al igual que otros bienes materiales de menor monta.

Al terminar el acto, Chanel hizo un nuevo intento de acercarse a mí, y yo, supongo que un tanto influenciado por la última conversación mantenida con Harmony, bajé un poco la guardia. Accedí a tomarme un té con ella en el jardín, según me pidió. Amén de seguir con las facciones bastantes demacradas, parecía bastante nerviosa...

—Corwin, yo...—titubeaba —como le dije el viernes, hubiera preferido conocerle en otras circunstancias...

—Bueno, no son las mejores, pero es lo que hay.

—No, no son las mejores. Son las más desgraciadas —la llantina comenzó a brotarle de los ojos.

—¿Qué piensa hacer ahora? —Me atreví a preguntarle, sin tener en consideración esas lágrimas de cuya veracidad seguía dudando.

—Voy a quedarme aquí, eso es algo que tengo claro, pero quiero que sepa que si lo hago es más que nada por cumplir los deseos de su padre. Él decía que yo le daba vida a este castillo, en cambio, a mí, ahora mismo esta casa me la quita porque los recuerdos me caen encima como baldosas. Me acuerdo del día en que...

—Shhhhh —la interrumpí alzando una mano, dándole a entender que no me apetecía lo más mínimo que me relatase ningún detalle de su convivencia con él.

—Perdóneme, es que la emoción me puede —se enjugó las lágrimas con los puños —. En definitiva, solo quería decirle que para mí será un honor verle por aquí siempre que le apetezca. El hecho de que yo continúe viviendo aquí no quiere decir nada, puesto que esta es su casa.

—Bueno, ya se verá. Como comprenderá, si no he venido en estos últimos años, con menos razón en adelante...

Pude percibir el disgusto en su rostro al ver que no me ablandaba ni bien ni mal, pero no estaba dispuesto a darle ese gusto. El rencor hacia su persona seguía anclado con fuerza en mi alma. Eso sí, me despedí de ella con cordialidad estrechándole la mano y con un “Buenas tardes”, aunque de lo más seco.

No pensaba marcharme para Londres hasta el día siguiente temprano, y es que pretendía cenar con Elizabeth, con la cual lo había acordado horas antes. Así pues, pasé el resto de la tarde encerrado allí arriba en el desván, donde hallé todos mis aparejos de pintura y varios lienzos en blanco. Hice un boceto de Indomable, pero no me veía muy inspirado para continuarlo. Para dibujar también hay que estar de humor, y yo... pues eso.

Sin embargo, la guinda del pastel fue un descubrimiento que hice por casualidad cuando me disponía a salir de aquel habitáculo polvoriento con vigas de madera, repleto de toda clase de muebles abandonados y en el que nadie ponía los pies desde los años de la polca.

Me fijé en un baúl de grandes dimensiones que perteneciera en su día a mi madre y no pude evitar la tentación de abrirlo, a sabiendas de lo que me iba a encontrar en su interior. Mi madre, que en paz descansa, solía almacenar en él la ropa que ya no usaba, bien porque se hubiera cansado de ella, bien porque se le hubiese quedado estrecha o ancha.

—¿Y por qué no la tiras, mamá? —le pregunté cierto día, teniendo unos nueve o diez años.

—Porque nunca se sabe, cariño. Lo mismo dentro de un tiempo me apetece volver a ponerme esto o aquello por la razón que sea. Y, como decía mi abuelo, el que guarda, halla.

Y tanto que sí, allí hallé yo todas esas prendas guardadas, dobladas con primor por sus propias manos. Me parecía estar escuchando esas mismas palabras cuando levanté el primer vestido, y el segundo, y el tercero...

Al ir a levantar uno de los más voluminosos, mis dedos se toparon con algo duro. Aparté aquel traje de encajes hacia un lado y vi una caja de madera, como una especie de pequeño baúl con cerradura. Me pregunté qué contendría para estar oculto entre todos esos ropajes.

Dicen que la curiosidad mató al gato, y a mí también me picó. Sabía que ella guardaba un manojito de llaves en el cajón de una mesita que había bajo la única ventana del desván, por lo que retrocedí para buscarlo, seguro de que entre ellas encontraría la que abriría la cerradura de la misteriosa cajita. Me equivoqué, pues no conseguí abrirla con ninguna de esas seis o siete llaves medio oxidadas.

Pude haberla forzado, pero no me pareció ético. Diré más, me arrepentí enseguida de mi intento por abrirla, y es que me sacudió la sensación de que estaba profanando su memoria al venirseme a la mente otras palabras suyas: “Corwin, no se tocan las cosas ajenas sin permiso de las personas”. Volví a dejarla en su sitio y fui doblando esos vestidos para guardarlos en el mismo orden en que ella los tenía.

Cerré la puerta del desván y me fui a casa de Elizabeth. Charlando mientras cenaba con esa buena amiga, conseguí olvidarme del enigmático contenido de la cajita, en cambio, se me vino otra vez a la cabeza cuando, metido ya en mi cama, no conseguía conciliar el sueño.

Mi madre era una persona transparente, sin reveses, ¿qué narices guardaba en ella con tanto recelo para que ni la llave estuviera en aquel manojito? De tanto pensarla, nada tuvo de extraño que esa noche le tocara el turno como protagonista de mis sueños. Unos sueños tan bonitos como ella lo era...

## Capítulo 6



Nadie dijo que la vida después de todo lo sucedido fuera a ser la misma. Seis meses después del fallecimiento de mi padre ciertas cosas habían cambiado para siempre. No obstante, procuré que mi día a día siguiera por los cauces más normales, dentro de que ahora era un duque.

Vivía solo, Lara se marchó por la puerta de atrás, como suele decirse. Agradecí que no estuviera cuando llegué a casa, tras el entierro, pero por otra parte también ese gesto me demostró una frialdad considerable por su parte.

Nada tenía que recriminarle, ella era libre de actuar como le viniese en gana, pero hay determinados gestos que marcan las vidas de las personas para siempre y el que no tuviera la humanidad de interesarse por cómo me había afectado todo aquello me dejó marcado. Simplemente no era la persona, y quizás yo tampoco para ella; fue una separación dolorosa, pero necesaria.

—Dime que el sábado por la noche vendrás conmigo a ese baile benéfico. —Axel prácticamente me lo impuso.

Mi mejor amigo era así, un tipo carismático donde los hubiera. Y también un juerguista empedernido que no se perdía un solo acontecimiento de los que ocurrieran en la sociedad londinense.

—Quita, quita, sabes que esas cosas no están hechas para mí, no me apetece.

—¿Y qué le apetece al señor duque, si es que puede saberse?

Ya estaba servida la guasita. Cómo no...

—¿Hasta cuándo vas a seguir burlándote de mi título? Mira que estoy teniendo una semana de trabajo complicada.

—Menuda novedad. ¿Y cuándo no tienes tú una semana de ese tipo? Unas porque vienen mal dadas y otras porque te dedicas a buscarle los tres pies al gato para que el banco salga favorecido. Te lo he dicho mil veces y te lo repito, amigo, no vas a heredarlo, lo siento. Bastante es que hayas heredado un ducado, flipa.

—Tú erre que erre.

—Sabes que será motivo de burla para mí toda la vida, no sé a qué viene esa actitud de mártir.

—Y encima me hago el mártir, ¿tengo alguna virtud?

—Pocas, pocas, pero entre ellas se encuentra el hecho de que seas uno de los tipos más deseados de la sociedad londinense. ¿Cómo te lo explicaría? Lo que viene siendo de toda la vida de Dios un soltero de oro, eso.

—Estás loco de remate, amigo.

—Pues muy locura me sirve para que pasen más bellezas por mi cama que pelos tienes tú en la cabeza, de modo que espabila.

No insinuaba que me estuviera quedando calvo, que la madre naturaleza me había favorecido con una buena mata de pelo, sino que verdaderamente sus conquistas se contaban por docenas.

Cada uno tiene sus propias metas en la vida y la de Axel venía a ser tirarse a todo lo que se meneara, algo que a mí no me llamaba la atención. No quiero decir con eso que yo fuera una hermanita de la caridad ni que hubiera hecho voto de castidad alguno, pero tampoco me interesaba amanecer cada mañana en una cama distinta.

Para mi amigo mi manera de actuar equivalía a una pérdida total de tiempo, mientras que para mí la suya era demasiado fría; Axel no había vuelto a implicarse con una mujer desde hacía diez años cuando su novia Rose lo dejó por otro.

Él vendería su alma al diablo antes de darme la razón, pero yo seguía apostando a que el

problema era que no había conseguido sacársela de la cabeza jamás. Y paliaba su pérdida con un surtido de bellezas que pasaban por su vida sin pena ni gloria.

—¿Que espabile? Ni que fuera un tonto de remate. Tío, en serio, es que no me apetece.

—A mí no te me vayas a volver un ermitaño, porque desde ya te digo que te quedas sin amigo. Advertido estás...

—¿Un ermitaño? Salimos muchas veces, ¿o no es cierto?

—Sí, cenamos, nos tomamos y una copa y para casa. No sé cómo mi corazoncito puede aguantar tanta emoción. Déjate de gaitas, amigo, y vamos al lío, el baile es el sábado.

Sí, el lío era el que ya me había hecho a mí. Colgué el teléfono resoplando, pues no sabía cómo, pero aquel tunante se salía siempre con la suya.

—¿Cansado, Corwin? —me preguntó Elina, quien acababa de entrar en mi despacho.

—Cansado y todavía no he salido. Axel se ha empeñado en que acuda con él a ese baile benéfico del sábado, ¿puedes creerlo?

—Buah, no me digas... qué mal amigo. No, no puedo creerlo, ¿tú crees que esa amistad te sigue interesando? —Otra a la que se le daba de maravilla burlarse de mí.

—Claro, como no eres tú quien tiene que asistir...—me quejé.

—Porque tú lo digas, yo también tengo mis contactos y estoy invitada, guapo—me corrigió.

—¿Sí? Ostras, eso mejora algo las cosas, cuando Corwin le eche el ojo a alguna ya tendré con quien hablar.

—O con quien bailar, que yo estoy concienciando a mis pies de que tienen que aguantar toda la noche metidos en esos taconazos y dándole caña al cuerpo.

—Ok, ok, vosotros ganáis.

Tenían razón mis amigos. Había que divertirse, de modo que ese sería un fin de semana especial. Quién sabía, igual hasta conocía a alguna chica interesante. Ya había pasado un tiempo prudencial desde mi ruptura con Lara y a nadie le amarga un dulce. Yo era y soy un hombre de pareja, no porque necesite a nadie para sentirme completo, sino porque amar y sentirme amado es una faceta de mi vida que considero de lo más placentera.

Había llegado la hora de volver a ponerme en el mercado, toda vez que mi vida volvía a estar encauzada. Mi ducado no me estaba dando mayores quebraderos de cabeza, ya que mi padre nombró a un albacea para que así fuera. Y con respecto a las cuestiones domésticas de mi parte del castillo, Ronan se encargaba de todo.

Charlábamos un par de veces por semana, discutiendo los principales temas, y asunto concluido. Ni que decir tiene que mi solvencia económica era ahora mayor, ya que mi padre me dejó también una importante cantidad de dinero.

—Un Ferrari me compraría yo si estuviera en tu lugar—solía decirme Axel, quien era un auténtico apasionado de los coches.

—Sí, o media docena de ellos, yo no necesito un bicho de esos para fardar.

Había pensado en cambiar de coche, eso sí, y lo haría pronto. Pero de ahí a encargarse un Ferrari mediaba un abismo. En cuanto a mi casa, a la que estaba acostumbrado y me encantaba, le haría una serie de reformas que me permitieran dejarla totalmente a mi gusto, pero no estaba en mi horizonte cambiarla. Para castillos ya tenía el de Birmingham.

El sábado me lo tomé de relax absoluto. De sobra sabía que esa noche nos daríamos la gran paliza y que nos acostaríamos ya con la luz del alba, por lo que dediqué la mañana a machacarme en el gimnasio.

A la vuelta, aproveché para tomar un tentempié y descansar un poco. Ponían una película que me apasionaba, “La vida es bella” y eso que no podía evitar llorar a moco tendido cada vez que la veía.

En cierta forma, y salvando las tremendas distancias, en ella nos veía identificados a mi madre y a mí, porque en su figura siempre vi una salvadora que quiso hacer de aquel austero mundo un lugar bello en el que yo fuera creciendo.



Me quedé dormido y de nuevo tuve aquel sueño que me perseguía desde la muerte de mi padre: Yo llegaba a su dormitorio y él solo dormía, por lo que se despertaba con mis palabras y teníamos ocasión de charlar.

Mi amigo Peter, que era psicólogo, me había explicado algo que no había que ser un lince para suponer; se trataba de esa charla que se me había quedado pendiente con el hombre al que llegué a odiar.

Resoplé, no me dejaba buen sabor de boca ese sueño, por lo que entré en la ducha y estuve un buen rato en ella. El verano ya me permitía disfrutar de mi pequeño jardín, que tenía acondicionado de lo más coqueto, por lo que pasé parte de la tarde en él, leyendo y escuchando música.

No podía quejarme para nada de mi vida; me gustaba mi trabajo, me gustaba mi casa y me gustaba que mi título, pese a todo, no hubiese interferido más de la cuenta en mi día a día.

Estaba tranquilamente tumbado cuando me llamó Elina.

—Corwin, espero que tengas elegido ya el traje que vas a ponerte y no te echas para atrás, irás al baile, ¿no?

—Ni que te enviase Axel, sí, iré... Puedes quedarte tranquila.

—No hace falta que me envíe nadie para saber que estas fiestas ni te van ni te vienen y que se te habrá pasado por la cabeza no ir...

—No se me ha pasado porque sé que en ese caso corro el riesgo de que mi amigo me la abra para ver lo que tengo dentro. Y está bien como está.

—Mejor así, porque yo iré con Irish, ¿te acuerdas de ella?

—Sí, hombre, tu amiga la pelirrojilla... Esa tan salada, que llevaba unas trenzas. Cómo para no acordarme con la que liaron ella y Axel.

—Chico, lo has dicho de una forma que ni que fuera Pipi Lastrum, la pobre...

—No, qué cosas tienes. —Me hizo reír a tope.

—Pues mejor, porque me da que ella te tiene echado el ojillo, aunque no sé si es la mujer que te interesa, tengo mis muchas dudas, pero igual hay otras...

—¿Es cosa mía o estás haciendo de celestina? Mira que se te está viendo el plumero, Elinita...

—Lo estoy haciendo sí, ¿y qué? Mejor será eso que esperar a que muevas ficha tú, que te veo muy tranquilín.

—Ya, ya, ¿y tú qué? Porque te recuerdo que vida tenemos todos.

—¿Yo? No, no me siento preparada todavía, ya llegará el momento.

—Elina, ha pasado bastante tiempo de lo de James. Vale, que sé que fue una jugarreta total del destino y que te...

—No sigas, Corwin, por ahí no. —Trató de hacerme cerrar el pico por completo.

—No, ahora también me vas a escuchar tú. Llevo mucho tiempo callado, tratando de ser delicado, pero creo que es hora de que me escuches; James habría querido que siguieras adelante.

—Y sigo, ¿o es que tú has visto que me haya puesto un hábito? Por favor, Corwin, no me des la charla.

—Entras y sales, eso es cierto. Pero el único ser masculino con el entablas relación directa es con "Petit". —Así se llamaba su chihuahua.

—¿Y qué? Ya llegará el momento, pero todavía no. —Se mostraba cien por cien reacia a hablar.

—¿Dentro de cien años?

Hacia ya tres años que Elina estaba viuda, algo que ocurrió cuando solo llevaba un año de

casada. Una auténtica tragedia que mi amiga llevaba como podía, pero en la parcela amorosa no parecía levantar cabeza.

—Corwin, yo... No sé cómo decirte, pero es que...

—¿Qué? Dime Elina, por favor...

—No, déjalo, en otra ocasión mejor—titubeó.

—No me dejes en ascuas, ¿qué se supone que ibas a decirme?

—De veras, déjalo, no tiene ninguna importancia. Es solo que hay algo que... déjalo estar.

Al saber, las mujeres se me antojaban a veces como un verdadero rompecabezas. Y eso que Elina siempre destacaba mi supuesta inteligencia. El triple me haría falta para al menos comenzar a entenderlas...

La tarde iba tocando a su fin y era hora de arreglarse. De nuevo elegí un traje negro, en esta ocasión de corte italiano, que poco tenía que ver con el que lucí para el sepelio de mi padre. Este era uno bastante menos serio, pero en la línea de gala que requería la ocasión.

Iba de estreno y pensé que había sido un acierto. Me miré al espejo y, falsa modestia aparte, me sentaba como un guante. Yo soy muy exigente con mi imagen y la moda es una de mis grandes pasiones. No necesito un Ferrari, como Axel, pero sí un vestidor repleto de trajes de todos los tonos cuidadosamente colocados, junto a un sinfín de complementos. Tampoco faltan en él un considerable número de prendas sport para las salidas informales y un zapatero de esos que no se lo saltaría un galgo. Cada uno se da sus caprichos y la moda es el mío.

Lara solía decirme que tenía más ropa y zapatos que ella. Razón no le faltaba, lo mismo que cuando aludía a que me tomaba mi tiempo para arreglarme. Cuando llega la ocasión, para mí es todo un ritual del que disfrutar minuto a minuto.

Llevaba demasiado tiempo dejándome una barba de esas de pocos días y creí que había llegado el día menos pensado, que era como llamaba a ese en el que me la rasuraría. La ocasión era la ideal para lucir una imagen renovada que dejara atrás a aquella otra de la que ya estaba un poco cansado.

De joven no me gustaba llevar el rostro rasurado, porque siempre he aparentado menos edad de la que tengo, pero a los cuarenta bien que podía permitírmelo.

Me perfumé y salí andando. Axel, impaciente, ya me estaba esperando abajo en un taxi. Aunque yo no bebiera demasiado, había que ser cautos.

—Ya llevo aquí cinco minutos—me recriminó en cuanto me vio aparecer, señalando su reloj. Ese solo era puntual cuando se trataba de pasarlo bien.

—Pareces una novia de esas renegonas, a mí no me vayas a dar la noche—le advertí de antemano, que lo conocía.

—Venga, sube, que vas muy guapo. —Me guiñó el ojo.

No, no es que fuera homosexual ni tampoco bi, al menos que yo supiera. La cuestión es que le encantaba gastar ese tipo de bromas delante del más pintado y dejarme a cuadros.

—¿Dónde los llevo? —carraspeó el taxista, un hombre mayor que debía estar chapado a la antigua y para quien la escena no fue del todo de su agrado.

## Capítulo 7



—La madre que te parió, Axel, mira que te gusta dar el numerito—me quejé cuando bajamos del taxi e hizo ademán de cogirme por la cintura.

—Hasta los morros te comería un día con tal de ver la cara de uno de esos tipos rancios con mentalidad de hace dos siglos.

—Deja, deja, que no tengo ninguna necesidad de hacer la prueba...

Mi amigo era tronchante y le gustaba más una juerga que a un tonto un lápiz, por lo que debía poner siempre pie en pared si no quería que saliéramos en los periódicos.

Hablando de periódicos, los chicos de la prensa estaban allí cámara en mano. Aquel baile tenía una gran repercusión mediática y serían muchos los miembros del mundo del famoseo que se dieran cita.

—¿Has visto aquel grupo? Son todas top models, de ahí que ninguna sea precisamente un tapón de alberca. Dios, son un grupo de ángeles puestos en la tierra para deleitarnos la vista, ¡y están mirando hacia acá!

—Tú lo flipas, están mirando hacia acá porque tenemos un grupo de paparazzi detrás. Relax, entra y tómate una copita, que voy a tener que amarrarte para que no ataques.

Mi amigo era un fuera de serie en lo que las cuestiones del ligoteo se refería, le daba lo mismo ocho que ochenta, ya que tenía un morro que se lo pisaba. Con el lema de que “el no” ya lo tenía, le metía cuello a todo lo que le entrara por el ojo. Y no le iba mal precisamente, no.

Además, le llevaban los demonios por el hecho de que yo no siguiera sus pasos, pero es que

yo no tenía necesidad alguna de exhibir a las mujeres como trofeos.

Entramos en la fiesta en aquel otro castillo a las afueras de Londres, que en cierto modo me recordaba al mío de Birmingham. O, mejor dicho, al medio mío, que lo compartía con aquella mujer a la que seguía sin querer nombrar.

El que pagaba el pato de la situación no era otro que mi querido Indomable, por él tendría que sacar fuerzas de flaqueza y volver a dejarme caer por allí en algún momento. Y eso que, siendo sincero, si algo tenía que agradecerle a Chanel era que lo cuidara como todos en la casa me habían asegurado que lo hacía, aunque a veces me repateara pensarlo.

Los jardines en los que se celebraría el baile lucían increíblemente engalanados. Sin embargo, pese a lo impresionantes que eran, la decoración ponía el punto desenfadado a un entorno en el que los tonos blancos y las notas ibicencas predominaban. Con eso me habían dado en el cantito del gusto, pues la isla española era mi predilecta, siendo raro el verano que no pasaba unos días allí.

En los últimos años lo había hecho con Lara y ello me permitió vivir la isla a tope también de día, regocijándome con sus colores blancos nucleares que quedaban grabados en mi retina. Para demostrar que lo que digo es cierto, valga el hecho de que el principal adorno de mi salón es un cuadro que un pintor amigo me regaló a partir de mi foto favorita, descalzo y en las escalinatas de una casa cualquiera de las muchas que pueblan Las Pitiusas.

—Tú dirás misa, pero ese ramillete de bellezas sí que nos está mirando a nosotros. —La expectación de Axel se acrecentaba por momentos.

—Que estén mirando para acá no quiere decir que mueran por hincarnos el diente, también te lo digo—le advertí.

—Porque tú lo digas, pero aquella de la melena castaña te está comiendo con los ojos. Ahora, que tú dirás que son invenciones mías, como si no supiera muy bien de lo que estoy hablando.

—Venga, tira, vamos a por una copa. Prefería entretenerlo, aun a sabiendas de que no tardaría en volver a la carga.

—A eso no voy a decirte que no, duque. —Ya estaba tardando en que saliera el dichoso ducado a la palestra.

—¿Puedes decirlo más alto a ver si hay alguien que no se haya enterado todavía? —le sugerí.

—Claro que sí, hombre de Dios, no hace falta que me lo ruegues...— Y ni corto ni perezoso, lo repitió a voz en grito.

—¡Estás loco, tío! Algunas veces hasta pienso que has vuelto a las andadas, pero otras recuerdo que te prometí liquidarte si lo hacías y que eres consciente de que hablaba en serio.

Axel había coqueteado con las drogas de joven y eso era algo con lo que yo no había comulgado en la vida. En cierta ocasión, en la que estuvo a punto de meterse en un lío de los gordos, le di un ultimátum y, por fortuna, pareció entender que más me valía hacerme caso.

—No, no te preocupes que por mi nariz no entra ya más que el agua salada cuando me da la alergia, tranqui.

—Más te vale o te corto el pescuezo, ya lo sabes.

—Pero, de todos modos, sabes que no puedes pasar desapercibido por mucho que quieras, todo Londres sabe que eres un duque, por más que tú quieras esconderlo.

—Yo no quiero esconderlo, no se trata de ninguna vergüenza, pero tampoco hacer ostentación de ello. Ni lo uno ni lo otro.

—Pues por mucho que trates de evitarlo las churris se me van a tirar encima. Desde que se publicaron las fotos del entierro de tu padre mucho me temo que tu idea de seguir en el anonimato de por vida se ha visto truncada.

—Ni que lo digas. Si hasta al principio tenía prensa en la puerta de la casa, es algo que prefiero no pensar, me horripila.

—Pues si yo fuera tú me iba a horripilar bastante, anda que no le iba a sacar partido ni nada. De entrada, me iría para ese grupo y haría un sorteo a “pito, pito, gorgorito” —señaló a las modelos.

—No digas sandeces, anda, que has leído demasiadas novelas románticas, creo yo. En la vida

real las cosas no funcionan así.

—Qué va, no funcionan así. Solo hay que ver las miradas que te están echando la mitad de las chicas. Yo no te digo nada y te lo digo todo.

—Y dale Perico al torno, mira por ahí vienen Elina e Irish.

—¡Ostras, Irish! No me habías dicho que asistiría. —Enarcó una ceja.

—¿No? Pues yo qué sé, chico, supongo que no le habré dado importancia. De todos modos, te llevas bien con ella, ¿no? Es más, creo que la noche que la conocimos la conociste a fondo.

—Sí, pero mucho me temo que no quedé demasiado bien, tú ya me entiendes.

—¿Un gatillazo? ¿Me estás hablando de eso? No jodas, tío.

—¿Qué gatillazo ni qué niño muerto? Si me llega a suceder eso amanezco en las portadas, me tiro por la ventana, mameluco.

—Yo qué sé, ¿entonces?

—Entonces digamos que en los días posteriores no le presté toda la atención que requería, igual me dejé ir un pelín.

—Entiendo, que no le volviste a contestar ni a un mísero mensaje, capaz eres—conjeturé.

—Me ofusqué, es que en aquellos días también estaba así así con Cindy y con Charlotte, un lío, qué te voy a contar...

Mejor no me cuentes nada que lo tuyo tiene condena. Pues nada, ahí la tienes.

Elina y su amiga se acercaron y Axel sobreactuó un poco.

—Chicas, ¿qué tal? ¡Cuánto tiempo! —Las abrazó.

—Es lo que tiene cuando pasan de una, que normalmente no vuelve a dar señales de vida—le



contestó Irish con cara de malas pulgas.

—¿Yo no te contesté? Seguramente no me iría el teléfono, chica, eso debe tener una explicación.

—Sí que la tiene, suelen llamarla ser un picaflor, para más señas—le señaló.

—Bueno, bueno, voy a por unas copas, que el alcohol rebaja el ambiente cuando está cargadito. —Axel tenía tablas para sobrellevar esa situación y cualquier otra que se le pusiera por delante. El morro de mi amigo era infinito.

Para cuando quiso venir las chicas ya reían relajadamente conmigo y la tensión, ciertamente, se había esfumado.

—Maldita sea, Corwin, ¿se van a quedar toda la noche con nosotros? La castaña sigue comiéndote con los ojos y ahora la rubia también me está haciendo un marcaje completo a mí—susurró en mi oído aprovechando un descuido de nuestras acompañantes.

—Pues te va a tocar lo de “ajo y agua”, a joerse y a aguantarse, porque no les voy a decir a las chicas que se esfumen, eso dalo por sentado.

Me sentía cómodo con ellas porque, aparte de amigas, eran chicas sencillas y no como aquellas top models que miraban a todo el mundo por encima del hombro, yendo de divas totales.

Desde niño, por el hecho de haberme criado en un castillo, me angustiaba la idea de que algunas personas se acercaran a mí por lo que representaba y no por lo que realmente era. Y desde que era duque ese temor se había acrecentado.

—Venga, Corwin, vamos a bailar—me pidió Elina. Ella tenía toda la gracia del mundo haciéndolo y a mí, pese a que no lo consideraba uno de mis fuertes, de siempre me habían dicho que se me daba bastante bien.

—Yo...—Axel miró a Irish como temiendo que también quisiera bailar con él y ella le dejó las cositas claras.

—Por mí no te preocupes que no tienes que ser mi guardaespaldas esta noche. Es más, ya le he

echado un ojito a uno que no me importaría que lo fuera.

Con paso firme, se fue hacia un chaval con el que comenzó a bailar, mientras que Axel probó suerte con el grupo de las estiradas, lanzando la caña. Una de ellas picó el anzuelo, de forma que todos felices...

—No quiero aguarde la fiesta, Corwin, pero ¿esa de ahí no es Lara? —me preguntó con tono preocupado Elina.

Viera lo que viese, que Lara estuviera allí no tenía por qué aguarde la fiesta. Ella, un tanto rencorosa, no me había perdonado que no la llevase a Birmingham, por lo que no me dirigía la palabra, pero yo no tenía nada en su contra.

Sorprendido sí que me quedé, si digo otra cosa mentiría, no por su presencia en el baile, sino por su avejancada compañía. Para mí que ella no tenía ninguna necesidad de estar con el socio fundador del despacho, de quien la separaban unas cuantas décadas en edad, ¿qué les pasaba a algunas mujeres?

Irremediamente me acordé del tema de Chanel, por mucho que ella quisiera hacerme lo blanco negro, nunca creí que estuviera verdaderamente enamorada de mi padre. Y no es que él pareciera una momia a su lado, que como ya he dicho era arrogante, pero apuesto, sino porque para mí tanta diferencia de edad suponía un obstáculo insalvable.

Le hice un cortés gesto con la cara a mi ex en un momento en el que nuestras miradas se cruzaron, si bien lo contrariado de su mohín me indicó que tenía intención de saludarme, pero ya en otra vida, si eso...

No voy a decir que su negativa me disgustase mucho, y menos cuando lo estaba pasando de escándalo con Elina.

—No te preocupes, Corwin, es una idiota por no saludarte. Tú no tienes nada que esconder ni de lo que avergonzarte, fue a ella a quien se le puso peor cara que a un chino chupando un limón desde que la hicieron socia del despacho. Mírame, ¿estás bien?

—Estoy, estoy, no te preocupes. Solo es que tanta prensa pululando por aquí me está agobiando un poco, ¿te importaría si voy al baño?

—Vale, pero que a mí no me importa que me fotografien contigo, es más...

Debí darme cuenta en ese instante de que Elina tenía necesidad de contarme algo, pero a veces las personas no somos capaces de ver más allá de nuestro propio ombligo.

Necesitaba refrescarme un poco y quizás en el piso superior, a cuyos baños subí, hubiese alguna terraza un tanto solitaria en la que asomarme a tomar el aire sin tanto bullicio.

Me eché a andar mientras saqué el móvil y fue entonces cuando me despisté. No había nadie más con quien chocarme por las escaleras al parecer, porque al destino le divirtió que fuese Alan, el jefe y ahora pareja de Lara. Era evidente porque no se cortaron en comerse la boca mientras bailaban para que el tema me quedase claro. ¡Como si a mí me importase un pimiento!

—Deberías mirar por dónde vas, ¿no te parece? —Ya sabía yo por qué se le había agriado el carácter a mi ex, menudo mal rollo que desprendía el tío.

—Perdona—murmuré mientras miraba con preocupación, pues el móvil se me había caído por la barandilla y vi que causó cierto revuelo en la planta baja.

Bajé los peldaños de las escaleras de dos en dos, mientras el otro me soltaba una perogrullada sobre si lo había hecho por venganza o no sé qué gaitas, para comérselo.

—¡Toma ya! —le escuché decir a una Elina que se llevó las manos a la boca. Y es que le había dado en toda la cocorota al hombre que la acababa de sacar a bailar con tal mal tino que le había salido andando el peluquín y lucía calvo como una bombilla.

Aluciné, no sabía ni lo que decir. Yo tenía la suerte de que mi pelo estaba intacto, pero que si le hubiera dado por caerse me rapo y punto, todo menos ponerme un parche que pareciera que se me había caído una ardilla muerta en la cabeza.

—Lo siento, me he tropezado y se me ha ido el móvil de las manos, ¿puedo ayudarte? —Le tendí la mano agradeciendo que no tuviera una brecha, porque se había llevado una buena leche.

—Joder, tío, pues otra vez ten más cuidado. Creía que se me había caído encima una estatua de esas. —Señaló a unas águilas de bronce que pendían de la barandilla del primer piso.

—No, hombre, si te cae una de esas te deja seco, de veras que perdona.

Elina me miró con unas ganas de guasa que tuve que contener la risa, casi dándome las gracias por haberla sacado de su error. El tío debía ser un tanto friki para llevar el peluquín de marras, de manera que mejor era saberlo.

Enfilé de nuevo el piso de arriba con la intención de esta vez poder alcanzar el baño, pero nuevamente el destino tenía otros planes para mí.

Justo al pasar por delante del de señoras, escuché a una chica pidiendo auxilio.

—¡Por favor, que alguien me ayude! —La angustia era patente en su voz.

—¡Calla, zorra! —La voz de aquel borracho asqueroso, queriendo asaltarla, me revolvió el estómago.

No soy partidario de la violencia ni he matado en mi vida a una mosca, pero que una mujer o un niño estén en evidente peligro por parte de alguien que quiera abusar de su superioridad física es algo que no puedo soportar ni bien ni mal.

Salí corriendo y para cuando quise caer encima del tío ya le había dado tal puñetazo en la cara que su sangre salió como un chorro en dirección hacia mi camisa.

—¿Qué ibas a hacerle, hijo de puta? —le pregunté mientras observaba las temblorosas piernas de la chica sobre aquellos sensuales tacones de aguja.

—Nada, no iba a hacerle nada, solo me había equivocado de baño, cabronazo de mierda, te voy a denunciar.

—Hazlo en cuanto llegue la policía, ahora mismo voy a llamarla.

El intento de abuso por su parte no iba a quedar impune, como Corwin que me llamaba que eso no ocurriría. Mientras cogía el teléfono, que por suerte seguía funcionando tras su caída, y aguantaba al tío por la pechera, vi abrirse la puerta del baño.

—¿Estás bien? —Comencé a preguntarle a la chica y fue entonces cuando reparé, viendo en su rostro la misma sorpresa que ella detectó en el mío, ¡era Chanel!

## Capítulo 8



Para cuando vine a reaccionar, ella se había echado en mis brazos. Evidentemente no iba a sacudirla como a una estera, tampoco tenía la lepra ni nada parecido... Era solo que se trataba de la última persona que esperaba ver aquella noche y, por supuesto, de la que menos deseaba un abrazo.

—Estoy, estoy... no sé muy bien cómo estoy, creo que aterrorizada. —Se aferraba a mí con ganas.

—Pero dime una cosa, ¿ha llegado a hacerte algo este malnacido? —Yo tenía unas ganas descomunales de pisarle la cabeza.

—No, pero si no llegas a venir no sé lo que hubiese ocurrido, lo he visto en sus ojos antes de encerrarme, me estaba acosando, me quería...

—Sé muy bien lo que quería, pero pierde cuidado que ya no va a volver a acercarse a ti. Por lo que he visto esta noche me sobran razones para asegurarte que se va a pasar una buena temporada a la sombra.

El tipo quiso replicarme, pero me bastó con una mirada para disuadirle. Imposible que dijera nada sin que yo tomara de nuevo cartas en el asunto.

Literalmente, tenía mi pie encima de su pecho mientras trataba de consolarla. Lo difícil de la situación hizo que incluso nos olvidáramos de los formalismos y comenzáramos a tutearnos en aquel baño.

—No le conozco de nada, pero he visto que me perseguía aquí. Quise llamar a la policía, pero él fue más rápido y me quitó el bolso. —Señaló a una esquina donde el tío lo había tirado.

—No te preocupes por nada, que ya ha pasado todo.

Lo que no pasó fue más de un minuto hasta que algunos de los invitados subieran a ver la escena. Los gritos habían alertado a todos aquellos a quienes les pilló lejos de la música, y junto con ellos algunos miembros de la prensa, que no dudaron en tomar un montón de instantáneas.

—¡Este es un recinto privado y la situación un tanto fea como para que queráis sacar tajada de ella! —Traté de protegernos de las cámaras, algo más difícil de lo inicialmente previsto, pues los flashes no paraban de alumbrarnos.

Axel, quien también había subido, me echó un cable y de un grito puse al personal firme como una vela.

—Joder, ¿qué parte de lo que ha dicho el duque es la que no entendéis?

Lo reprendí con la mirada y comprendió su metedura de pata. Si a alguien se le había escapado que yo era quien ostentaba ese título, él se había encargado de recordárselo.

—Duque, ¿qué ha pasado? ¿No es esa la mujer de su padre? ¿Están ustedes juntos? ¿Tienen algo que contarnos? —Miré a aquellos pintamonas con cara de asesino, ¿qué leña era lo que estaban insinuando?

—¿Juntos? Chanel y yo nunca hemos tenido ni vamos a tener relación alguna, ni siquiera de cordialidad. Váyanse con la música a otra parte y no intenten buscar explicaciones donde no las hay.

No podía quedarme con eso dentro, ¿una relación entre nosotros? Si Chanel fuera la última mujer en el mundo, ya podría darse la especie humana por jodida, pues se extinguiría sin remedio.

Ella me miró con cierta pena. Supongo que dado lo tajante que fui al decir que ni cordialidad existiría jamás entre nosotros, y yo sentí una cierta compasión, que achaqué a lo desvalida que la veía en ese momento.

Si mi padre, con lo que debió quererla, la hubiera podido observar por un agujerito, se habría revuelto en su tumba. Y yo, por mucho cabreo que hubiera sentido hacia él durante años, debía

proteger a su viuda.

—Perdona, no he querido ofenderte. Es solo que ya sabes que nunca comulgué con...—  
murmuré mientras ella se derrumbaba, dejando caer un buen puñado de lágrimas.

—El circo se ha acabado, señores. —La policía, que debía estar a un tiro de piedra, acababa de llegar y logró que nos quedáramos a solas con aquel malhechor que fue detenido.

—Ya ha acabado todo, ¿ves? Este energúmeno va camino de recibir su merecido—la consolé.

—Señorita, usted tendrá también que acompañarnos hasta las dependencias policiales, hemos de tomarme declaración—le indicaron para su desesperación.

—Señora—aludió a su condición de viuda, algo que la dignificó—, y ¿no habría alguna posibilidad de que lo hiciera en otro momento? Estoy cansada y confusa, he pasado mucho miedo...—se justificó.

—Imposible, el protocolo indica que debe acompañarnos ahora.

La miré y, aunque mi cabeza me pedía que me mantuviera impasible, mi corazón no lo permitió. Aunque fuese por lealtad al hombre que propició mi venida al mundo, tendría que hacerlo.

—Esperen entonces que llame a alguien de mi confianza, no quiero ir sola. —Hizo ademán de coger el teléfono.

—Déjalo, por favor, yo iré contigo.

Acababa de decidirlo en una centésima de segundo y lo solté antes de que pudiera arrepentirme.

—¿Tú? —Ella tampoco quedó indiferente ante mi ofrecimiento, señal de que no lo esperaba.

—Sí, yo, vamos, por favor—resoplé porque no las tenía todas conmigo. En cierto modo me sentía como si estuviera traicionándome a mí y a todos aquellos pensamientos que tan fuerte me habían hecho durante los años que permanecí apartado de mi padre y de su círculo.



—No tienes por qué acompañarme si no te apetece, bastante has hecho ya por mí esta noche, tú me has salvado, Corwin. —Apretó mi brazo pues, sin ni siquiera pretenderlo, yo la había tomado por el suyo.

—No es cuestión de que me apetezca o no, es un deber y como tal debo cumplirlo—sentenció y salimos andando.

No fue un rato agradable el que pasamos ante aquel oficial de policía que pretendía que ella lo relatara todo con pelos y señales. Mi presencia allí, al parecer, también les resultó bastante valiosa, toda vez que yo era el único testigo de lo sucedido.

Chanel volvió a sorprenderme, como ya ocurriera seis meses atrás en Birmingham. Pese a que el trago que acababa de vivir era de lo más amargo, una vez se recompuso estuvo en disposición de hacer un relato detallado que sirvió a la policía para encajar la veracidad de sus palabras.

—Has sido muy valiente y eso te ha permitido recordar todos los detalles, ese tío se ha echado bien la sogá al cuello—le comenté en cuanto nos dijeron que nos marchásemos.

—Es fácil ser valiente con apoyo, muchas gracias por todo. —No trató de apuntarse el tanto, sino que me lo cedió a mí.

—No he hecho nada de particular, solo auxiliar a una mujer en apuros, es lo mínimo—me excusé.

—Pero no todos los hombres hubieran sido capaces de encarar la situación con tanta determinación. Me he sentido tan protegida... hace muchos meses que no experimentaba esa maravillosa situación. —Se echó a llorar.

No, por favor, que no siguiera por ahí. Cuando me acordaba de la relación de mi padre y ella se me revolvían las tripas. Y eso era justamente lo que iba a lograr de seguir por esos derroteros.

—No quiero saber nada de tu vida privada, tenlo presente, por favor—le pedí mientras me disponía a pedir un taxi.

—Lo entiendo, es solo que si tú pudieras calibrar lo que yo...

¿Iba a decir lo que yo creía que iba a decir? No, por Dios, que me lo ahorrara, que no deseaba saber “cuánto” había querido a mi padre ni muchos menos los “motivos” para ello.

—Te pido por favor que me ahorres los comentarios, casi te lo suplico...

Casi se lo suplicaba porque me hubiera parecido indecente dejarla sola en aquellas circunstancias, pero como siguiera por ese camino mal íbamos.

—Está bien, está bien... ¿Me aceptarías una copa? Podemos ir a algún lugar en el que charlar, me horroriza la idea de marcharme sola al hotel, todavía me tiemblan las piernas.

No era un decir, bajé la vista para observarlas y era literal... Por cierto, que vaya piernas... Que el demonio me llevara al infierno si había visto otras más bonitas en mi vida. Perfectamente torneadas y envueltas en aquellas elegantes medias con negros lazos traseros, tuve que contener la respiración para no pensar lo que no debería pensar en la vida. Que luego llegaban los sueñecitos...

—¿Una copa? Estás temblando, no me mientes, de acuerdo... pero solo una.

Igual ella estaba acostumbrada a ver a mi padre con una buena melopea en lo alto, pero no era mi caso. O quizás no, de ahí que todos me hubiesen indicado en la casa lo cambiado que estaba el duque desde que se casó con Chanel.

—Gracias, muchas gracias de corazón.

## Capítulo 9



El taxista nos condujo a un pub que le indiqué. En él, el volumen de la música me había permitido disfrutar de más de una buena charla entre amigos. Por esa razón, me pareció el lugar ideal para poder hablar con ella.

Todavía no era consciente de las vueltas que da la vida, pues charlar con Chanel era algo que en otro momento habría roto todos mis esquemas. Quizás en aquel también, pero mi sentido del deber, ese con el me habían educado, no me permitía dejarla sola.

—¿Me permites un inciso antes de que comencemos a hablar? —me preguntó cuando volví de pedir y puse la copa en su mano.

—Mucho me temo que no voy a tener más remedio, dispara, pero no literalmente, por favor.

—Antes, respecto a lo del temblor de mis piernas, me has dicho “no me mientes”, ¿verdad?

—Eso creo haber dicho, sí—corroboré.

—Quiero que sepas que nunca te he mentado y nunca te mentaría. Si hay algo que detesto en esta vida es la mentira, aparte de que creo que las personas mentirosas hacen el ridículo más estrepitoso, dado que las mentiras tienen las patitas muy cortas.

—En eso estoy de acuerdo contigo, no obstante... —Estuve a punto de iniciar lo que podría haber sido una acalorada discusión, pero concluí que no merecía la pena. Si estaba allí sentado con ella, quizás hasta cierto punto debía intentar firmar un pacto de no agresión, e igual hasta uno de paz.

—No obstante, sigues sin creerme, ¿no es eso? —Hurgó en la herida, parecía una persona

tenaz, aunque yo ignoraba hasta dónde pretendía llegar.

—Me cuesta, no te lo puedo negar, me cuesta un montón. Si te soy sincero, lo último que quiero es alimentar la polémica, han sido muchos años de sufrimiento, quizás por todas las partes, e igual ha llegado el momento de dejarlo estar.

¿Podían haber salido esas palabras de mi boca? Parecía que sí, por raro que me sonara hasta a mí.

—No sabes lo que me supondría eso. Sin embargo, para mí que pretender cerrar la herida sin haberla curado no es más que ponerle un parche.

—Yo no tengo intención de hurgar en ella, si es eso lo que temes. Quizás sí durante estos años, pero ahora ya no...

—No ha sido fácil para ninguno de nosotros, créeme...

Me habría salido del alma decirle que para unos más que para otros, pero me contuve.

—No te digo lo contrario, pero ahora ya no es posible desandar lo andado.

—No, eso no, tienes toda la razón, pero no me equivoco si te digo que tu padre sería inmensamente feliz de saber que por fin nos llevamos bien. Sé que esto no entraba en tus planes y tampoco en mi horizonte, me lo dejaste bien claro hace seis meses. No obstante, igual lo sucedido hoy, pese a lo desagradable, nos sirva para tender un puente, ¿estarías dispuesto?

—¿Tender un puente? —resoplé, no terminaba de verlo.

—¿Qué te asusta tanto de mí? —me interrogó más con la mirada que con la pregunta formulada.

—No es fácil de explicar. O, mejor dicho, no te gustaría si te lo explicara.

—Me ves como una oportunista, ¿no es eso? Por favor, haz un ejercicio de sinceridad, seguro que nos vendrá bien a los dos.

—¿De veras quieres escucharlo? Mira que yo en tu lugar me lo pensaría, a nadie le gusta que lo pongan a parir por las buenas, y menos sin anestesia...

—De veras, pese a mi apariencia frágil soy una mujer mucho más fuerte de lo que puedas imaginar.

Ahí le daba la razón, ya que era algo que yo mismo había tenido ocasión de observar por sí mismo. Chanel era como su homónimo en perfume, el N°5, ese “perfume de mujer que huele a mujer”. Lo digo porque, sin perder su esencia eminentemente femenina, aquella belleza rubia parecía estar dotada de la fuerza de un huracán.

—No quisiera hacerte daño, pero si me pides mi parecer te diré que para mí te acercaste a mi padre por su dinero y su posición, sí. Ya lo he dicho, lo siento, pero es lo que pienso.

—Ya, puedo entenderlo. Supongo que eres de esos hombres que solo pueden concebir de ese modo una pareja formada por dos personas de edades distintas, ¿no?

—Digamos que sí, sobre todo cuando lo que dista entre ambas edades son unas cuantas décadas.

—Lo dices como si tu padre fuese Matusalén, cuando lo cierto es que Connor era un hombre con múltiples atractivos, por mucho que a ti te cueste trabajo verlo.

Más que costarme trabajo, directamente el contenido de la copa se me atragantó en el buche, y comencé a toser como si no hubiera un mañana.

—Perdona, pero es que me ha cogido un poco desprevenido.

—Ya, y que sigues pensando que soy una mentirosa también influye—matizó.

O una mentirosa patológica, porque el comentario le había salido con toda la parsimonia del mundo, o una loca que necesitaba una docena de camisas de fuerza.

—Dejémoslo en que me cuesta trabajo creer lo que me estás diciendo, simplemente eso.

—Pues deberías ampliar tus miras y pensar que no es tan raro. Me consta que tu padre tenía su

público, que muchas mujeres habrían querido estar con él, Corwin.

Pues si era así, con gusto se lo habría yo regalado. Para quien no lo quería ni con un gran lazo atado al pescuezo era para mi madre, que no llegó a separarse de él y aquello le costó hasta la vida.

—Si tú lo dices...—Yo bastante tenía con tratar de controlar un carraspeo que me estaba dando una lata impresionante, el puñetero de él...

—Lo digo y lo mantengo. No creas que todas las mujeres somos iguales, yo no miré el dinero o la posición, miré a la persona. Para mí, tu padre representó una seguridad que iba mucho más allá de la económica; con él me sentí respaldada, apoyada, mimada, querida, cuidada y segura.

Óscar a la mejor interpretación, porque si no conociera al hombre del que estaba hablando, hasta me habría tragado el anzuelo.

—A otro perro con ese hueso, Chanel, no sé a quién creerás estar describiendo, pero ese al que te refieres no puede ser mi padre—le aseguré.

Ni uno solo de aquellos aspectos me cuadraba con él. Mi madre había sido tremendamente desgraciada a su lado, y aunque dicen que hay hombres para los que la primera mujer es fregona y la segunda señora, me pareció demasiado cambio.

—¡Porque tú lo digas! —Dio un golpe en la mesa y vi tal determinación en sus ojos que comencé a replantearme las cosas.

—Tranquila, por favor, creo que estás un poco alterada—le recomendé, un tanto desconcertado al pensar que su reacción parecía haberle salido directamente del alma.

—Lo siento, discúlpame, es solo que la injusticia me enerva, y que tengas ese pensamiento tan distorsionado de tu padre no es algo que pueda llevar bien—se sinceró.

—Es solo que cada uno cuenta la fiesta según le haya ido, ¿no crees? —La miré y tuve que hacer un esfuerzo por apartar la vista de aquel generoso escote que marcaba esa parte de su cuerpo que, aun pareciendo natural, era increíble a la vista.

—De veras que me da mucha lástima, porque creo con toda la sinceridad del mundo que tienes una visión bastante sesgada del tema.

—¿Y si fueras tú quien la tuviera? Yo te digo lo que he vivido, y sobre eso no puedes opinar, tú no estabas allí cuando yo era un jovencito que tenía que ponerme tapones en los oídos para no escuchar las tanganas.

—Creo, y te lo digo con toda la humildad del mundo, que a veces las cosas no son lo que parecen—apuntó y me tocó las narices.

—¿Cómo te atreves a juzgar lo que yo viví? ¿Acaso tú viviste algo similar? —vociferé.

—Si bajas la voz, quizás estaría dispuesta a contarte lo que viví yo. De no ser así, lo mismo me levanto y doy esta conversación por zanjada.

Zasca gordo que acababa de darme. Y lo extraño era que por alguna razón algo me decía que estaba diciendo la verdad; es más, sentí la necesidad de seguir escuchándola.

—No, no te vayas, por favor.

—Ok, pues entonces escucha con esas orejas, que para algo las tienes...

Me llevé las manos hacia ellas, ¿de repente las tenía de soplillo o como Dumbo?

Tal reacción sacó su sonrisa. Hasta ese momento solo la había visto en situaciones tristes y complicadas, era la primera vez que aquella preciosa boca se desdibujaba para ofrecerme una sonrisa cuya amplitud cobró proporciones desorbitadas.

—Tus orejas están perfectas, no temas. Tienes buenos genes, aunque eso ya lo sabes....

—Lo sé, lo sé—bromeé, yo no me consideraba un arrogante como lo fue mi padre y en mí solo podía explicarse una reacción así en tono de coña.

—Lo que yo viví en mi casa fue un auténtico infierno. Mi padre sí era un maleante que, a pesar de ser médico y contar con una posición medianamente acomodada, le propinaba a mi madre unas palizas de aúpa. Lo peor es que ella se negó a abandonarlo durante muchos años, por lo que sus hijos (tengo dos hermanos) tuvimos que pasar una infancia y adolescencia aterradoras.

—Cielo santo, Chanel, lo siento... Ahora puedo entender ciertas cosas, es probable que me precipitara al juzgarte. Y también que con mi actitud causara mucho sufrimiento.

—¿Qué es lo que puedes entender? Mira, no te ofendas, pero sacando conclusiones has demostrado no ser precisamente un lince. —Ahora era yo el que sonreía, me había dado otro zasca de los buenos. Como ya sabía, estaba ante una mujer inteligente que no tenía en mente amilanarse por nada de lo que yo pudiera decirle.

—Pues que buscaras una persona mayor por esa razón, para sentir con ella la protección que no sentiste en casa—argumenté.

—¡Nuevo error! Yo no buscaba nada, pese a todo crecí fuerte como un roble. Connor simplemente apareció en mi vida, se cruzó en mi camino y a mí me pareció una bendición. Ya te lo he dicho, con él me sentí muchas cosas y todas buenas. Una de ellas era protegida, sí, y eso me fascinaba, pero no es que buscara esa protección, simplemente me la regaló. Hubiera podido vivir sin ella, pero fui mucho más feliz sintiéndola. ¿Acaso no es eso lo que todos esperamos de la persona amada?

Tuve que claudicar. Supuse que tenía toda la razón y lo más grande es que aquella preciosa mujer defendía sus palabras con total vehemencia, nada en ellas me hacía pensar que tuviera motivo alguno para mentir.

—Pero... mi padre no me daba el perfil de ese tipo de hombre, sino más bien del que solía mirar para otro lado cuando su mujer tenía problemas, yendo tremendamente a la suya. Dicho mal y pronto, yo lo tenía por un egoísta de mucho cuidado.

—Ya, y también me tenías a mí por una trepa y espero que tu concepto vaya cambiando, ¿o no lo consigo?

—Sí, sí que lo vas consiguiendo y eso que yo también reconozco que soy un hueso duro de pelar, para qué vamos a engañarnos. —Los dos nos reímos al mismo tiempo y si en algo también debí claudicar era en el hecho de que su risa me resultaba totalmente cautivadora, a la par que contagiosa.

—Mira, si he venido hasta aquí, hasta Londres, para acudir a este baile es porque entre otras



causas sus patrocinadores apoyan a las mujeres maltratadas. Y la “oportunista” que tienes delante ha donado una generosa cantidad para ellas.

Nuevo zasca, me iba a ir de allí con toda la cartilla leída. Durante años la había tenido por una mujer ambiciosa para la que todo el dinero sería poco, y de pronto me encontraba con un ser generoso que estaba absolutamente por la labor de ayudar a los más desfavorecidos.

—Me dejas de piedra, lo reconozco. Como también te reconozco que eres la última persona a la que esperaba encontrar en Londres, no te hacía en este ambiente.

—Me he movido mucho por él hace años, hasta que conocí a tu padre. Connor tenía muchos valores, pero no era precisamente el alma de la fiesta.

—Ya, él prefería su vida en el campo, retirado de todo el bullicio de las grandes ciudades. Siempre fue a su bola mi padre.

—Sí, una vida de retiro en la que se sentía pleno y a la que yo me acoplé porque lo quería. En contra de lo que tenías en la cabeza, el mío fue un ducado por amor, no por conveniencia.

—Y ahora llego yo y te arrebató el título, vuelves a ser una ciudadana de a pie, ¿no? —Arqué la ceja.

—¿Y en serio crees que eso me importa un bledo? El título lo ostenta ahora su legítimo heredero; el hijo del hombre al que tanto amé. Créeme que tu padre hubiera estado muy orgulloso de que así fuera.

No daba hilo sin puntada esa mujer.

—¿Y tienes previsto asistir a más actos de este tipo? —Carraspeé. No me gustaba demasiado cuando, en la medida que fuera, hablaba de mi relación con mi padre y preferí salir por la tangente.

—Es muy probable que sí. Aunque sigo sintiendo que en Birmingham tengo mi casa y mi vida, también me falta mi compañero, y eso hace que a veces me sienta muy sola allí. He pensado que airearme de vez en cuando será algo que me convenga mucho.

—Airearte... hablando de eso, ¿sabes que llegaste a la vida de mi padre como un soplo de aire fresco?

—Lo sé, lo sé, pero ponme algún ejemplo que hayas observado, me resulta halagador...

—El más evidente es el de los tapices; no creí que los retirara en la vida.

—¿Te refieres a aquellos tan horribles de las cacerías? Cielos, eran infumables, creo que fue la condición que le puse para casarme con él—bromeó, que bien sabía yo que solo lo sugirió.

—No me extraña, yo también lo hubiera incluido en las capitulaciones matrimoniales, creo que fueron motivo de pesadilla durante mi niñez.

—Pues asunto concluido, los guardamos, bien bonitas que quedaron las paredes con otros motivos más modernos; lo cortés no quita lo valiente.

—¿Los guardasteis? Yo pensaba que los habíais quemado, no eran para menos.

—Lo intenté, lo intenté, pero por ese aro no pasaba tu padre, créeme. —Siguió bromeando.

—Y tú créeme que estoy conociendo a una Chanel totalmente distinta a la que me había imaginado.

—Normal, otro cabezota como tu padre, que eso sí que lo tenía... Ni siquiera me diste el beneficio de la duda, ahora te toca reconocer que te equivocaste conmigo.

Eso no era algo que me satisficiera en ese momento, porque era consciente de que mi actitud había contribuido al total distanciamiento entre mi padre y yo. Al no tener ya arreglo, me causaba una cierta ansiedad, pero era lo que había.

—Me equivoqué, ¿contenta?

—No está mal, pero podrías decirlo con mayor convicción, que todavía no me ha sonado lo suficientemente bien. —Tenía tela aquella mujer que estaba llamando más mi atención por segundo que pasaba.

Por un momento disculpé a mi padre en el sentido de que entendía que se hubiera enamorado de ella... Tenía algo, no sabría cómo decirlo... atrayente, eso era. Chanel atraía, era indiscutible, se respiraba en el ambiente.

Estuvimos charlando un buen rato más, y fue el camarero el que nos recordó que era hora de irse a casa.

—Chicos os veo muy entretenidos, pero tenemos que cerrar. Por cierto, ¿tú no eres el duque ese del que habla la prensa rosa? —me preguntó mientras yo sacaba la billetera.

—Me temo que sí, cóbrame, por favor.

—Guauu, qué pasada, lo que yo daría por tener un título así, debes traerlas a todas de calle.

No tuvo demasiado tacto, partiendo de la base de que él no sabía si mi acompañante era mi pareja, aunque nada más lejos de la realidad... ¡Por mucho que alguna vez lo hubiera soñado!

## Capítulo 10



No sabía la hora que era, solo que el sonido de los críos jugando en la calle me indicaba que nada de temprano.

—¿A que no me lo pasas? —Se debían estar refiriendo al balón... un balón que de buena gana habría yo mandado a Pernambuco, pues necesitaba dormir unas horas más.

Salí al salón y comprobé que no había sido un sueño. El bolso de Chanel estaba allí. Tuve que tomarlo entre mis manos para comprobar que, efectivamente, era real y no un holograma. Sí, sé que puede sonar un tanto extraño, pero es que para mí todo lo que estaba sucediendo con ella era poco más o menos que de ciencia ficción.

—¿Qué haces con eso? —me preguntó y el bolso se me cayó de las manos.

A todo lo que ya pensaba de ella tenía que sumar que era sumamente silenciosa, porque no la había escuchado llegar.

La observé, un tanto nervioso porque me hubiera pillado, mientras recogía el bolso del suelo. Mi madre siempre decía que la elegancia ni se compraba ni se vendía, que se traía de serie. Ella era una mujer muy elegante, de manera que sabía lo que se decía, pero Chanel no se quedaba atrás.

Una simple camisa mía, blanca, que le tapaba hasta medio muslo, la melena alborotada y los pies descalzos eran suficientes para otorgarle un aire felino que, sin embargo, no dejaba de ser cien por cien elegante.

—Lo siento mucho, no sé, lo he tomado entre mis manos un momento y no te esperaba.

—Lo has tomado porque lo último que esperabas era que esto fuera real, ¿no? Créeme que yo

también me he sorprendido al abrir los ojos en tu cuarto de invitados, totalmente desorientada.

—Ya, bueno... ¿has podido descansar? —Me había pillado con el carrito de los helados y procuré correr un tupido velo.

—Sí, como un lirón. Creí que lo sucedido anoche en la fiesta me iba a robar el sueño durante una buena temporada. Pero, por lo que veo, no va a ser así. Naturalmente gracias a tu intervención. —Llegó a mi altura y me dio un cariñoso beso en la mejilla.

Me dejó perplejo su tremenda naturalidad. Sin mediar ni una palabra más, se fue para la cocina y preparó café.

—¿Largo de café y sin azúcar? —Nueva sorpresa para mí, se ve que se acordaba de mi estancia en el castillo, en algún momento se lo escucharía a Harmony.

—Buena memoria, sí...

—De elefante, siempre la he tenido de elefante. Y tú, ¿has podido descansar bien teniendo al enemigo en casa? —Su fina ironía sacó mi primera sonrisa de mi mañana.

—Pues no sé qué decirte, de aquella manera...

También recurrí al tono bromista, todo menos confesarle que me había despertado sobresaltado soñando que la besaba... Que la besaba, como suena, que besaba a la mujer a la que había considerado una ruina y una pesadilla durante tanto tiempo.

—Ya, anda, siéntate y tómate el café.

—Oye, mandas aquí más que en el castillo, ¿o cómo va esto?

Lo más improbable del mundo había ocurrido; Chanel pasó la noche en mi casa. No fue algo premeditado por parte de ninguno de los dos ni obedeció a que de pronto nos hubiéramos vuelto locos ni nada por el estilo. Simplemente, a la hora de despedirnos no fui capaz.

—El taxi debería llevarte al hotel, pero no sé si es lo más recomendable después de lo que has vivido esta noche—le comenté.

—No te preocupes por mí, además siempre será mejor que dormir debajo de un puente.

Maldita sea, ¿cómo no iba a preocuparme? Todo lo que habíamos hablado esa noche caló hondo en mí y, en cierta manera, me consideraba responsable de lo que pudiera ocurrirle durante su estancia en Londres.

—Tengo una habitación de invitados. No es como ninguno de los inmensos dormitorios del castillo, pero creo que podría valerle a una duquesa.

—No te mofes de mí, ahora el duque eres tú. En cuanto a lo del dormitorio, no voy a decirte que esté al cien por cien de energía, pero tampoco quiero abusar de tu hospitalidad.

—No estás abusando, eso no lo permitiría, te lo estoy ofreciendo yo. Además, siendo totalmente honesto, me siento en deuda contigo. Creo que te juzgué con demasiada rapidez, y de un modo absolutamente despiadado, tampoco tenía derecho...

—Son los dichosos prejuicios, que siempre suelen hacer daño. No te preocupes, lo doy todo por bien empleado con tal de que podamos relacionarlos con normalidad. Para mí es muy importante, Corwin.

Llegamos a mi casa bien entrada la madrugada. Y la velada no terminó ahí, pues quisimos alargarla todavía más con una charla en el sofá durante la cual aprendimos un buen puñado de cosas más el uno del otro.

Después de eso, cada uno se fue a dormir. En mi caso, no puede quitármela de la cabeza, y, como ya he contado, soñé de nuevo con ella.

En el suyo, supongo que también le sería de lo más extraño pensar que debajo de la apariencia de mentecato que le había dado todo ese tiempo, se escondía un tipo capaz de escucharla con toda la atención y de que su corazón se ablandara.

Desayunamos como si fuéramos dos viejos amigos.

—No te creas que es oro todo lo que reluce, que ahora Indomable y yo nos llevamos de fábula, pero la primera vez que fui a montarlo me vino a decir que nanai de la China—me contó con su

taza de café en la mano y mientras mordisqueaba su tostada de mermelada con nueces.

—¿Qué me dices? ¿No cayó rendido ante tus encantos? —El tono distendido de la conversación provocó que el subconsciente me traicionara.

—No, parece que no, y mira que tengo muchos. —Salvó ella la situación con su tono de burla.

—Ya, ya, ¿y qué es lo que hizo ese sinvergüenza?

—Pues mira, primero me dio un poco de cuartelillo y hasta creí que podría hacerme con la situación. Digamos que me las prometía muy felices, pero era solo fachada. Te garantizo que me entiendo a la perfección con los animales y te digo yo que ese caballo estaba enfadado por tu marcha.

—Jo, pues bonito me lo pones, me estoy sintiendo de un culpable...

—¿Culpable? No, no hay razón para ello. Fueron las circunstancias, aunque el pato lo pagué yo.

—Cuenta, cuenta, que me tienes en ascuas...

Lo dicharachera que me resultaba hacía que los minutos se volvieran segundos.

—Pues nada, ya te puedes imaginar el resultado; me llevó al río, me dio coba, y allí, sin más, me lanzó por los aires.

—¿Te tiró al río? ¿No es coña? ¿Ese caradura se deshizo vilmente de ti?

—Sí, esa debía ser su intención. Esa o la de ponerme a remojo como los garbanzos, que todo puede ser.

No me pude reír más, se veía que era una persona que se tomaba las cosas con filosofía. Permanecimos un buen rato charlando, tras lo cual llegó la hora de la despedida.

—Bueno, Corwin, has sido muy amable. No te puedes imaginar lo que han supuesto estas horas para mí. Cuando aquel desalmado me acorraló en el baño pensé que iba a ser la peor noche

de mi vida, y tú intervención la convirtió en una estupenda. No sé cómo voy a poder agradecértelo...

—Quizás devolviéndome el favor y actuando como anfitriona cuando vaya a visitarte al castillo—le espeté sin pensarlo, tal y como me lo pidió el cuerpo.

—¿De veras vendrás? Para mí sería un auténtico regalo. E Indomable también estaría encantado de verte, me consta que te sigue echando de menos. También Ronan y Harmony se volverá locos, no dejes de hacerlo, ¿cuándo nos visitarás?

Era una mujer de armas tomar y eso se notaba a la legua. Nada que ver con esas personas que dejan las cosas en manos del destino...

—¿Cuándo? No sé, supongo que podría una de estas semanas, igual...

—¿Igual la que viene? Te repito que para todos nosotros será un honor, además de un gusto.

Me rendí a la evidencia. Su interés era sincero; tenía las mismas ganas de que fuera que yo de ir.

—El que viene, pues... —concluí.

—Ahora ya me puedo ir tranquila. Ni se te ocurra cambiar de opinión por las bravas porque no respondo, te lo advierto.

—Miedito me estás dando, te lo advierto yo...

—Deberías, igual soy una madrastra de cuento y vengo a darte un tirón de orejas...—teatralizó.

“Una madrastra” decía, no solo era atractiva a rabiarse sino también más joven que yo, había que joderse. Poco que ver con una de esas viejas brujas malvadas que horrorizaban con sus fechorías a los peques.

Recogió sus cosas y se dispuso a salir.



—¿Puedes ir llamándome un taxi, por favor?

—¿Un taxi? ¿Y para qué demonios se supone que quieres un taxi? Yo te llevaré hasta el hotel.

Chanel se volvía esa misma tarde para Birmingham y era hora de ponerse en marcha.

—¿Me llevas tú? Pues no voy a decirte que no, te lo agradezco. Te dejo aquí la camisa, sobre mi cama. Cielos, espero que no me vea salir nadie, he de ponerme el vestido de anoche, parecería una loca.

Tragué saliva ruidosamente, me consta que ninguno de los dos lo hicimos adrede, pero ella había dejado la puerta entreabierta mientras se vestía y yo pasaba por allí. Pasaba de verdad, repito, no lo hice a propósito. La visión de su espalda desnuda se me antojó como la viva imagen de la perfección, con aquella piel aterciopelada que invitaba a la caricia...

Como si tuviera un sexto sentido para sentirse observada, noté que iba a girarse y me faltó el tiempo para esfumarme. Bastante fue que me viera con su bolso en la mano como para que también me pillara deleitándome con su desnudez.

—Claro, claro que te llevo yo, faltaría más...

Lo que no podíamos imaginar en el momento que abrimos la puerta fue que varios chicos de la prensa estuvieran apostados allí.

—Buenos días duque, ¿puede confirmarnos la relación sentimental que le une a la viuda de su padre? —Me metieron el micrófono por la boca y no voy a decir por dónde me dieron ganas de metérselo a ellos.

—¿Cómo? ¿Qué estáis insinuando? A Chanel y a mí no nos une ninguna otra relación que no sea la meramente familiar. Sois basura, lo siento, pero es lo que pienso.

—¿Y también va a negarnos que han pasado la noche juntos en su casa? Porque es evidente que así ha sido, tenemos las imágenes que lo prueban.

Aquellas aves carroñeras ya se habían encargado de tomar un buen puñado de fotos con el que hacer creíbles sus mentiras, toda una patraña a la que era muy posible que el gran público diera

crédito.

—Donde haya dormido la duquesa no es asunto de su incumbencia. Y ahora, si me hacen el favor de dejar de confabular y permitirnos el paso... —Me abrí camino como pude, mientras cogía del brazo a una atribulada Chanel que apenas podía avanzar.

—¡Es caótico! ¿Son imbéciles o qué les pasa? —me preguntó sentada en el asiento del copiloto.

—Viven del sensacionalismo. Han aprovechado lo que vieron anoche en el baño para sacarle punta al lápiz. Y es posible que no cejen en su empeño...

—Pues doble trabajo tienen, el tiempo les quitará la razón, ¿arrancas, por favor?

Que el tiempo les quitaría la razón era lo que cabía esperar, y lo más lógico que podía haber soltado ella por la boca. Siendo así, ¿por qué me escoció?

## Capítulo 11



Pasé el resto de la semana con una sensación extraña. Tanto como extraña quizás fuera mucho decir, porque sí que la conocía; eran nervios.

—Elina, ¿está todo listo para la reunión del lunes? Hoy me marcho un poco antes, sabes que me voy a Birmingham.

—Sí, Corwin, lo sé—suspiró.

—¿Estás bien? Te noto un poco rara, ¿pasa algo?

—Nada, Corwin, solo que te pido que tengas cuidado. Esa mujer nunca ha sido santo de tu devoción y por algo será, me cuesta creer que de repente se haya dado la vuelta como un calcetín.

—Quizás no sea ella quien se la haya dado, ¿no crees? A lo mejor la juzgué con demasiada dureza y es hora de que las cosas se pongan en su sitio.

—Si tú lo dices...

Me dejó un tanto patidifuso, pues si por algo se caracterizaba Elina era por ser una persona muy coherente. Ella siempre me aconsejó que las aguas debían volver a su cauce. Y ahora que parecía que así era la notaba molesta.

Salí del banco entusiasmado, ya tenía el coche cargado para ni siquiera tener que volver a pasar por casa. En poco más de dos horas estaría en el castillo y al lado de Chanel; me apetecía reencontrarme con ella, volver a esas charlas y a esas risas que me evadían.

No habíamos vuelto a hablar desde que el domingo la dejé en su hotel y eso hizo más

emocionante aún la espera. ¿Seguiría teniendo las mismas ganas de verme que manifestó esa mañana? ¿Y serían tantas como las que yo tenía de verla a ella? Eran demasiadas las preguntas que se agolpaban en mi mente, y el camino se me hizo eterno.

—Señor Albertson, no puede imaginar cuántas ganas tenía de verle. Debemos departir sobre una serie de cuestiones domésticas en cuanto tenga usted la ocasión.

Cielos, el bueno de Ronan me esperaba con la escopeta cargada, con las pocas ganas que tenía yo de eso aquel finde, pero habría que buscar tiempo para todo.

—Por supuesto, Ronan, así será. Yo también tenía muchas ganas de verte.

—¿Y a mí? ¿Tenías ganas de verme a mí? —No era Chanel quien se expresó en esos términos, sino mi querida Harmony, que también me esperaba como agua de mayo.

—A ti a la que más. —Casi la cogí en volandas mientras le solté aquella mentirijilla piadosa, pues había otra a la que tenía más ganas de estrechar entre mis brazos.

—¡Ese es mi duque! Ainss, si es que ha sido un galán de cine desde niño. Por Dios bendito, ¿qué es eso que ha publicado la prensa londinense en estos días? En la casa todos entramos en shock, ¿se les ha ido la cabeza? —Me guiñó el ojo.

Conocía muy bien a Harmony y ese último guiño de ojos obedecía a que ella no lo descartaba del todo. Y no me refiero a que los paparazzi se hubiesen vuelto majaras, sino a que Chanel y yo pudiéramos estar juntos.

—¡Eh, tú! ¿Vienes a saludarnos o qué? —Me volví y mis ojos debieron brillar como lo hicieron los suyos.

La pose de Chanel a lomos de mi amado Indomable era sublime.

—¡Quietos los dos! —les grité mientras sacaba el móvil y les tomaba una foto.

A continuación, fui hacia ellos y la ayudé a bajar de la silla.

—¿Por dónde empiezo? Quiero saludaros a ambos a la vez.

—Empieza por él y así luego te quedará más tiempo para mí—me sugirió. Siempre tan inteligente, nada podía argumentar en su contra.

Indomable comenzó a relinchar de alegría mientras le acariciaba.

—Déjame que ahora la salude a ella como es debido, viejo amigo, ya sabes que tratar correctamente a las damas es la máxima de todo caballero.

Me quedó muy bonito, aunque no era tratarla con corrección lo que me pedía el cuerpo. A decir verdad, no podría decir cómo ocurrió, pero Chanel llevaba toda la semana metida en mi cabeza. Quizás, igual que sucedía con los perfumes de la archifamosa marca, su embriagadora esencia se había colado por cada uno de los poros de mi piel.

—Déjate de correcciones y dame un buen abrazo—me dijo mientras ella también comenzaba a abrazarme.

De nuevo el enigma, perdí los papeles, la cogí en brazos como antes había hecho con Harmony, pero con ella en mi regazo di vueltas y vueltas mientras cerré los ojos y me emborraché del sonido de su risa.

Ni siquiera reparé en que Ronan y Harmony estaban viendo la escena. De golpe y porrazo les dimos la razón a aquellos paparazzi, aunque las cosas no eran como ellos las contaron. O al menos no por ese orden, aunque quizás...

—¿Me acompañas a llevarlo a las caballerizas? —Me pidió cuando por fin la dejé en el suelo.

—Cómo no, será todo un placer... Vaya día de verano que hace, ¿no?

—De piscina total, ¿qué te parece si tomamos algo y nos damos un chapuzón?

—Tengo una idea todavía mejor, tomemos algo y después te la enseño.

Harmony se encargó de que nos sirvieran un almuerzo ligero, todo menos que nos quedáramos con ganas de apoltronarnos en el sofá. Lo del sofá era un decir, porque allí había más de esos que

en una tienda; el castillo era una fortaleza y con una amplitud tal que no había mueble que no encontrara allí su encaje.

—¿Preparada? Coge tu traje de baño—le comenté en cuanto terminamos de almorzar.

—¿Vamos a algún spa o algo parecido? —me preguntó.

—¿A un spa? No, soy algo más salvaje que eso, me da la impresión—le aclaré—, de todas formas, ponte la ropa de montar.

Nos fuimos de nuevo a las caballerizas y a Indomable parecía haberle tocado la lotería. El animal estaba de lo más contento de volver a vernos. Y digo “vernos” porque si locura tenía conmigo, la que mostraba hacia ella no era menor.

—¿Lo montas tú o lo monto yo? —le pregunté mientras seleccionaba otro caballo.

—Tú, por favor, es tuyo. Yo solo te lo cuido, como todo lo demás.

Era humilde y su falta de arrogancia algo que yo agradecía sobremanera.

—Aquí ya hay muchas cosas que son también tuyas. Y. ¿sabes qué? Que nunca creí que llegara a decir esto, pero ahora me alegro.

Su sonrisa por respuesta mientras cogía las riendas de Engalanado, otro de nuestros mejores caballos.

Galopamos al mismo son, dejando que nuestros sentidos nos hablaran de los colores, de los olores... y aunque todavía no de los sabores, algo me decía que ella tenía las mismas ganas de probar el de mis labios que yo el de los suyos.

Cómplices, hubo un instante en el que alcé mis brazos hacia los lados y ella me imitó, de tal suerte que las yemas de nuestros dedos llegaron a rozarse, causando en mí una sensación electrificante que me hizo comprender que aquella era la compañía en la que más deseaba estar.

—Ya hemos llegado—le dije un rato después, a la orilla de ese río en el que tantos y tan sensacionales momentos había pasado a lo largo de mi vida.

—No te lo vas a creer, pero este es mi lugar favorito también. Muchas son las veces que vengo con Indomable y hasta charlo aquí con él, me vas a tomar por loca.

—¿Por loca? Pues ya seremos dos, ya que llevo haciendo lo mismo toda la vida. Baja, anda...

La ayudé a bajar, y al darse la vuelta, fue inevitable... mis labios rozaron los suyos.

Me aparté para ver su reacción, hubiera estado en todo su derecho de sacudirme un guantazo. Poco me habría importado, pues el sabor de aquellos labios bien valía un guantazo, o el peor de los tormentos, si ese fuese el precio.

—Corwin, creo que no debemos...

Sus ojos no me decían que no me deseara ni tampoco que no le hubiera gustado. Muy al contrario, me indicaban que estaba tan emocionada como yo, pero que era su sentido de la responsabilidad, o el de la lealtad, el que la obligaba a actuar así.

—Perdona, no he podido evitarlo. No sé lo que me está ocurriendo, o...

Fue ella entonces la que puso punto final a mis palabras regalándome un segundo beso; en este caso más convencido e intenso.

—No digas nada más, por favor—me indicó cuando separamos nuestros labios.

—Ok, así lo haré. —Lo que habría hecho en ese momento sería cualquier cosa que me hubiera ordenado, hasta poner el mundo a sus pies si fuera su deseo.

—¿Nos bañamos? —me preguntó poniendo fin a un momento tan emotivo que no sabíamos cómo continuar.

—Nos bañamos, nos bañamos...

Jamás había visto una imagen más sensual que aquella de Chanel despojándose de su ropa de montar para quedarse con ese bikini amarillo mostaza anudado a los lados de la braguita y en el centro de su parte superior, entre las copas que cubrían aquellos firmes y generosos senos.

Todo menos que se me quedara cara de lelo, pero no pude evitar una sonrisa.

—Increíble, no digo más. Bueno, sí, que el agua está helada. —Había metido los dedos de mi pie derecho en el río y sentí que muy caliente, precisamente, no es que estuviese.

—¿A ver? —Ella se agachó y la prominencia de su trasero al hacerlo fue algo que me dejó obnubilado.

—¿He exagerado? Temo que te resulte un tanto fría.

—Es un riesgo, pero qué leñe, nunca me ha dado miedo el riesgo...

¿Quería decirme algo más con esas palabras? ¿Quizás se planteaba no contradecir a los paparazzi?

—Vamos, pues. —No vacilé en tomarla de la mano para introducirnos ambos lentamente en el río.

Cada uno de sus gestos eran examinados minuciosamente por mí, y observé con alegría que su mano apretó fuertemente la mía.

De todas las imágenes que conservo de aquel primer baño en el río, la que más me alucina es aquella en la que comenzó a esparcir agua por doquier, no dejándome que me acercara a ella. Me volvió loco, las ganas de contradecirla y volver a besarla, con mayor calma, se adueñaron por completo de mí. Cuando llegué a su altura, empapado y aterido de frío, la tomé por la cintura y la acerqué a la mía.

—¿Qué querías hacer, granujilla? ¿Apartarme de ti? —le pregunté en el colmo de la felicidad, entre risas y bromas.

—Si quisiera eso lo conseguiría con un chasquido de dedos, duque...

Si bien el título no era algo que me entusiasmara, más bien todo lo contrario, puesto en sus labios sí que lo hizo. La sensualidad era en Chanel un rasgo sobresaliente, aquella mujer podría derretir los polos con su sola presencia o hacer peligrar la cordura del más cabal de los hombres.



La serie de besos que nos regalamos a renglón seguido nos demostró que, aunque no se nos daba nada mal comunicarnos con palabras, hacerlo de otro modo nos resultaba mucho más gratificante.

Ardía, notaba que ardía... No podía ser un juego, lo que estaba viviendo era una realidad que me desbordaba por los cuatro costados. No me había ocurrido antes, y eso que me consideraba un hombre apasionado, pero las irrefrenables ganas de hacer mía a aquella mujer que sentí supusieron una sorpresiva novedad para mí.

—Vas a volverme loco, duquesa, no sé si has chasqueado para eso o no los dedos, pero vas a volverme loco...

—Para eso solo te he mirado de idéntica forma a la que me miras tú a mí, duque...

## Capítulo 12



Lo abultado de mi entrepierna bajo aquel bañador y la cercanía a su zona más íntima hicieron el resto...

Como el niño que desenvuelve un caramelo que lleva días deseando degustar, desanudé la parte superior de su bikini, dejando a la vista unos senos que me cortaron la respiración. No lo digo por decir, yo mismo escuché mi jadeo mientras que con los dedos comenzaba a masajear aquellos pezones duros como piedras a los que no dudé en convertir en el objetivo de mi lengua, que se detuvo a jugar con ellos, comprobando que su sabor era tan jugoso como el de sus labios.

Mentiría si dijera que era ese solo el sabor que deseaba probar, ya que me hubiera dejado matar por probar aquel otro situado al sur de su ombligo. Para ello, la tumbé y, con el sonido de fondo de sus gemidos, me empleé a fondo en retirar aquella braguita y bajar desde su zona alba hasta ese punto del placer en el que me recreé a conciencia.

—Corwin...—Su respiración entrecortada, la química surgiendo a borbotones entre nosotros, mi corazón bombeando con inusitada fuerza, al mismo son que el de una Chanel improvisadamente entregada a la que deseaba elevar a lo más alto.

Hice lo posible y lo imposible hasta que logré retirar de mi mente aquel sentimiento tan contradictorio que me provocaba el estar deseando de aquel modo a la que había sido la mujer de mi padre. Y lo logré, ni un atisbo de culpa debería enturbiar un encuentro que para mí iba a resultar épico.

—Relájate, preciosa, tú solo déjate llevar... —Aclaro que no hay un ápice de rasgo de machismo en mi personalidad, pero moría porque se dejara hacer. Y lo hizo, Chanel se entregó a mis labios, a mi lengua, a mis dedos y a todo mi ser.

Un orgasmo, aquel primer orgasmo que provocó que una envolvente humedad recorriera mi mano y empapara los dedos que previamente había introducido en su vagina, fue todo lo que necesité para comprender que la poseería como si nunca, como si antes, como si nada...

Fue esa misma la mano con la que seguí acariciando cada pliegue de su piel mientras mis labios buscaban los suyos, al mismo tiempo que mi otro brazo la alzaba hasta enderezarla en el aire, sin permitir que sus pies tocaran el suelo.

Así la sostuve hasta que mi miembro, colocado estratégicamente, atravesó aquella cavidad húmeda a la espera de causar en ella un estremecimiento que no tardó en llegar.

—Corwin...—Mi nombre fue lo único que acertó a murmurar mientras sus ojos se entrecerraron y yo sentí que no había mejor empresa en el mundo que seguir haciéndola gozar.

—Agárrate fuerte, pequeña...

No es que lo fuera de tamaño, que aquella mujer con aires de modelo tenía una considerable altura, pero en mis manos sí que me lo parecía.

Al estrechar sus fuertes piernas sobre mi cintura comprendí que su fortaleza no era solo mental, Chanel estaba en forma, con un físico portentoso y elástico que me hacía resoplar y tener que controlar la entrada de aire en mis pulmones.

La locura se desató entre ambos y, cobijados bajo un árbol, la hice mía como nunca lo había hecho con nadie. Su aliento en mi cara, aquel gesto indicativo de haber alcanzado las cimas más altas del placer, la forma en la que sus uñas terminaron por arañar mi espalda...

Todo en aquel duelo era sublime. Mis retinas pugnaban por retener cada uno de sus gestos, mientras que mis oídos eran los encargados de atesorar sus gemidos y las yemas de mis dedos los moldes en los que quedarían impresos cada uno de los pliegues de su piel...

Para cuando fui a vaciarme en ella, ya sabíamos que el uno era del otro; ya el destino, en forma de susurro, nos indicaba que lo vivido era algo que no pasaría por nosotros de puntillas, sino que nos iba a dejar huella.

—Ey, ¿estás bien? —La sugerente mordida de su labio actuó como respuesta.

—Quiero pensar que eso es un sí, pequeña, yo no tengo palabras para definir cómo estoy. —  
Revolví su flequillo de cortina, ese que se había sacado durante aquella semana y que enmarcaba sus fascinantes facciones.

El azul de sus ojos me habló del efecto de la inmensidad del mar, pues, en ellos hubiera sido capaz de perderme para siempre. ¿Era aquel eso que llamaban amor a primera vista? Debía ser, suerte en cierto modo que tardé años en aceptar verla, pues si eso hubiera ocurrido en vida de mi padre, las cosas se habrían complicado para mí una barbaridad. Y saberla su mujer me habría supuesto el mayor de los suplicios.

—Ni yo, ni yo, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Vivir esto, solo vivir esto...

Permanecimos como una hora tumbados en aquellas jarapas que yo porté al efecto. Poco podía imaginar cuando las preparé que aquel árbol sería el testigo de una sesión de aquella índole, pero sí quizás que nos sentaríamos en la orilla, a secarnos y a seguir charlando, contándonos y haciendo al otro partícipe de la vida propia.

Sin embargo, si el árbol hablase, lo haría de una pasión que exhalábamos por cada uno de los poros de nuestra piel.

—Esto es una locura, Corwin, ¿cómo ha podido pasar? Todavía lo pienso y no sé lo que...

—Pues no pienses nada, las mejores cosas son las que salen de manera improvisada, sin pensarlas...

Aquello tampoco formaba parte de mis esquemas. Es más, ella hubiera sido la última persona en el mundo que podría haber formado parte de ellos. No obstante, allí estábamos, abrazados y exhaustos, así como deseosos de que nuestras pieles se fundieran de nuevo.

—Tienes frío, te está entrando frío...—La tapé con mi jarapa. Pese a ser verano, el día andaba un poco revuelto y hasta unas nubes se estaban permitiendo el lujo de amenazar con lluvia.

—Un poco, pero estoy muy a gusto, ¿imaginas lo que deben estar pensando en la casa?

Para nosotros era una casa, por mucho que la gente lo viera como un castillo. Para mí aquella en la que me había criado y por la que sentí cero interés desde el punto y hora en el que mi madre murió. Nada hacía presagiar por aquel entonces que sería otra mujer la que me devolvería la ilusión por volver a ella.

Sin prisa, nos levantamos y nos vestimos. Habíamos dejado a los caballos en un lugar cercano y, de la mano, fuimos a buscarlos.

—Sí, no nos miréis así, ahora estamos juntos—les dije como si verdaderamente pudieran entenderme.

—¿Lo estamos? —me preguntó ella, que en el fondo estaba tan asombrada como yo.

—Eso dicen las crónicas sociales, desde hace días, por cierto—bromeé—, ahora en serio, Chanel, lo que ha ocurrido entre nosotros no ha tenido que ver con el sexo.

—Pues quién lo diría—me devolvió ella la broma.

—Sabes a lo que me refiero, tengo claro lo que he sentido y parece ser que tú has sentido lo mismo, ¿me equivoco?

—Sabes que no, no necesitas que yo te lo confirme—me confesó mientras la ayudaba a montar.

La vuelta a casa fue de película. Me costaba quitarle el ojo de encima, no quería que le rozara el viento. La tarde nos regaló una paleta de colores que sirvió para adornar todavía más una escena que se me antojó ideal.

—Tendremos que disimular un poco, no me veo preparada para anunciar con un megáfono que, ¿estamos juntos? —volvió a preguntarme incrédula.

—Que estamos juntos, que nos estamos conociendo, que me encantaría que esto fuese el punto de partida de algo maravilloso—le aclaré mientras dejábamos a los caballos.

—Te espero a la hora de la cena en el gran salón. Diré que nos la sirvan y nos dejen a solas.  
—Su don de mando en la casa era indiscutible y la seguridad con la que se expresaba uno de los

rasgos que más me atraían de ella.

Nos separamos para ir cada uno a nuestros dormitorios, el lugar en el que me quedé a solas con mis pensamientos, ¿en qué momento se me había ido todo aquello de las manos? Diablos, no lo sabía, pero era lo de menos... Bendito impulso que me proporcionaba la posibilidad de compartir con ella aquellos momentos.

Chanel bajó con un vestido blanco ibicenco de lo más simpático que otorgaba la nota desenfadada al gran salón. Yo también lo hice con aire deportivo, estaba en casa. Después de mucho tiempo volví a sentirlo así.

—Señor, debería ocupar aquel asiento, es el que corresponde al duque, al jefe de la casa—me señaló Ronan al sillón que mi padre había ocupado desde que yo tenía uso de razón, presidiendo la mesa.

—Gracias, pero prefiero este otro. —Ocupé el que siempre había sido el mío.

—Pero señor...—se quejó, ese hombre parecía haberse tragado el manual del protocolo.

—Por favor, Ronan, dejémoslo estar, yo no soy mi padre ni voy a serlo jamás.

—Entiendo, perdone mi insistencia, ya me conoce. Las cosas me gustan...

—Te gustan perfectas y te lo agradezco de corazón, pero yo necesito que entiendas que no soy mi padre, aunque ahora sea el duque. Quizás en otro tipo de reunión ocupe ese sillón, pero en familia me siento más cómodo aquí—le indiqué y él asintió con la cabeza.

Bastante era con que estuviera con su mujer como para que también llegara un punto en el que me convirtiera en él. Aunque Chanel me había hablado de una figura más cercana, de un hombre que yo no conocía, yo continuaba con mis muchas reservas. Al fin y al cabo, ella solo conocía lo que él había querido que conociera, probablemente una mejor versión de sí mismo que creara para encandilar a una mujer mucho más joven.

Ronan se esfumó y una doncella nos sirvió aquella sopa tan deliciosa que tanto había echado de menos durante ese tiempo.

—¿Ha sido idea tuya? Veo que tienes buenos informadores. —Le sonreí. Aquella era mi sopa preferida desde el principio de los tiempos.

—Ahora estás en casa, Corwin, y como tal debes sentirte.

—Lo sé y no te imaginas lo que te lo agradezco, pero hay algo que me inquieta sobremanera y no me gustaría que te crearas falsas expectativas.

—¿Te has arrepentido de lo sucedido antes? Si es eso, puedo entenderlo. No me debes nada y nada voy a pedirte por ello.

Era una mujer de convicciones férreas, otra hubiera sentido desmoronarse el castillo de naipes, pero a ella no le varió el gesto. Chanel era especial, se mostraba ilusionada por lo nuestro, pero me dejó claro que no iba a morir si no salía.

¿Si no salía? Iba a salir, tampoco conocía cuáles eran mis convicciones ni hasta qué punto comenzaba a estar dispuesto a luchar por ella.

—¿Arrepentido? No pienses eso, en la vida lo pienses, por favor. Lo único es que, aunque el castillo ha formado y formará siempre parte de mí, mi vida está en Londres.

—¿Quieres decirme con eso que lo nuestro es un imposible? Me gustaría saberlo antes que después.

—Quiero plantearte si estarías dispuesta a trasladarte conmigo a Londres, solo eso.

Nada más y nada menos, tampoco era moco de pavo lo que le estaba sugiriendo, pues ella se había adaptado como nadie a la vida en el castillo. Ni siquiera mi madre llegó a tener nunca su habilidad para llevar la casa y el título, claro que a ella mi padre no se lo puso precisamente fácil.

—¿A Londres? Esta es mi casa, y ahora es muy pronto, tienes que comprenderlo. Me dejas...

—A cuadros, te dejo a cuadros, es una habilidad que tengo. No te pido una respuesta inmediata, sería muy injusto, solo que te lo pienses.

—Y yo te pido que te tomes a la sopa antes de que se enfríe, Helen la ha elaborado con todo el

cariño del mundo.

Helen era nuestra cocinera desde que yo pudiera recordar. Tenía unas manos de oro para la cocina. Jamás olvidaré las tartas que me preparó para cada uno de mis cumpleaños siendo yo un niño. De concurso parecían...

—Está bien, no me dejas alternativa...



## Capítulo 13



Tampoco tuve alternativa unas horas después. Irnos a la cama juntos no era una opción en un ambiente en el que ambos teníamos una reputación que mantener... Una reputación que mantener que, por cierto, yo hubiera dinamitado, pero entendía que Chanel había luchado mucho para ganarse el respeto de todos los que componían aquella casa y que no era cuestión de arriesgarlo todo a la primera de cambio.

—¿No hay ni una mínima posibilidad de que durmamos juntos? —le pregunté con una copa en la mano ya en el jardín, en el que había habilitado una zona que invitaba al descanso cerca de la piscina.

—¿Con qué cara crees que me mirarían todos? Además, aquello que se hace esperar, se desea más—susurró para terminar su argumentación en mi oído.

Sus palabras tenían el poder de hacer que mis vellos se pusieran como escarpas. Hasta un pellizco en el estómago sentí, aquello no debía ser bueno para la salud.

—A mí no me hagas demasiado caso, creo que no soy buen consejero en estos momentos. Te digo desde ya que haría un ovillo con todos mis principios y los cambiaría por otros nuevos, con tal de dormir esta noche contigo.

—Ey, ey, ¿a qué vienen esas prisas? Demos un paseo.

Ni un alma a nuestro alrededor. Todos en la casa habían descansado ya, después de obsequiarnos con una cena a la que pusieron el broche de oro con un tiramisú que también provocó mi entusiasmo, al ser mi postre predilecto.

Se trataba de una noche de verano impresionante. La temperatura se había suavizado y no

soplaba ni una brizna de aire. Aunque me había despertado muy temprano y el día había dado de sí mucho más de lo que a priori pude pensar, me negaba a pensar que llegase el momento de irme a la cama y separarme de ella.

¿Qué me estaba sucediendo? Me sentía realmente turbado y hasta tendría dificultades para conciliar el sueño, lo veía venir. Me pasaba de siempre, cuando algo provocaba mis nervios era la falta de sueño la factura que había de pagar. Sin embargo, nunca me había ocurrido por amor.

La tomé de la mano, estábamos a salvo de miradas indiscretas. Llegamos a un pequeño estanque, plagado de peces de colores.

—No había vuelto a ver peces aquí desde que mi madre falleció—le confesé mientras jugueteaba con el agua y aquellos coloridos seres huían despavoridos.

—Ya, ordené que los trajeran. Le dan mucha vida al jardín, estarás al tanto de que hay quienes opinan que los peces traen mala suerte, pero no soy de esa opinión; unos seres tan rematadamente bonitos solo pueden aportar energía positiva, y no al contrario.

—¿Igual que tú? —le pregunté mientras la besaba.

—¿Igual que yo? A ver explícate...—Me sacó la lengua, en un desvergonzado gesto que provocó que me temblaran de deseo hasta las pestañas.

—También eres colorida, vital y das la impresión de estar cargada de energía positiva. Y hasta de poder contagiar al resto con ella.

—Gracias, me considero una mujer feliz, eso no voy a negártelo. Aunque te diré un secreto; mi felicidad depende de que aquellos a los que quiero también sean felices. Si no es así, digamos que se me corta el chorro de alegría.

—¿El chorro de alegría? Tú misma constituyes un chorro de alegría. No me extraña que Freya hiciera lo que estuvo en su mano para que mi padre y tú estuvierais juntos.

—¿Freya? ¿Crees que ella tuvo algo que ver en que uniéramos nuestras vidas? Andas un poco desencaminado, perdona que te diga.

—¿No fue así? Ya sabes que...

—Que te desvinculaste de todos nosotros y no te enteraste de la misa la mitad, porque tu prima no hizo otra cosa que escandalizarse.

—¿Sí? ¿De veras? Jo, pues creo que también ella ha pagado los platos rotos durante estos años. También le debo una disculpa—resoplé.

—Te diría que sí, no es que tu actitud fuera especialmente cariñosa con ella en el funeral de tu padre, eso es algo que a ninguno se nos pasó por alto.

—Debo ser un animal de bellota, ¿no? —Puse carilla de mártir.

—Solo un poco cabezota, pero ya te dije que en eso tienes a quien salir, bobito.

Después de revolver mi flequillo, se sentó en el borde del estanco y se descalzó, metiendo los pies en el agua.

—¡Eso no vale! ¡Tienes enchufe! —Me quedé sorprendido al ver que, lejos de huir, aquellos pececillos revoloteaban alrededor de sus pies.

Salvando las distancias, que a ella no le eliminaron las pieles sobrantes, la escena se asemejaba a esas pedicuras con peces que había visto en ciertos viajes.

—Es que ellos y yo nos llevamos muy bien. A ver, en general todos los animales y yo congeniamos a la perfección.

—Ya lo he visto, ya, cuando monté a Indomable observé que no apartaba la vista de ti; te adora y no creas que ocurre así con todas las personas.

—Eso es verdad, por ejemplo, al vizconde John Williams se la tiene jurada, nunca he acertado a saber la razón.

—¿Sí? Ahora que lo dices yo también le vi alguna vez ponerse de morros con él, y no entendí el porqué.

—A ver, a mí ese hombre tampoco es que termine de convencerme del todo, también te lo digo.

—¿También te pasa? Yo he sentido siempre cierta aversión hacia él, no entendía que mi padre lo considerase poco menos que de la familia.

—Pues entonces ya somos dos. Fíjate que una de las pocas veces que discutí con él fue por culpa de ese hombre—apuntilló.

—¿Y eso? No te imagino discutiendo por nada.

—No, claro que no, había una causa. Verás, no puedo decir que ocurriera nada en concreto, pero él y yo nos quedamos a solas en la sala de estar donde tu padre solía leer. Connor se había marchado para traerle una de sus monedas de colección que acababa de conseguir y el otro me miró... ¿Cómo te diría? De un modo lascivo, sentí asco.

—¿Se lo contaste así a mi padre?

—Sí, sí, tal cual, pero él insistió en que debí malinterpretarlo, en que de cualquier otro podría sospechar una cosa así, pero no de quien consideraba su amigo del alma.

—Qué jodienda...

Me costó la misma vida irme a la cama esa noche. Chanel estaba ejerciendo un efecto casi hipnótico en mí. Imposible saber cómo, en cuestión de tan pocos días, me resultaba imposible dejar de pensar en ella.

—¿De veras que no podemos...? —le insinué a la hora de dejarla en la puerta de su dormitorio.

—Todos duermen ya, y no creas que no se habrán percatado de lo nuestro, pero me parece un despropósito hacer así las cosas.

—¿Te refieres a las bravas? Te garantizo que daría un brazo por dormir esta noche pegado a ti.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Me dio un beso y abrió la puerta. No acierto a entender cómo,

hasta un gesto tan sencillo, me pareció elegante en ella.

Ni una sola posibilidad de dormir, daba igual que contara ovejas o rebaños completos de ellas... Una vuelta, otra... y su fresco y embriagador aroma metido en lo más profundo de mi ser, junto con el recuerdo de lo aterciopelado de su piel y de la sutileza de sus gemidos.

Una fina capa de sudor terminó por perlar mi frente. Tuve que levantarme y me asomé al balcón. La vista desde él era francamente magnífica. Aquel no era mi dormitorio por casualidad; antes de yo nacer, mi madre ya lo eligió para mí y su orientación no podía ser mejor.

Chanel me lo había explicado y eso la honraba; no le parecía ético que Ronan, Harmony y los demás nos descubrieran saliendo a los dos del mismo lecho por la mañana. Me habló de que debía un mayor respeto que ese a la que había sido la casa de mi padre; su sentido del deber estaba fuera de toda duda, ¡y yo que llevaba años pensando que se trataba de una mujer sin escrúpulos!

Para cuando por fin pude conciliar el sueño, la vi en una y mil posturas, siendo mía. El susurro de mi nombre proveniente de sus labios terminó por despertarme en un momento en el que la naturaleza siguió su curso y tuve que levantarme directo para la ducha; incontenible el orgasmo al verla de esa guisa.

La visión de su blusa blanca en la mesa del desayuno me dio norte de por qué estaba ocurriendo todo aquello; se pusiera lo que se pusiese, Chanel se me antojaba como la mujer más sensual del mundo.

—Buenos días, Corwin, ¿te has levantado con apetito? —me preguntó mientras me iba sirviendo un café.

Estábamos solos en el salón y eso me permitió desinhibirme un poco.

—Buenos días, belleza, no te imaginas cuánto...

Su risilla vino a decirme que lo había entendido a la perfección. Y el seductor gesto que adoptó me contó que a ella le ocurría lo mismo.

—¿Sabes qué día es hoy? —me preguntó.

No podía haber truco, estaba a salvo, nosotros todavía no teníamos aniversario. Ya lo tendríamos, eso sí. Se me había metido entre ceja y ceja que Chanel y yo íbamos a tener algo y así sería. Y, es más, en pocas horas me sentía extremadamente cerca de ella.

—Ni idea, pero estoy seguro de que podrás contármelo tú. —Agarré la taza de café que me estaba ofreciendo y aproveché para besarla, lenta y apasionadamente, a bien que estábamos solos.

—Son las fiestas del pueblo, todo el personal tendrá la noche libre—me insinuó.

—¡Dios! He debido ser muy bueno en otra vida, ¿no?

—Lo mismo ha sido eso, sí. —Rio.

No podía haberme dado una noticia mejor en un día en el que lo único que me apetecía era coger de nuevo a nuestros caballos y salir danzando en dirección a ese río en el que perder la noción del tiempo y del espacio.

Tan pronto terminamos de desayunar ya estábamos galopando. En sus ojos veía que ella compartía mis ganas de volver a ser uno. Entre risas cómplices, hicimos una carrera que quedó en tablas.

—Me habían comentado que eras una amazona excepcional, fierecilla, pero hasta que no lo he visto con mis propios ojos no me he convencido de ello, ven aquí...—le solté al bajar del caballo.

—Es que lo que te pasa es que eres muy incrédulo, duque, ese es tu problema.

—No tanto, ¿y si te dijera que creo que puedo hacerte inmensamente feliz? ¿Ves como creo en ciertas cosas?

Se hizo el silencio, Chanel estaba asombrada; eran muchos mis ofrecimientos en tiempo récord. No era únicamente ella quien se sentía así, yo tampoco daba crédito a lo que sucedía.

Ya estaba el lío... Las ropas volando y nuestros cuerpos piel con piel... No me dio opción a prolegómenos en esa ocasión en la que eran tantas las ganas de ambos que Chanel me suplicó que la poseyera directamente.

—Hazme tuya, duque—me susurró en el oído y a mí me faltó el aire.

De una sola embestida la complací y aquella puedo jurar que fue la más placentera de mi vida.

—Chanel, Chanel, ¿qué estás haciendo conmigo? —le decía mientras entraba y salía de ella... Su cuerpo tumbado sobre la jarapa, su sexo abierto para mí, sus senos turgentes, el sol reflejado en su dorada cabellera...

La silueta de nuestros cuerpos, en forma de sombra, dibujada en el suelo. Y las ganas, las tremendas ganas de complacerla, por encima de todo lo demás...

A música celestial me sonó aquel primer orgasmo suyo cuyo sabor quise probar. Con él impregné mi lengua, que aprovechó para recorrer cada uno de los recovecos de su piel. Sentía una necesidad imperiosa de disfrutarla de todas las maneras posibles.

Con la lengua en su interior, masajeeé su clítoris, notando cómo su elixir pugnaba por empapar mis dedos. Chanel era pura lujuria y yo... Yo moría por sentirla en toda su dimensión, por hacerla vibrar, por sentirla, por...

—Corwin, no puedo, no puedo...—Se retorció de placer y yo me recreaba en aquella escena, cual si fuera la más fascinante que hubiera observado nunca. Y es que, para mí, así era.

—Ey, ey, disfruta, solo disfruta...—Quería hacerla chillar de placer, nada me complacía más.

El contoneo de su cadera bajo mi cuerpo, la dureza de unos pezones que apuntaban directamente al cielo y que yo lamía con auténtica desesperación mientras los pellizcaba, la extrema humedad que procedía de su sexo hasta reblandecer las yemas de mis dedos... Todo en ella me excitaba hasta un límite insospechado, todo formaba parte del universo Chanel, el único al que yo deseaba pertenecer.

Su grito al sentir la llamada de aquel segundo orgasmo provocó incluso el relincho de los caballos, que se encontraban a una cierta distancia de nosotros.

—Lo estás revolucionando todo, no sé cómo lo haces, pero lo estás revolucionando todo...—murmuré en su oído mientras la tomaba por los hombros.

—Me has leído el pensamiento, duque—me confesó mientras la situaba encima de mi sexo y, con un sensual movimiento, entraba en mí.

Llevaba montando a caballo desde niño y, sin embargo, jamás pude imaginar un galope como aquel. La sutileza de Chanel sobre mí, entrando y saliendo, mientras con sus manos aguantaba su melena y me ofrecía la más sugerente de las sonrisas, constituía en sí misma un espectáculo que yo no podía dejar de mirar.

Su aguante también era brutal, pues cabalgó sobre mí durante un rato lo suficientemente largo como para que tuviera que hacer malabares para no vaciarme en ella.

Cuando la vi exhausta, la tomé en brazos y la llevé hacia aquel árbol que por fortuna era mudo, sobre cuyo tronco colocó ella las palmas de sus manos, deseosa de recibir todo mi ímpetu en forma de nuevas embestidas.

—Menos mal que este no lo tiras tan fácilmente...

Casi me hizo reír con aquel comentario, que a punto estuvo de desconcentrarme. Tenía gracia para todo...

—Schhhhh. —Solo quería escuchar sus gemidos, el más estimulante de los sonidos.

—Acabáramos, ¿me vas a decir a mí lo que puedo o no puedo decir? —Se dio la vuelta, ella también era indomable, como mi caballo.

—Ni en mil vidas osaría hacerlo, solo quiero escucharte gemir. O mejor todavía, gritar, ¡grita para mí, duquesa!

Aproveché para embestirla de frente y ella accedió a mi petición. Aquellos gritos me situaron al borde de la taquicardia, por lo que la cadencia de mis embestidas no hizo más que subir y subir...

Fue en uno de ellos cuando sucumbí y, apretándola fuerte, muy fuerte, contra mi sexo, me vacié en ella mientras también repetía su nombre hasta la saciedad; Chanel se había metido muy dentro de mí y eso que en aquel momento era yo quien estaba dentro de ella.



Volvimos al castillo a la hora del almuerzo, después de regalarnos mutuamente algunas horas más de besos y confidencias sobre la hierba. El simple hecho de entrelazar nuestras manos me parecía el súmmum, y de pronto era como si todo mi mundo se redujera a aquel momento, a aquel lugar, a aquella mujer...

—¿Y si vamos esta tarde a dar un paseo por Birmingham? —le propuse.

Aquella ciudad, en la que yo había crecido y en la que conservaba multitud de amigos, que se había hecho famosa por ser el escenario de la serie “Peaky Blinders”, era digna de ser recorrida. Y si era en la compañía de Chanel, mucho mejor.

## Capítulo 14



Ataviada con unos sencillos shorts tejanos, una camiseta panadera blanca, y unas Converse rosa, la vi realmente deliciosa. Con aquel atuendo, nos perderíamos por las calles de la ciudad y nadie podría suponer que se trataba de una duquesa.

Cogidos de la mano, disfrutamos hasta la extenuación de aquel paseo que comenzamos en Victoria Square, un lugar que presume como pocos del esplendor victoriano inglés. Su imponente arquitectura fue el escenario donde le tomé un buen montón de instantáneas a una Chanel que, pletórica, no tenía nada que envidiarle a una modelo en lo que a posar se refería.

No acabó ahí ni mucho menos el repertorio fotográfico porque un rato después acabamos en los almacenes Selfridges, un lugar también único para tomar unas instantáneas que atesoré en mi móvil.

Y, como no podía ser de otra manera, también nos acercamos, en la misma zona de Bull Ring, a la escultura del toro de bronce junto a la que ella adoptó una pose de lo más salada.

—Aquí te quedas, torito, y no te llevo para el castillo porque pesas mucho, que si no ya te diría—se despidió de él mientras yo, moviendo la cabeza de un lado a otro por lo cómico de la escena, le tendí la mano.

—Vente, anda, que te voy a dar yo a ti torito...

—Mientras no me des con los cuernos, todo estará bien—concluyó.

—¿Con los cuernos? Sería un completo imbécil si me fijara en otra estando contigo, yo no soy como mí...

Se hizo el silencio entre nosotros. Acababa de meter la pata, ni siquiera tenía constancia de si ella estaba al tanto de la cornamenta que le puso mi padre a mi madre.

—¿No eres como tu padre? Sinceramente creo que tienes una imagen un tanto distorsionada de él, si pudieras verlo con mis ojos, otro gallo te cantarí.

—Será eso, que ni yo puedo verlo con tus ojos ni tú puedes verlos con los míos...

Procuré dejar el tema ipso facto porque sabía que podría llevarnos incluso a discutir y eso era lo último que deseaba en el mundo, pero ella insistió.

—Creo que hay cosas que ignoras, pero no es el momento ni el lugar. Quizás algún día, es complicado.

—¿Qué quieres decir con eso? —Arqué una ceja.

—Nada, déjalo. Está siendo una tarde estupenda y no quiero enturbiarla, ¿merendamos?

Entramos en aquella coqueta cafetería de la mano y procurando dejar atrás ese tipo de comentarios que no parecían hacernos bien a ninguno de los dos.

—Si la prensa nos viera haría su agosto—le comenté mientras tomaba aquel té rojo y una porción de tarta de queso.

—Ya te digo, en realidad han tenido hasta arte los chicos, parecía que tenían una bola de cristal o algo. Lo han sabido ellos antes que nosotros.

—No, lo han inventado ellos. Otra cosa es que hayan acertado de carambola.

Cómo me gustaba que ya no tratara de desdecirlos, que diera por hecho lo nuestro.

—El destino, creo que sabían que en el fondo estamos predestinados...

—Sí, estos últimos días parecen más tranquilos, pero en cuanto pongamos los dos un pie en Londres volverán al acecho, ¿lo sabes?

—Lo sé, Londres...—resopló.

—Yo no quiero presionarte, pero sabes que...

—Que tu vida está allí, lo sé. Y la mía hasta ahora ha estado en Birmingham, se me hace tan raro...

—Podríamos venir muchos fines de semana, no quiere decir que nos vayamos a olvidar de esto. De todo corazón te digo que gracias a ti estoy recobrando mis raíces, que las sentía totalmente perdidas.

Le cogí la mano y se la besé. Me estremecía pensar en esa primera noche que íbamos a pasar juntos. Si echaba la vista atrás, no recordaba ningún otro día de mi vida en el que el castillo hubiera estado totalmente desierto.

—Oye, esa costumbre de darles la noche libre a todos el mismo día, ¿desde...?

—¿Desde cuándo se instauró? Desde que yo llegué, naturalmente. No podía concebir que nadie se quedara sin poder disfrutar de las fiestas del pueblo. Bastante lealtad nos demuestran ya en el día a día como para que tengan que hacer ese tipo de sacrificios, ¿no te parece?

—Eres la caña, y un sacrificio es el que voy a tener que hacer a los dioses para agradecerles lo que estamos viviendo.

Y lo que estábamos por vivir, que quedaba todavía mucho fin de semana por delante.

—¿Qué te apetece cenar? —me preguntó al llegar a la inmensa cocina del castillo.

—¿Vamos a preparar nosotros la cena? —le pregunté con los brazos puestos en la isleta central.

—¿No entra eso en los planes de un duque? —me respondió burlona.

Con el mismo atuendo deportivo con el que había salido, no se me podía ocurrir mejor vianda que degustar en aquella cocina, pues estaba sencillamente deliciosa.

Me planté enfrente de ella y, tomándola en brazos, comencé a besarla con pasión. Se me iba la vida en aquellos interminables y concatenados besos a los que no les veía el fin mientras la iba desnudando lentamente.

Tal cual quedó despojada de toda prenda, la tumbé en la isleta y comencé a lamerla de arriba abajo, sin dejar un solo recodo de piel por recorrer. Sus sutiles suspiros se clavaban en mi alma mientras le iba dando la vuelta para comenzar a degustar también su aterciopelada espalda, una zona de Chanel que me volvía loco, por no hablar de aquel trasero duro y respingón, capaz de levantar no ya a un muerto, sino a un puñado de ellos.

Lo amasé con mis manos mientras, desde atrás, iba recorriendo con mi lengua unos carnosos labios que me llevaban hasta ese placentero punto gracias al cual ella volvería a suplicarme que la hiciera mía.

—Cómo me puede gustar esto. —Dibujé ese trasero con mis dedos, como si fueran el pincel de un lienzo en el que aquella parte de su anatomía se convirtiera en uno de los paisajes que yo pintaba. Hasta cierto punto lo era, porque él marcaba el horizonte hacia el que miraba.

Una Chanel relajada se dejaba hacer mientras gemía al mismo tiempo que mi entrepierna clamaba por entrar en acción. Una vez logré que llegara al clímax, y sin cambiar de postura, sus cerradas piernas aprisionaron mi miembro, que iba abriéndose camino hacia su cálido y húmedo sexo.

La embestí desde atrás, mientras mis manos tapaban sus ojos, privándola así del sentido de la vista para potenciar lo que estaba sintiendo.

Mis embestidas, cada vez más fuertes a petición suya, la fueron desplazando y terminó poniéndose a cuatro patas.

—Ey, yo también sé...—No terminó de decirlo, pero no tardó en demostrármelo.

Chanel comenzó a lamer ese miembro erecto que, irremediabilmente, llevaba impreso su sabor. Y lo hizo con tales bríos que sentí que la vista se me nublaba.

—Pequeña, eres... eres increíble—murmuré entre gemidos notando cómo las venas se marcaban en un miembro que seguía creciendo por momentos.

Su mirada lasciva mientras lo degustaba se me antojó absolutamente irresistible. Chanel era puro fuego y en las llamas de sus ojos era donde yo deseaba arder por tiempo indefinido.

Para cuando vino a introducirlo en su boca, yo ya moría de ganas de volver a embestirla de nuevo, de modo que fueron tan solo unos segundos los que aguanté antes de que un nuevo envite volviera a indicarme que era mía... Un sentido de la posesión totalmente novedoso para mí que me hacía vivir por y para aquella sensual criatura que se había instalado en mi mente para quedarse.

Espera, espera, por favor...—Tiré de ella y la llevé, cara a mí, hasta el filo de la isleta. Quería ver sus ojos al penetrarla, el deseo vibrante, el frenesí llameante.

Auténtica pasión era la que derramábamos Chanel y yo en momentos en los que el tiempo dejaba de existir para dar paso a una nueva dimensión en la que solo existíamos nosotros.

Sus gritos me envolvían mientras que sus uñas me enseñaban por qué detectaba en ella aires felinos; la piel a tiras me hubiera dejado arrancar con tal de seguir escuchándola.

Mi mano, firme en su baja espalda, la iba atrayendo hacia mí, evitando que mis fortísimas embestidas la apartaran. Cuanto más a fondo me empleaba yo, más me pedía ella... Increíble su aguante, pese a la fragilidad de su aspecto.

El duelo entre nosotros estaba servido; y nada me apasionaba más que demostrarle a Chanel la fortaleza del duque, esa que ella ponía a prueba a cada momento...

Exhaustos, terminamos cayendo ambos sobre la isleta, y eso que todavía no habíamos ni cenado. Por delante teníamos una larga noche que sería la primera para ambos... una noche especial en la que pondría el alma y la vida para hacerle comprender a Chanel que, allá donde estuviera, su esencia vendría conmigo.

## Capítulo 15



La despedida del domingo nos supo amarga a ambos. Después de una velada en la que nos amamos durante horas y de un sinfín de maneras, despertar juntos supuso un maravilloso regalo.

—No quiero separarme de ti, ¿eres consciente de que me tienes en tus manos? —le pregunté en cuando me desperté y comprobé que era esa y solo esa la sonrisa que quería contemplar cada amanecer.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Yo tampoco quiero que te vayas, duque.

—Ya te vale con lo de duque, ¿no? —Me tiré sobre ella y comencé a hacerle cosquillas.

Difícilmente podría olvidar ninguno de los momentos de un fin de semana intenso donde los hubiera, uno en el que ambos comenzamos a amarnos sin fin, uno que estaría destinado a marcar un antes y un después en nuestras existencias.

El sonido de su risa mientras la llenaba de cosquillas era sencillamente irresistible, como lo era ella al completo. Jamás iba a olvidar ese conjunto de finísima lencería negra de gasa con el que me recibió en la cama la noche anterior, cuando después de cenar nos dispusimos a vivir una nueva sesión amorosa que se prolongaría durante horas.

Todavía a solas, dado que el servicio no volvería hasta la tarde, desayunamos en el jardín, tras lo cual nos dimos un baño en la piscina.

—Está fría—se quejó una Chanel que me había demostrado en pocas horas la pasta de la que estaba hecha; una capaz de enamorar hasta al más pintado.

—Ven, amor, que yo te doy calor—le ofrecí mientras la envolvía con mi propio cuerpo.

—Acabas de hacerlo, ¿te has escuchado? —me preguntó casi con lágrimas en los ojos.

—¿Por lo de amor? ¿Dudas que te has convertido en mi amor? Debes saber una cosa, pequeña, no soy un hombre enamorado, pero cuando amo, amo de verdad; de manera incondicional...

La sonrisa con la que recibió esa explicación me la llevé grabada en la mente camino de Londres... Un camino que hice con más desgana que nunca, pues al dejarla allí sentía que dejaba una parte de mi alma.

Recordé cada una de las tiernas palabras que nos dijimos al echarnos a dormir casi al alba la noche anterior. Y volvieron todas y cada una de ellas a mi mente cuando llegó la hora de meterme solo en la cama, echando de menos la fragancia de la mujer que me había conquistado en un abrir y cerrar de ojos.

Antes de hacerlo, no dudé en mandarle un mensaje de buenas noches.

“Que descanses y sueñes con tu duque. La semana se me va a hacer muy larga sin ti”.

Me había propuesto volver a Birmingham el siguiente fin de semana y yo había aceptado de la mejor gana. A partir de ahora, tendría que hacer hueco en mi agenda para pasar con ella de viernes a domingos...algo que haría de mil amores, quedara la falta donde quedase.

El lunes por la mañana me encontré con una Elina cariacontecida, lo que ensombreció en cierta forma mi llegada al banco, pletórico como estaba y con las pilas cargadas hasta los topes.

—Buenos días, Elinita, ¿estamos de lunes? —le pregunté mientras le daba un beso en la mejilla. No había clientes y era mi amiga... A decir verdad, mi mejor amiga.

Por una de esas casualidades del destino, a Elina también la conocí a través de mi prima Freya, que parecía ser el nexo de unión entre mi familia y el resto de las personas. Al final, iba a resultar que mi prima era una especie de hada madrina, porque tenía que claudicar y reconocer que no podía haber hecho llegar mejores personas a mi vida. No en vano, a través de ella había conocido a Chanel y a Elina, las mujeres más importantes para mí en ese momento.

—Sí, de lunes... No obstante, veo que a ti te ha ido mejor, a juzgar por tu sonrisa.



—No puedo negártelo, mejor que mejor. Ha sido un fin de semana increíble, he sido un auténtico mentecato al juzgar con tanta dureza a Chanel durante este tiempo.

—Acabáramos, de modo que te has dado la vuelta como un calcetín y te has aliado con el enemigo.

—Ella no es el enemigo, es cierto que la he tomado por lo que no era durante mucho tiempo, pero al César lo que es del César, justo es que me baje ya del burro; Chanel es una mujer con muchísimos valores y, probablemente, aquella con la que vaya a compartir mi vida—le dije con contundencia.

En el fondo yo me lo merecía, había removido mucha mierda en torno a la que había sido la mujer de mi padre durante demasiado tiempo. De ahí que mi amigo tuviera ese concepto tan nefasto de ella.

—No, si ahora es una santa. ¿Y no será que se ha metido entre tus sábanas y te ha dado que pensar? Me refiero a pensar con esa otra cabeza con la que pensáis los hombres; con la de abajo.

Si me pinchan no me sacan ni una gota de sangre, a esas alturas Elina estaba conmigo en el despacho, pero pese a que nadie nos escuchaba, nunca hubiera dicho que se aventuraría a hablarme así.

—Elina, no sé lo que te está pasando, no lo entiendo. Somos amigos, creo que no deberías hablarme así. Siempre me he portado correctamente contigo. Y si me equivoco, dímelo por favor.

—Ese es el problema, Corwin, que solo te has comportado con corrección conmigo, mientras que yo he bebido los vientos por ti—me soltó a bocajarro y las patas se me quedaron colgando, como se dice vulgarmente.

—¿Beber los vientos por mí? ¿Tú? ¿Elina es una broma? —No, no lo era y maldita la gracia que me hacía. Mi amiga había sufrido su enamoramiento en silencio, como si se tratara de unas hemorroides, y lo peor era que yo no me percaté de ello en ningún momento.

—¿Una broma? ¿Por qué en mi caso había de ser una broma? Ah, ya imagino, porque no soy tan glamurosa como Chanel y, por tanto, no tengo el más mínimo derecho a enamorarme de mi jeje

que, para más inri, es todo un duque.

—Elina, yo... Creo que estás siendo injusta conmigo. Sabes que jamás te he tratado como si fuera tu superior ni mucho menos he presumido de título contigo. Todo lo contrario, de buena gana te lo hubiera regalado, yo no soy un arrogante.

Dios me librara de serlo, con que lo hubiera sido mi padre ya tenía suficiente. Ese rasgo, que tanto odié en él, no lo había heredado, por fortuna.

—No, eso no lo has hecho, pero sí me has tratado como si fuera...

—Dilo, Elina, estoy en shock, no esperaba esta confesión por tu parte y no sé cuánto he podido hacerte sufrir, estoy alucinando.

—Alucinando me quedaba yo cada vez que te ponía ojitos mientras me contabas con pelos y señales todos los detalles de tu relación con Lara. Esa ingrata no te merecía, era una “san para mí” que no era capaz de ver más allá de su puñetero ombligo y tú la tenías entre algodones... Y cuando por fin te deshaces de ella y te quedas libre, pudiendo llegar mi oportunidad, parezco volverme transparente para ti. Y para más inri, el colmo de los colmos ya, te vas con la única tía a la que creí que no prestarías atención en tu vida, ¿y ahora pretendes que escuche cómo te la follas? Vete a la mierda, Corwin.

Giró sobre sus talones y yo me pellizqué para ver si todo aquello era real.

Unos minutos después tuve que pasar por delante de su mesa; necesitaba con urgencia un cubo de café en vena. Ver las lágrimas en sus ojos no me ayudó.

Joder, ¿por qué la vida se empeñaba en ponérmelo tan difícil con las mujeres? Ahora que me sorprendía con Chanel, perdía a Elina. Y de la manera más inesperada posible, ¿cómo podía haber estado tan ciego?

Por la noche quedé con Axel, mi amigo iba a flipar en colores con todo lo que tenía que contarle...

—¿Liado hasta las trancas con Chanel y Elina enamorada de ti? Déjate de coña, todo esto debe tratarse de una broma. Ya, te la he colado muchas veces y ha llegado la hora de devolverme

la pelota, ¿no? Me lo merezco, lo reconozco, pero no insultes mi inteligencia.

—Ya quisiera yo que se tratara de eso. Y como guinda del pastel, mientras hablaba por teléfono con Chanel a la hora del almuerzo he visto que dos paparazzi estaban sentados detrás de mí en el restaurante. Es la leche, tío, ahora se camuflan como clientes para escuchar las conversaciones.

—Y les has dado en el cantito del gusto. Esto es de traca, lo publicaron antes de que ocurriera, era como una señal luminosa.

—Si ellos supieran lo lejanos que estábamos entonces...

—Y lo cercanos que estáis ahora, por lo que me cuentas, ¡qué fuerte!

—Es la mujer de mi vida, tío, eso se nota. Cuando la miro hay algo... Algo que me dice que es así.

—No, si te creo, no te he visto más convencido en la vida. Y con lo que eres tú, si fuera yo... Tú sabes que yo me enamoro de una cada semana, pero lo tuyo es otra cosa. Por cierto, no te he contado, pero Irish volvió a caer la otra noche.

—Pero ¿tendrás morro? Querría yo saber cómo le has dado coba a la pobre chavala, y supongo que la volverás a tener contenta ya.

—Sí, contenta y calentita, me estuvo llamando al día siguiente y andaba entretenido. Más de lo mismo, sabes que lo mío no tiene solución.

—No, no la tiene, quítate de mi vista, anda...

—De eso nada, que tú y yo tenemos que brindar por el ducado y por la unión del duque y la duquesa. O lo de ella cómo va, ¿ahora es archiduquesa? Lo digo porque ya es la segunda vez, menudo pelotazo.

—Pelotazo el mío, es la mujer con la que soñaría todo hombre; bella, inteligente, culta, divertida, sensual, cariñosa...

—Me la estás queriendo vender, ¿o qué? Mira que me lanzo y luego son los problemas.

—Con esta no te atreverás, a esta la quiero, te lo advierto—le señalé con el dedo. Solo de pensar que otro pusiera sus ojos en ella me llevaban los demonios.

—Pues a Elina no pienso hacerle ningún favor para quitártela de encima, no es mi tipo, que lo sepas.

—Ni se te ocurra, es mi amiga. No sé cómo voy a lograrlo, pero te garantizo que no voy a permitir tampoco que ningún mequetrefe le haga daño.

—Gracias por la parte que me toca, duque...

Lo de Elina me había calado hondo. Pensar que mi amiga lo estaba pasando mal por mi culpa no era algo que pudiera digerir tan fácilmente. Además, también era mi secretaria y eso nos obligaba a trabajar codo con codo cada día, ¿cómo demonios íbamos a poder sobrellevar esa situación?

Mientras todo esto rondaba mi cabeza, una idea destacaba por encima del resto; que llegara el viernes. Necesitaba volver a abrazar a Chanel, evadirme con ella y amarla debajo de aquel árbol que ya se había convertido en nuestro cómplice, con el correr del agua del río como segundo testigo.

El sonido de su risa fue el que volvió a mi mente en el momento de cerrar los ojos. El día había estado plagado de emociones, una de ellas muy amarga, y el “dulces sueños” de la mujer que amaba puso el broche de oro a la que iba a ser una noche en la que dormiría como un lirón.

## Capítulo 16



El jueves por la noche contaba los minutos para ver a Chanel. Al mediodía siguiente saldría zumbando cual abeja para el castillo. Entre mis pertenencias llevaba una preciosa gargantilla que le había comprado, en plata de ley, muy del estilo de aquellas otras que ella solía lucir en su cuello de cisne.

Mirándola ensimismado imaginé la sonrisa que pondría cuando se la entregara y me emocioné. Habíamos estado charlando a la hora del almuerzo y ella me manifestó que, igual que me sucedía a mí, no veía pasar las horas.

Tumbado en el sofá y pensando en algo original que escribirle, escuché el sonido del timbre. Como si lo viera, debía ser Axel, el muy capullo se colaba a veces sin avisar, en busca de un lingotazo y un buen rato de charleta.

—¿Se puede tener más cara? —dije mientras abría y la de Elina puso un gesto de extrañeza.

—Amiga, yo... me alegro de verte, creí que estabas enfadada conmigo.

Su actitud no había sido precisamente amistosa durante la semana. De hecho, me sentí más incómodo que nunca en el banco.

—Te debo una disculpa, se me ha ido la olla estos días, niño... ¿puedo pasar?

—¿Lo preguntas en serio? Claro que puedes pasar, estás en tu casa.

—Pues sal que la pongo en venta. —Ya volvía a ser ella, aquella loquita siempre andaba diciendo disparates.

—¿Te apetece quedarte a cenar? Estaba a punto de preparar unos sándwiches y no me gusta cenar solo. —Le propuse, deseoso de que firmásemos la pipa de la paz.

—Me parece una buena idea, pero a mí no se te ocurra ponerme rúcula ni ninguna de esas mierdas que les pones a los tuyos, ¿eh? Yo quiero un buen salmón noruego con su queso azul y, si no, me voy, que para algo he venido a casa de un duque.

El cachondeito que tenían todos mis amigos con lo del ducado era escandaloso, pero qué se le iba a hacer. Lo de la rúcula venía a que entre semana me gustaba cuidarme; comer sano, beber solo agua, ir al gym... Los músculos no se mantenían de la nada y yo ojos tenía en la cara para saber que los míos estaban marcados.

—Pues nada, marchando un sándwich para mi chica preferida—lo dije de un modo condescendiente, yo me entendía... Mi chica era Chanel, pero mi amiga siempre había ocupado un lugar privilegiado en mi corazón y así seguiría siendo.

—No me tires de la lengua, anda, su chica preferida dice el tío... qué cara hay que tener. Claro que entre duques os entendéis, la alta alcurnia, que se dice...

—No me seas puñetera. ¿Puedo ofrecerte una copa de vino?

—Puedes y debes, tú verás.

—Tengo un Jerez que va a hacer tus delicias, ya verás que te quita todas las penas. —A punto estuve de darme un sopapo yo solito en la boca, que eso había estado un tanto fuera de lugar.

—Venga ese Jerez y no abras más la boca, que se te da estupendamente lo de cagarla—me espetó riéndose.

Verla reír me llenó de alegría. Con Elina había vivido momentos de todos los estilos y era una de esas personas por las que pondría la mano en el fuego.

—Lo siento, si es que no sé ni qué decir. sabes que los hombres somos unos patosos para ciertas cosas... Te prometo que no me he enterado en ningún momento de que tú sintieras... de qué tú..., joder, si hasta se me traba la lengua.

—Mira, duque, no te vayas a poner ahora muy ancho, ¿eh? Tonterías las mínimas. Sí, es verdad que he estado por ti, pero no me voy a colgar de un pino porque no me hagas caso, tú te lo pierdes.

Agradecí al cielo que lo tomara con esa deportividad. Yo había sentido una barbaridad lo de que se quedara viuda y desde entonces la había animado siempre a que tuviera vida social y, pasado el tiempo, a que tratara de volver a tener pareja. Elina era una tía sensacional y yo le deseaba lo mejor.

—Buff... es que esto ha sido el lío del Monte Pío, y yo ahora no sé ni cómo mirarte a la cara en el banco, lo estoy pasando fatal...

—Mira que eres tonto, tampoco se trata de eso. Habrá que normalizar la situación, vamos digo yo. Ahora, que, si te has pensado que yo voy a actuar de dama de honor de la duquesita, vas de culo y cuesta abajo, que ni me ha gustado nunca ni me va a gustar ahora.

Algo era algo, con que se congraciara conmigo de momento ya me valía. Con el tiempo ya procuraría que Chanel también le cayera bien, pero todo en su momento.

—Bueno, bueno, tiempo al tiempo... De momento me doy con un canto en los dientes porque mi amiga esté aquí en mi casa, brindando conmigo por los muchos instantes buenos que nos quedan por vivir.

—No me seas pelota y olvida ya lo sucedido, se me pasará, no te preocupes, tampoco te lo creas tanto. Y, respecto a lo de vivir, el que es un vividor total es tu amiguito Axel, contenta tiene a Irish otra vez, se la ha vuelto a jugar.

—Pero es que a ella parece que le va la marcha también, amiga. A ver, que no voy a disculpar al prenda de Axel, lo que pasa es que me llama la atención que Irish haya tropezado otra vez en la misma piedra, ¿no sabe ya del pie del que cojea?

—Yo también se lo he dicho, que ella una parte de culpa tiene, pero el tío es que es la leche. Tiene ese piquito de oro del que se vale, y luego está lo de las copas de más, que también ayuda...

—No vamos a volverlos a juntar o van a salir como el rosario de la Aurora, ¿eh? Joder, que no voy a hacer carrera de él en la vida.

—Bueno, y ahora cuéntame, ¿qué planes tienes con la duquesita? —Noté cierto retintín en su voz, pero a ella se lo tenía que perdonar todo. Y más sabiendo el poquito ojo que había tenido para detectar que mi amiga lo estaba pasando mal.

—¿Planes? Bueno, yo...—Pese a que me había preguntado ella, debía medir las palabras si no quería volver a hacerle daño.

—Sí, planes. Lo que me da miedo, y por eso te lo pregunto, es que quiera llevarte a su terreno y nos dejes... Vamos que, encoñadito perdido, acabes en Birmingham de cabeza.

Mandaba narices, ese era el término que utilicé yo en su día para definir el estado de mi padre respecto a Chanel, criticándolo. Y ahora mi amiga hacía lo mismo conmigo, refiriéndose a la misma mujer, la monda.

—No, eso no entra en mis planes, sabes que mi vida está en Londres.

—Eso espero, porque sería la cagada del siglo, te lo digo. Zapatero a tus zapatos, porque tú ahora serás muy duque y todo lo que quieras, pero tu felicidad está aquí, en tu trabajo y con tus amigos, y eso es algo que ella debe entender.

Ya volvía a salir esa Elina que miraba por mí, si es que yo la debía querer.

—¿Un culinchín más de Jerez? —le indiqué, como acompañamiento a los entrantes que puse, entraba solo.

—Venga, claro que sí...

Fue justo en ese instante cuando volvió a sonar el timbre, ¿qué pasaba en mi casa? ¿Acaso era el camarote de los hermanos Marx?

—¡Joder, qué susto! —chilló ella, y es que quien quiera que hubiese llamado lo había hecho con ahínco y sonó a toda mecha.

—Tranquila, mujer, que supongo que será Axel, o algún vecino... Me has puesto de pena.



La camiseta blanca que llevaba parecía de lunares, con aquellos salpicones de Jerez.

—Buah, es verdad... estás hecho un cuadro, amigo. Ve a cambiarte y yo abro...

Elina tenía confianza conmigo para eso y para más. Ella había estado mil veces en mi casa, igual que yo en la suya. Incluso había vecinos a los que conocía mejor que yo, que era un despistado total.

Me fui del tirón para mi cuarto y estaba abriendo el cajón de las camisetas cuando escuché aquel alboroto.

—¿Esta es la casa de...? —preguntó aquella voz.

—De Corwin, él es su dueño, ¿y tú quién eres? —le respondió Elina.

No, no podía ser... ¿era Chanel quien había llegado?

Como una exhalación, y sin llegar ni siquiera a ponerme la camiseta, salí en dirección al salón. Sí, era Chanel, y eso constituía una gran sorpresa para mí, aunque no fue la única... La que hizo que mis ojos se salieran de las órbitas fue el hecho de que Elina estuviera en ropa interior.

—Yo soy Chanel, ¿qué está ocurriendo así?

—¿Chanel? ¿Qué estás haciendo aquí, cariño? —le pregunté a quien parecía venir a darme una sorpresa y se había llevado otra.

—Había venido a verte, estaba deseando conocer tu mundo, lo que hacías en tu tiempo libre aquí en Londres, pero ya no hace falta que me lo cuentes... acabo de verlo con mis propios ojos.

—Chanel, esto no es lo que parece, ella es mi amiga... y mi secretaria—añadí mirando con ojos de no entender absolutamente nada a Elina.

—Y encima te lo montas con tu secretaria, maldita sea, te creí más original, no te veía recurriendo al tópico. —Lo enérgico de su voz me dolió, porque comprendí que no iba a estar por la labor de dejar que le explicase nada.

Traté de ponerme en sus zapatos y comprendí también que poco había que explicar. Si yo hubiera llegado al castillo y me la hubiera encontrado en compañía de un tío, los dos medio en bolas, seguramente hubiera lanzado alguna perla por mi boca.

—Elina, explícaselo tú, por favor...—le supliqué, por si había alguna remota posibilidad de que se deshiciera aquel entuerto, pero ¿qué iba a explicar ella si era precisamente quien la había liado?

—¿Yo? Las explicaciones nos las tendrás que dar tú a ambas... No soy yo quien está jugando a dos barajas, por lo que parece.

—Elina, por Dios, ¿por qué me haces esto? Yo siempre te he considerado mi amiga.

—Amiga con derecho a roce, por lo que veo. —Chanel tiró con bala, con todo el derecho del mundo.

—Amor, no sé cómo, pero esto debe tener una explicación. A Elina se le ha caído el vino en mi camiseta al sonar el timbre y...

—Ya, se te ha derramado a ti, pero os habéis desnudado los dos, tiene mucha lógica. Incluso te diría que debe haber alguna tonta a la que se la pudieras con queso al respecto, pero esa no soy yo. Mala suerte. —Fue a girar sobre sus talones y yo la detuve.

—Ni se te ocurra volver a ponerme un dedo encima. ¿Y tú te has permitido el lujo de hablar de tu padre? Ojalá fueras la mitad de hombre que él, ¿me escuchas? —me espetó en la cara lo que más me podía doler en el mundo.

—Joder, joder... No soy yo quien te ha puesto los cuernos, pero él sí se lo hizo a mi madre, él...—lo solté, no pude aguantarme. Vive Dios que lo intenté, pero no pude.

—Yo me pongo la cremallerita en la boca y te dejo aquí con tu amante, pero te recomendaría que algún día tratases de descubrir la verdad sobre quién fue tu padre, ahí te lo dejo.

Lo seguiría defendiendo toda la vida. En contra de todo pronóstico, aquella mujer había amado a mi padre lo suficiente para hacer lo que uno debe hacer por el ser amado; defenderlo a capa y espada. Igual que lo habría hecho yo con ella. Sin embargo, cabía la posibilidad de que ya

no tuviera ocasión de hacerlo.

Vi marcharse a Chanel con lágrimas en los ojos. Las suyas eran de pena, y pronto de los míos brotaron otras, en mi caso de rabia.

—Te juro que no voy a entender en la vida por qué has hecho esto, Elina, yo siempre te he querido, como amiga... pero te he querido con toda mi alma.

—¿Qué sabrás tú lo que es querer con toda tu alma? Tú que has tenido a una persona lampando por ti día y noche, y ni siquiera te has parado un momento a fijarte en ella. Has sido malo conmigo, Corwin, y donde las dan, las toman—sentenció.

Por Dios que se equivocaba. De acuerdo que yo no había reparado en su enamoramiento, pero jamás tuve ni la más mínima intención de hacerle daño a aquella amiga, la mejor que tenía. O eso pensaba, porque acababa de demostrarme que, o no estaba bien de la chaveta, o poco tenía que ver con la persona por la que yo la tenía.

Elina cogió su ropa, se vistió como si tal cosa y se marchó. Enmudecí, lo hice porque habrían salido tantas cosas y ninguna buena por mi boca, que preferí hacerlo así. El mal ya estaba hecho. Y por mucho que le buscara una explicación a lo sucedido, no la encontré. ¿Cómo es que ya abrió con la ropa quitada? ¿Acaso buscaba seducirme?

No podía entender ni media palabra de lo sucedido, pero daba lo mismo. Si lo que buscaba era boicotear mi relación con Chanel, pleno al quince, ¡lo había logrado!

Cielos, ¿cómo se le habría ocurrido venir a verme sin avisarme? ¿Y quién le habría dado mis señas? Vaya tontería, en cantidad de documentos que obraban en su poder en el castillo, figuraban. En cuanto a la hora, era la de la cena, lo normal sería encontrarme en casa.

Maldita sea...había venido a darme una alegría y se había llevado un enorme sofocón. ¿Cómo iba a lograr que volviera a confiar en mí? Me devané los sesos y entonces fue cuando recibí aquel mensaje de mi prima Freya, “A estas horas ya debes estar con tu regalito, que pases un buen fin de semana, primo”.

Desde que Chanel me indicó que Freya nada tuvo que ver en su emparejamiento con mi padre, lo menos que pude hacer fue disculparme con mi prima. Y ella, que no era nada rencorosa, me

deseó lo mejor.

¡Ostras! Freya sabía de la sorpresa que iba a darme Chanel, ellas habían hablado. ¿Y si por el azar del destino también...? ¿Era posible...? Muy enrevesado me parecía, pero es que la casualidad también era grande.

Cogí el teléfono y llamé a mi prima.

—Prima, lo que tengo que preguntarte te va a sonar a cuerno quemado, pero, ¿desde cuándo sabías tú que Chanel vendría a verme por sorpresa?

—Desde hace un par de días, primo, que me lo comentó. ¿Ha pasado algo?

—Sí, Elina estaba en mi casa en ese momento, y se las ha ingeniado para parecer que estamos liados. ¿Tú has hablado con ella?

—Primo, yo...—La paralización de sus palabras me sirvió de respuesta.

—Dímelo, por favor, es importante—le supliqué.

—Elina me llamó esta mañana. Hacía tiempo que no hablábamos y me sonsacó sobre lo vuestro. Pensé que solo quería cotillear, siempre ha sido un poco bocachancla y yo, que estoy emocionada con lo sucedido, le dije que todo iba a pedir de boca... que hasta te sorprendería esta noche.

Se hizo el silencio entre ambos. No me alegraba de que hubiera sucedido, pero sí al menos de saber cuál era el origen del problema.

Era cuestión de tiempo que encontrara a Chanel. No podía soportar que ella sufriera un dolor que yo no le había causado y que se sintiera traicionada por un hombre que solo deseaba ensalzarla como mujer y amarla.

Me puse manos a la obra y la cuestión no resultó nada sencilla. Su teléfono sonaba y sonaba, pero no había manera de que contestara a mis llamadas ni de que oyera mis audios.

Angustiado, le pedí ayuda a mi prima. Era la única que podía echarme una mano. Y sabía que

lo nuestro la alegraba lo suficiente como para hacerlo.

—Yo te me he metido en esto y yo te voy a sacar, primo, te lo prometo—resoplaba. Se sentía súper culpable.

—Por favor, prima, háblale tú, a ti va a escucharte.

—Ya veremos, que igual no quiere escuchar a nadie que tenga que ver contigo, pero esa rubia no va a tener piedra bajo la que esconderse, te lo digo en serio. Esto se aclara.

—Por favor, por favor...

No paré de mirar el reloj ni un solo instante. Como agua de mayo esperé su llamada, pero no parecía haber manera. La tristeza y la desesperación se fueron apoderando de mí, aunque no podía permitir que esto sucediera; perderla de una manera tan injusta no era algo que entrase en mis planes.

Maldije mi suerte una y otra vez conforme fueron pasando las horas. Freya tampoco conseguía dar con ella y yo estaba que me tiraba de los pelos, ¿cómo era posible que tampoco la atendiese a ella? Debía estar muy desesperada mi niña, la imaginaba en cualquier rincón de Londres, llorando a moco tendido.... O lo que era peor...

¡Cielos! Llamé a Ronan y le pregunté directamente.

—Señor Albertson, la duquesa partió esta tarde para Londres en su propio coche, se lo confirmo, ¿ha sucedido algo? —me contestó.

—Que yo sepa no, Ronan, pero gracias por la información.

Me acogí a la fe que tenía mi madre y recé a lo que hubiera allí arriba para que no le hubiera sucedido nada.

Mis súplicas no fueron escuchadas. El mismo Ronan me llamó un par de horas después...

—Señor Albertson lamento mucho informarle de que hemos recibido una llamada de las autoridades. La duquesa ha sufrido un accidente de tráfico, no sabemos nada más. Le doy las señas

del hospital, ¿puedo ayudarle en algo? Quedo a su entera disposición, como siempre.

—Ya me has ayudado bastante, querido amigo, ya me has ayudado bastante.

Apenas colgué el teléfono salí como un tiro hacia el hospital. Cogí un taxi, pues el temblor de mis piernas no iba a permitirme conducir. También temblaba mi voz cuando llegué al mostrador de recepción y pregunté por ella.

—Solo ha sufrido heridas leves, no se preocupe—me confirmaron y di gracias a Dios porque así fuera.

—Necesito verla, dígame en qué habitación está, por favor.

—¿Es usted su marido? ¿Quizás un familiar? Solo así podrá...

—Soy su pareja y necesito verla inmediatamente, por favor.

Me condujeron hacia la habitación y temí que ordenara que me echaran de allí a patadas. A su entender, no debían faltarle razones para ello, primero se encontraba con el pastel en mi casa y luego sufría un accidente, a buen seguro, por los nervios con los que iría conduciendo.

—Mi amor, ¿cómo estás? Tienes que escucharme, Freya me lo ha aclarado todo. Elina estaba al tanto de tu visita y me ha tendido una trampa, tienes que creerme...

—¿Corwin? ¿Una trampa? ¿De qué me hablas?

—Solo quiero saber antes cómo estás, ¿qué te ha pasado?...

—He salido a la carretera como una descerebrada, pero sigue contándome eso, por favor.

Ver que estaba dispuesto a escucharme me dio la vida. Lentamente y sin alterarme para no sobresaltarla tampoco, pormenoriqué el relato de lo sucedido.

—¿Me prometes que todo ha ocurrido como me lo estás contando? Porque no puedo soportar la mentira. Y si no eres honesto, prefiero mil veces saberlo antes que después.

—Te lo prometo por lo más sagrado, por la memoria de mi madre, Chanel. No hay nada que pueda decirte que suponga para ti una mayor garantía.

—La adorabas, ¿verdad? —me preguntó mientras me permitía cogerle la mano.

Afortunadamente, lo que había sufrido no eran más que unos rasguños, pero inicialmente presentó una ligera conmoción que obligaba a dejarla en observación aquella noche.

—No puedes imaginar cuánto.

Chanel me miró con ojos de amor infinito, pero como si guardara para sí algo que quisiera confesarme. Era momento de descansar y le prometí que no me movería de su lado en toda la noche.

Una vez avisé en el castillo de que la duquesa estaba fuera de peligro, me senté a su lado.

—Deberías irte a descansar, mañana trabajas, cielo—me dijo, olvidando por completo el mal trago que habíamos vivido.

—No pienso dejarte sola ni un momento, así que no insistas. Por cierto, tenías muy calladita tu visita a Londres.

—No sabes la ilusión que me hacía aparecer por tu casa como si nada y ponerme allí a cocinar contigo.

—¿Igual que lo hicimos el otro día en palacio?

—Más o menos, seguro que el resultado habría sido el mismo...

Solo de pensar en ese sabroso resultado, con su cuerpo sobre la isleta como plato principal, la piel se me ponía de gallina. Y decía que yo tenía que trabajar al día siguiente, como si su visita me hubiera dejado dormir...

Le cogí la mano y se la besé. Agradecí al cielo de todo corazón que estuviera bien. Desde allí me habían echado una manita, ¿en qué cabeza cabía que me fuera arrebatada Chanel, después de que mi madre hubiera subido para arriba antes de tiempo?

—Tienes mala cara, ¿te has asustado mucho, cariño?

Su “cariño” debió hacer que aquella mala cara se volviera la mejor del mundo, porque me hizo una ilusión bárbara.

—¿Que si me he asustado? He pasado más miedo que en toda mi vida. Si te llega a pasar algo, yo no sé lo que hubiera hecho.

—A mí no me va a pasar nada, tenemos mucho por vivir, ¿lo sabes o no?

—Y tanto que lo sé, preciosa, y tanto que lo sé. Y lo primero que te digo es que se acabó el paripé.

—¿El paripé? Cuéntame qué planes tienes. —A ella también le había cambiado la cara mucho desde que llegué e irradiaba ilusión.

—Pues tengo el plan de volver al castillo contigo de la mano, la próxima vez que vayamos no me esconderé; quiero dormir contigo y todo contigo. No somos críos para escondernos y menos siendo como es nuestro, ¡no pienso jugar al ratón y al gato con el servicio!

—Te veo muy en tus trece. No tengo nada que objetar, además ellos ya deben darlo por sentado, del primero al último.

—Y más con la voz de muerto con la que he llamado a Ronan esta noche para preguntarle por ti. Si tenían alguna duda sobre si lo que dice la prensa rosa es verdad, ya se lo he confirmado.

—Sí, menos mal que comenzó siendo un bulo...

—Cierto, ya me veo con los micrófonos por delante confesando un “es verdad, chicos, amo a la duquesa”.

—Bua, odio las portadas de las revistas, me niego—pataleó graciosamente.

—Pues en eso me temo que no puedo ayudarte, también las odio, pero nos hemos metido en la boca del lobo. Nuestra historia va a dar mucho que hablar.



Darí, daría que hablar, ya que de convencional no tenía un pelo. El duque que se enamora de la madrastra... Dicho así suena hasta sórdido, pero cualquiera que viera el bombón de madrastra que tenía el duque, lo entendería.

Para mí fue todo un honor poder cuidarla en una noche en la que no le quité un ojo de encima. Un rato después de mi llegada, exhausta como estaba por la difícil noche vivida, que pudo acabar en tragedia, Chanel se quedó dormida.

Velé su sueño como solo puede hacer un enamorado. Aquella mujer me había llegado al corazón y en un tiempo digno de un récord Guinness. En mi ánimo solo estaba el cuidarla, amarla y respetarla hasta el final de mis días. Y no pensaba parar hasta conseguirlo.

Mi felicidad fue total cuando por la mañana le dieron el alta y me comunicaron que ya podía llevarla a casa. Para mí, "casa" eran las dos, pero aquel fin de semana lo disfrutaríamos en Londres, en la que había sido la mía en los últimos años, y en la que también tenía muchas cosas personales que enseñarle.

## Capítulo 17



Qué distinta la entrada que hizo en mi casa a la de la noche anterior. Y qué turbada estaba mi cabeza.

—Tienes que ir a trabajar y apenas has podido dormir—se lamentó Chanel.

—¿A trabajar? No, hoy tengo otro trabajo; el de cuidarte a ti, belleza.

Era la primera vez en mi vida que me tomaba el día libre, pero no tenía la menor duda de que era lo que más me apetecía hacer en la vida. Llamé y hablé con Megan, una de mis empleadas, para decirle que no me esperaran.

También quise enterarme de si Elina había ido a trabajar, porque eso sí podía ser un problema. Poco le interesaba seguir formando escándalo, pero nunca se sabía. Lo suyo me preocupaba sobremanera, porque no veía la forma de que pudiéramos estar juntos en el trabajo después de lo sucedido.

—Sí que ha venido, Corwin, y ha dejado una carta. Venía muy rara, estaba como ida, y no se ha quedado. Nos ha dejado a todos preocupados e incluso nos hemos ofrecido a acompañarla a su casa, pero lo ha rechazado. ¿Sabes si le pasa algo?

Algo le pasaba, sí. Concretamente, le faltaba un tornillo; eso era lo que le pasaba a aquella mujer que había sido mi mejor amiga y a la que no le habían dolido prendas en intentar arruinar mi vida en aras de un supuesto amor... Un supuesto amor que más que eso debía ser una verdadera obsesión, ya que no me cabía en la cabeza.

—No, no tengo ni idea. —Aquella mentirijilla piadosa me sirvió para esquivar un tema que no era nada agradable de abordar para mí—. Eso sí, envíame la carta por mensajería.

Por mucho que me preocupase lo que esa loca pudiera haber dejado por escrito, siempre sería mejor que me pillara prevenido. No soy de esas personas que piensan que mirar para otro lado tiene un efecto mágico, en el sentido de que hace que los problemas se esfumen. A mí me habían enseñado a afrontar los problemas de cara, y eso era lo que haría.

—¿Todo bien? —me preguntó una preocupada Chanel, que tampoco podía entender cómo se le fue tanto la pinza a mi amiga.

—Dicen que ha estado allí y que ha dejado una carta. Pero tú no deberías estar preocupada por ella ni por nadie. Tú solo tienes que ponerte bien y recuperar fuerzas.

—Oye, que no estoy moribunda... Si lo único que tengo son unos cuantos rasguños—se quejó.

—Y un buen golpe en toda la cocorota, que luego el cabezón soy yo, pero tú también debes tenerla bastante dura para haber salido bien de esta.

—Bicho malo nunca muere, ya sabes lo que dicen. —Me sacó la lengua...

—¿Bicho malo? Demasiado buena es lo que eres. Chanel, tienes algo... Has logrado cambiarme la vida; he de decirte una cosa sin que sirva de precedente.

—Ala, ha sonado muy solemne...

—Sí, es que lo es; no me extraña que mi padre se enamorara con sus cinco sentidos de ti. Podrías hacer perder la cabeza a cualquier hombre, cuanto y más...

—¿Quieres decir que cuanto y más a un hombre mayor?

Asentí con la cabeza, más lógico era. Mi padre, que sabía que ya no iba a descumplir años, debió recibir el mayor regalo de su vida cuando la encontró en su camino. Por mucho que yo le hubiera odiado por considerar que con ella reemplazó a mi madre, poco podía argumentar ya. ¿Acaso yo no había caído también rendido a sus pies?

—Yo no lo vi como un hombre mayor ni como a un duque. Lo vi como a Connor; el hombre del que me había enamorado, tan simple como eso.

Cada vez detectaba mayor sinceridad en sus palabras y tenía que rendirme a la evidencia; ella lo había amado, como me contó Harmony. Tenía que dejar cualquier tipo de amargura a un lado y dar gracias al universo porque su amor, que era mucho, estuviera ahora enfocado en mí.

—Te creo, preciosa, te creo... Voy a prepararte el desayuno. —Besé su frente, la hubiera besado entera, pero era esa la parte que más ternura me inspiraba.

Chanel, además de sacar la parte más salvaje de mí, pues prácticamente no había hora en el día en la que no estuviera pensando en hacerla mía, sacaba también una parte afectuosa y tierna de la que yo mismo tenía menos conocimiento hasta la fecha.

—Te ayudo. —Hizo ademán de levantarse, cuando yo la había dejado cómodamente instalada en el sofá.

—No vas a moverte de ahí, voy a cuidarte como a una reina, ¿me has oído?

—Mira por dónde he subido de rango, ¿no será como a una duquesa?

—¡Te como esa cara duquesa! Y, lo dicho, ni se te ocurra moverte de ahí.

—No me hables así que no respondo—me advirtió con el dedo, se conocía que la había puesto mi forma de hablar.

Yo sí que no hubiera respondido en ese instante de no ser porque las circunstancias eran las que eran...

Le estaba poniendo la bandeja con el desayuno más completo que pude preparar cuando el mensajero llegó a la puerta. Las manos me temblaron al sostener una carta que suponía el final de una gran amistad; algo de mí se había ido con Elina, pero me había permitido recuperar a Chanel. Y eso era algo que estaba muy por encima de todo lo demás, sin duda alguna.

—¿No la vas a abrir? Si te duele, puedo hacerlo yo. —Chanel se mostró muy condescendiente.

—No, es algo que debo afrontar yo, muchas gracias. Desayuna, por favor.

La abrí mientras vi cómo ella iba recuperando fuerzas. Qué ganas tenía de verla perfecta y de galopar con ella por el castillo a lomos de nuestros caballos.

La carta bien podía haber sido un telegrama.

*“Corwin, te presento mi renuncia irrevocable. Sabes mi dirección para enviarme el finiquito”.*

Con una frialdad absoluta, Elina acababa de poner punto final a la que yo consideraba una gran amistad.

—¿Estás bien? —Chanel me indicó que me sentara a su lado.

—Sí, un poco en shock, pero en realidad me acaba de tocar la lotería. Hubiera sido prácticamente imposible seguir trabajando con ella, mano a mano.

—Pues sí. Te soy sincera, tampoco me habría quedado tranquila de que esa loca estuviera a tu lado cada día. Menos cuando yo estoy lejos y...

—Yo no te quiero lejos, Chanel. ¿Te gusta lo que ves? —le pregunté con un pellizco en el estómago.

—¿Te refieres a ti? No, no me gustas, feo—se burló.

—Sabes a lo que me refiero, belleza.

—¿A tu casa? Claro que me gusta, es muy acogedora. Y tiene el sello Corwin por todas partes. Por cierto, ese cuadro es una maravilla. —Señaló al mío en Ibiza.

—Me encanta, ya te he contado que en Ibiza cargo las pilas como en ningún otro lugar, estoy deseando ir allí contigo, pero no me cambies de tema, ¿te verías aquí conmigo?

—Voy a serte totalmente sincera yo también; me encantaría venirme aquí y no esperarte en el casillo de lunes a viernes, pero ¿qué crees que pensaría tu padre? Él me legó una parte para que viviera en ella, para que cuidara de ese lugar. Y en parte, me siento como si le traicionara al abandonarlo—se lamentó.

—Te lo voy a dibujar desde otro prisma. Si mi padre te quería como tú a él, y según tus palabras estás convencida de ello, creo que su pretensión era que el castillo cuidase de ti y no tú del castillo.

—¿Que el castillo cuidase de mí? Eso no puedo entenderlo, ¿cómo iba a cuidar un castillo de mí?

—Verás, amor, para mi padre el castillo era su propia fortaleza. Y no me refiero solo a la construcción en sí, sino a las personas que lo componen, capitaneadas por Ronan y Harmony; en ellos depositó siempre su confianza y, por tanto, se sentía seguro. No me cabe duda de que pensó que era el lugar ideal para que aquellas personas te siguieran rindiendo tributo y te cuidaran, esa debió ser su intención.

—Nunca lo habría visto así, pero puede que tengas toda la razón. ¿No crees entonces que esté traicionando su memoria si me vengo aquí?

—¿Traicionar su memoria? No, otra cosa es que su sorpresa sería mayúscula si nos viera juntos, mayúscula pero gratificante.

—Sí, lo creas o no tu padre tenía el mejor concepto de ti, pese a que vuestra relación no fuera la mejor.

—No fue la mejor hasta que se convirtió en inexistente, fuimos de mal en peor, esa es la realidad. Lo que pasa es que hay muchas cosas que viví que me resultaron imperdonables, no puedo hablarlas todavía.

—Lo sé, y tiempo al tiempo, tranquilo. —Fue ella quien me besó en la frente en ese momento.

—¿Te vendrás entonces? —La miré con gesto suplicante.

—Si tienes donde meter todos mis zapatos, igual hasta me lo pensaría—se burló.

—Creo que sí, y si no haré construir una buhardilla, o dos, o tres... Todo por tenerte, duquesa.

—Qué bonito, duque... Tú lo has querido, me vengo, después no quiero tonterías. —Me besó y pensé que en ese beso había más ilusión de la que jamás sentí en la vida. Todo por tenerla, por

tener a una mujer increíble que había cambiado mis esquemas, una duquesa que se había hecho con mi corazón en un pis pas, una duquesa que había conquistado mi mundo a marchas forzadas.

—Me has hecho el tipo más feliz del mundo. Y no te preocupes que los fines de semana iremos al castillo, ¿eh? Indomable y los demás nos esperan, no volveré a hacerles eso, no volveré a abandonarlos nunca.

—No te tortures, hiciste lo que pudiste. ¿Y a mí? ¿Me abandonarás a mí?

— A ti no podría abandonarte jamás, soy tuyo, duquesa. Lo único que ocurre es que todavía no lo sabes, pero soy tuyo.

—Algo voy intuyendo, ven aquí anda...

Que no me tocara las palmas, que ya nos íbamos conociendo los dos. Y en esos momentos, más que otra cosa, lo que yo quería era cuidarla, mimarla, apretarla contra mi regazo y prometerle que, en lo sucesivo, nada malo le ocurriría mientras yo estuviera a su lado.

Iba a ser una semana de ensueño, en mi casa, con Chanel, la primera que pasaríamos juntos.

Aquel día lo dediqué a ella por completo, a que no le faltara un detalle, a que no la rozara el viento... Me costaba trabajo incluso pensar en que tendría que ir al banco en días sucesivos. Chanel había removido mi mundo desde los cimientos, habiendo pasado a ser lo prioritario, lo principal y hasta lo único.

La de ese día no fue una noche de pasión como el resto de las que habíamos pasado juntos, pero sí de amor... de amor incondicional que ambos condensamos al máximo.

—En esta cama tengo todo lo que necesito para ser feliz, duquesa. —La besaba sin poder parar.

—Y yo tengo todo el amor del mundo, duque. Ahora sé que no hago nada malo, que todo está en orden, que estábamos predestinados...

—¿Y estás dispuesta a darle la razón a los buitres carroñeros de la prensa? Porque yo hubiera dado un brazo por quitársela, jaja, todavía te lo puedes pensar.

—En eso vamos a tener que fastidiarnos, porque yo no te suelto con tal de que no se salgan con la suya.

—Sobre todo porque los que nos vamos a salir con la nuestra somos nosotros; nunca lo creí, duquesa, pero es así.

—Ni yo tampoco, duque, anda duerme. Que mañana vas a estar molido...

—¿Molido? Ya te diré yo en cuanto estés mejor...

—¿Mejor? ¿Acaso tengo aspecto de estar mal?

En la penumbra de aquella habitación, Chanel me pareció el más más sensual de todos los seres vivos, y ese ser tenía tanta intención de ser mío como yo de ella.



## Capítulo 18



No creo que me equivoque cuando digo que se trató de la mejor semana de mi vida hasta entonces. Chanel hizo de mi día a día una experiencia maravillosa y, a partir de la segunda noche, la pasión volvió a adueñarse de nuestra cama.

Sin encomendarse a Roma ni a Santiago, había salido aquella mañana y se había comprado un picardías negro que quitaba el hipo. Con él me recibió al entrar en la cama...

—Si te pones así no puedo, no voy a poder... Eres irresistible, pequeña, absolutamente irresistible.

No sé cómo dejé títere con cabeza, o mejor dicho, lazo entero, porque tiré de ellos con ansia. Su cuerpo me llamaba y yo moría por atender esa llamada. No llegué a despojarla de él por completo, solo desenlacé su parte inferior y, cogiéndola por la cintura, la hice mía de una estocada certera que provocó que rozara el cielo al mismo tiempo que yo también me elevaba. Fue la primera de todas las que se sucedieron aquellas noches, en las que no hubo postura que no experimentáramos. Chanel y yo éramos fuego... columnas de fuego que se elevaban hasta lo más alto, hasta que la vista no pudiera alcanzarlas...

El viernes por la mañana deseé que las cosas no se complicaran en el banco. Ella vendría a recogerme a la salida para irnos al castillo y, de paso, se la presentaría a todos mis compañeros. A todos menos a Elina, ni que decir tiene, que ella ya no formaba parte de mi vida ni trabajaba allí.

Se lo había anunciado por la mañana y todos fueron testigos de mis nervios en una jornada en la que me costó concentrarme. Le mandé la ubicación a Chanel a primera hora, el nerviosismo no me permitía otra cosa. Incluso compré un bonito ramo de flores a la hora del desayuno con el que agasajarla a su llegada.

Después de convivir varios días con ella, no hacía sino reafirmarme en lo que ya sabía; que era la persona con la que deseaba compartir mi vida.

En qué poco tiempo se había convertido justo en lo contrario de lo que pensaba, Chanel lo llenaba todo... Chanel, la última persona, la persona menos pensada y, sin embargo, la única que me había llegado al corazón hasta el punto de poner mi vida patas arriba y de hacerme olvidar hasta mi nombre.

No obstante, todavía el destino tenía alguna otra prueba preparada para nosotros, no se conformaba con dejarnos tranquilos una temporada al menos, no...

—Qué raro—murmuré cinco minutos después de la hora acordada. Chanel era la representación humana de la puntualidad británica y me extrañó que no me hubiera avisado de que se retrasaría.

Le di un toquecito telefónico, nervioso como estaba, y mi gozo a un pozo; no atendió la llamada.

Veinte minutos después, y un montón de intentos infructuosos de contactar con ella, hicieron que me subiera por las paredes, casi literalmente.

Para más inri, era ella quien se había quedado con mi coche, desplazándome por la mañana en taxi; así mi chica prepararía las maletas y haría unas compras tranquilamente.

Indudablemente asustado, pedí otro taxi y me planté en casa del tirón. El coche estaba en la puerta, con lo cual algo debió impedir que saliera, pero ¿qué?

Llamé y no me abrió, por lo que saqué la llave precipitadamente. ¡Maldita sea! La suya atrancaba la cerradura desde dentro y era imposible acceder a la casa. De buena gana la habría tirado abajo con tal de llegar a ella antes, eso era imposible, pero no aquello otro que se me ocurrió...

Aprovechando que la ventana de nuestro dormitorio estaba entreabierta, me decidí a hacer unas piruetas que, o me permitían entrar o me abrían la cabeza de la leche que me daría en el suelo, no había otra.

Sin pensarlo, accedí a la cornisa de la ventana inferior a la nuestra y, desde allí, hice todo lo posible por subirme a la siguiente. A punto estuve de descalabrarme, pues las suelas de mis zapatos provocaron que resbalara y que estuviera a un tris de lo dicho, de partirme la crisma. Todo lo hubiera dado por bien empleado con tal de llegar a ella antes, de saber cuál era el motivo de su demora, ese que me estaba volviendo loco.

—No vas a salirte con la tuya, te lo prometo—le escuché decir una vez estuve dentro.

Chanel no estaba sola, y ese fue el motivo de que mi zozobra aumentase hasta casi lograr que el corazón se me saliera del pecho.

—Eso ya lo veremos, calla, zorra. —Era la segunda vez que la llamaban así, pero esta no fue un borracho, sino una mujer a la que yo conocía muy bien...

—Elina, suéltala inmediatamente—le ordené en cuanto llegué a la cocina y vi la dantesca escena. Chanel estaba a su merced, mientras un cuchillo en la mano de aquella loca amenazaba con dejarme viudo antes siquiera de haberme casado.

—Cómo no, el rescatador, darías tu vida por ella, ¿no es así? Pues vas a perder lo que más quieres, hasta aquí ha llegado tu historia de amor. —La punta del cuchillo se acercaba peligrosamente a aquel cuello de cisne que tanto amaba...

—Elina, no hagas nada de lo que tengas que arrepentirte, te lo suplico...

—¿Y por qué? ¿Para que tu vida sea plena con ella? ¿Y qué hay de la mía, Corwin? ¿Te has parado por un solo momento a pensar en qué hay de la mía? Porque te recuerdo que ya no me queda nada; no tengo a James, me he quedado sin trabajo, tú ya no estás, no me queda nada.

—Te queda la posibilidad de rehacer tu vida, pero la estás tirando por la borda tontamente, no lo hagas, por lo que más quieras.

En cuestión de un segundo, mi vida entera podía irse también al garete... Pero a Chanel se le iba tanto como a mí en ello y no estaba dispuesta a permitirlo. Bastó con que Elina bajara la guardia para que el cuchillo resbalara tontamente de sus manos, y al ir a cogerlo, ella le asestó tal bocado que el chillido debió escucharse a varias manzanas de allí... a continuación salté sobre

Elina en el mismo momento en el que volvió a coger el cuchillo y logré quitárselo. No me resultó gratuito, pues antes acertó a darme un corte en el brazo cuya cicatriz exhibo como una herida de guerra.

No voy a decir aquella herida, hubiera dado mi vida con tal de poner la de Chanel a salvo, pero no fue necesario. Una vez más, el destino estuvo de nuestra parte y mi chica terminó entre mis brazos, llorando de alegría cuando la policía vino a llevarse a aquella perturbada.

En aquellos días pudimos saber que Elina había desarrollado un trastorno del comportamiento que la convertía en todo un peligro en potencia. Dos veces, a falta de una, lo habíamos comprobado. Qué de pruebas estábamos superando, ¿habría llegado la hora de disfrutar de nuestro amor con tranquilidad?

## Capítulo 19



El brillo que el sol otorgaba a su cabellera, rubia como el trigo, camino de Birmingham, así me lo indicaba. Después de tantísimo susto, ya era hora de que viéramos la luz. Y ese fin de semana era la mejor ocasión para hacerlo, juntos y en el castillo.

La llegada fue apoteósica, pues todos nos recibieron con un cariño inusitado.

—Conrad, Harmony, Helen, Susan, Arthur, la duquesa y yo queremos comunicarnos algo que es seguro que ya sabéis...

El carraspeo de Harmony provocó la risa de todos los demás. Por mucho que echara la vista atrás, no recordaba un momento tan salado y a la par tan emocionante en el castillo.

Chanel y yo también nos echamos a reír y, cuando paramos, fue ella la que prosiguió.

—El duque y yo estamos juntos, pero las cosas no han sido como las anunció la prensa, palabra de honor que no; han sido mucho más bonitas. La nuestra es una historia de amor que se ha fraguado con rapidez, pero en la que ambos hemos puesto todo el cariño del mundo. Venimos a decirles que, sin dejar de lado la memoria del duque Connor, que permanecerá siempre en nuestros corazones, Corwin y yo hemos unidos nuestras vidas.

El aplauso de los nuestros, y el beso que Harmony nos espetó de manera espontánea, como era ella, nos anunció que la noticia era motivo de júbilo para ellos.

Ningún sentido habría tenido que no lo fuera, pues ambos éramos muy queridos por los miembros del servicio, que también eran integrantes de la casa. Para nosotros, formaban ya incluso parte de nuestra familia.

En el mejor de los ambientes me instalé en el dormitorio principal, de una forma ya oficial. El que hubiera pertenecido en su día a mis padres era algo que se me hacía muy extraño, pero no por ello malo.

En el fondo de mi corazón, si quería pasar página y dejar de lado ese resquemor que tanto me apartó de mi padre, necesitaba perdonarlo. Y me dije a mí mismo que lo intentaría con todas mis fuerzas, aunque solo fuera por lo mucho que sí cuidó a Chanel, pese a que mi madre no corriera la misma suerte.

Recuperada como ya estaba, lo primero que me propuso fue ir a montar a caballo.

—No me mires así, que ya estoy bien. Además, cuenta la leyenda que cierto duque, a la orilla del río, ama a su duquesa de una forma irrenunciable...

—¿Y tú quieres comprobar si lo que reza la leyenda es cierto? —La abracé con todas mis fuerzas.

—Te contaré un secreto; yo sé que es cierto, por eso siento unas irresistibles ganas de ir, vamos...

Corriendo de su mano llegamos hasta los caballos. Galopar en Indomable, a su lado, era algo que podría estar haciendo durante toda mi vida sin cansarme.

—¿Sabes? Esas irresistibles ganas son compartidas—le dije mientras, ya en la orilla, comenzaba a despojarla de su ropa y a dibujar con mis dedos aquel perfecto lienzo que era su cuerpo.

Notar cómo se estremecía constituía para mí el máximo de los placeres y, a la orilla de aquel río, una vez más volvimos a hacer uso de un amor que tenía visos de alcanzar la leyenda.

—¿Si te cuento una cosa no te reirás de mí? —le confesé, exhausto, cuando acabé de amarla.

—No sé, no sé, me lo tendré que pensar....

—Te quedas sin saberlo, que lo sepas—le advertí entre risas.

—Ni en broma, ahora vas a tener que decírmelo, quieras o no. Te tengo en mis manos, no puedes negarte.

Eso era cierto, me tenía en sus manos más de lo que pudiera imaginar. Podría haber hecho lo que quisiera conmigo en ese momento.

—Soñé contigo cuando estuve aquí para el funeral de mi padre, ¿sabes?

—¿Soñaste que era la madrastra mala del cuento y me pusiste a caldo? —Se hizo la tonta.

—No, fue otro tipo de sueño. Soñé con que éramos pareja e íbamos por la playa paseando. Un pequeño caía a nuestros pies y tú lo tomabas en brazo, acariciándolo “Qué bonito es, ¿verdad? Podría ser nuestro hijo”, me dijiste con la emoción asomándose a tus ojazos azules.

—¿Un hijo? ¿A ti te gustaría tener un hijo conmigo? —De nuevo asomó la misma emoción a sus ojos. Y de nuevo pensé que el azul de estos competía en belleza con el del mar.

—Yo querría todo contigo—la abracé y volvimos a amarnos, una y otra vez.

Horas después volvimos al castillo, deseando como estábamos cenar y acostarnos. Se nos había hecho tardísimo, la noche nos pilló de vuelta, pues después del horroroso episodio con Elina también tuvimos que pasar por comisaría, lo que ya se había convertido en una costumbre. Allí mismo me curaron a mí.

—Mira la luna—le indiqué para que contempláramos juntos la belleza de esta.

—No podría haber una testigo más bella para lo nuestro, amor—me soltó y yo me derretí.

—No tanto como tú, cariño, no tanto como tú...

Eran las tantas de la noche cuando nos metimos en la cama, lo que no quería decir que fuéramos a dormirnos. El estallido de nuestros cuerpos cuando se rozaban era totalmente inevitable, y volvimos a poner en marcha la maquinaria de la pasión.

Helen y Harmony nos recibieron con una risita en la cocina, a la hora del desayuno.

—Ejem, habíamos pensado...

—¿Y bien, Harmony? ¿A qué viene tanto sigilo? —le pregunté intuyendo que aquellas dos tramaban algo.

—Bueno, habíamos pensado que quizás podríamos prepararos una cena romántica para esta noche, ¿qué os parece?

—¿Una cena en el gran salón? —le pregunté pensando que no era mala idea.

Teníamos mucho que celebrar y me apetecía pasar una velada especial en la que recordarle a Chanel que me sentía muy agradecido por lo que la vida me había dado.

—Me parece bien, pero creo que sería ideal celebrarla bajo la pérgola del jardín—añadió esa mujer cuyas ideas siempre eran las mejores.

—Pues que así sea, Chanel—Harmony asintió y ambas se retiraron tras servirnos el desayuno y comentar con nosotros los pormenores de la cena.

Me llevé todo el día nervioso, no tenía razón de ser, pero quería que Chanel viviera unos momentos únicos que le hicieran olvidar todo lo malo que le había ocurrido últimamente. Si echaba la vista atrás, en los últimos meses lo único bueno para ella había sido lo nuestro y eso era algo que deseaba potenciar al máximo.

Por la tarde, desde nuestro dormitorio, ambos vimos los preparativos. El servicio iba y venía, también para ellos se trataba de una ocasión especial y estaban poniendo toda la carne en el asador para que todo saliera de perlas.

—No, no puede ser—cerré y abrí los ojos para comprobar que era ella, la mujer a la que amaba, mientras avanzaba hacia mí.

—Sí que puede ser, ya estoy aquí, duque. —Me dio un beso en los labios, yo la esperaba de pie, como ella merecía, y le retiré el sillón para que se sentara.

No podía estar más bella, aquel ceñido y drapeado vestido rojo marcaba todavía más cada una de esas curvas que me volvían literalmente loco. Y ese cuello... Me faltó la respiración, de pronto



me faltó la respiración.

—Chanel, ¿ese collar? —le pregunté por el que adornaba el cuello que provocaba mis suspiros.

—¿Qué le pasa? —Se echó mano a él como no entendiendo absolutamente nada.

—Maldita sea, ¿puedes decirme de dónde lo has sacado? —El nerviosismo se apoderó de mí, no pude remediarlo.

—Lo siento, Corwin, es un regalo de tu padre. Quizás no debí ponérmelo para una ocasión así, pero es que todas mis joyas son regalo de él.

—Me importa un cuerno lo que ese indeseable te regalara o te dejase de regalar, hay que ser muy miserable para hacerte lucir una joya que era de mi madre—le espeté de mala manera.

—¿De tu madre? Eso es imposible, Corwin. Este collar lo desprecinté yo, te digo que nadie lo lució antes, debes estar equivocado.

—¡No y no! No estoy equivocado. Sé muy bien lo que digo, el muy desgraciado... Será que mi madre rehusó ponérselo nunca y con el tiempo te lo dio a ti, pero yo mismo fui a comprarlo con él. Estábamos un día en Birmingham y él entró en una joyería. Seguro que quiso contentarla por los cuernos que le ponía y creía que con una joya lo conseguiría. Y ella la rechazaría porque no quería nada que viniese de él, así de sencillo...

—Ya está bien, Corwin, si vas a seguir faltando a la memoria de tu padre, tú y yo hemos llegado hasta aquí. —Dio un golpe en la mesa, quien dijera que las mujeres son el sexo débil no debía andar muy bien de la azotea.

—¿Por qué no quieres ver la verdad? No digo que a ti te hiciera lo mismo, pero a mi madre se las hizo pasar canutas y este detalle del collar no es más que un ejemplo más, ¿me entiendes?

—Lo único que entiendo es que si tu madre rechazó ese regalo no es por lo que tú crees. Seguramente lo hizo porque no quería ya nada de tu padre, hasta ahí de acuerdo, pero porque estaba enamorada de otro hombre.

—¿Enamorada de otro hombre? Ojito con lo que dices porque podemos acabar peor que mal, aquí él único que puso sus ojos en otra fue mi padre, no te engañes.

—O eso fue lo que tu padre aparentó para que no tomaras un mal concepto de tu madre, a petición suya.

—¿Qué dices? ¿Se puede saber de dónde viene esa invención? Estás desvariando, no quiero seguir escuchándote, maldita la hora en la que pensé que me había equivocado contigo.

—Y te has equivocado, sí... te has equivocado si has pensado que soy una idiota que voy a mantener toda la vida la boca cerrada, mientras que tú piensas lo que no es y te permites el lujo de seguir juzgando a tu padre. Corwin, ha llegado la hora de que me escuches y si después de eso no quieres volver a verme, yo misma te acompañaré a la salida.

La posibilidad que me estaba planteando me aterró, pero no me quedaba otra que escucharla.

—Creo que la equivocada eres tú, no puedo creer lo que estás diciendo...

—Yo solo sé que tu padre quiso a tu madre hasta casi perder el norte por ella, pero había algo que no podía soportar y era la infidelidad.

—No, eso es algo que él quiso hacerte creer. Mi madre no era como él, ella siempre estaba de buen humor, era cariñosa y quería a su familia por encima de todo. Sin embargo, él no le dio su lugar...

—No sabes hasta qué punto le dio su lugar. Lo hizo hasta amargarse la vida por completo, Corwin... se pasó la vida tapándola, mirando para otra parte, y apagándose como una vela. La supuesta infidelidad con la doncella que ella te contó ocurrió, pero solo después de que él no pudiera soportar más lo que veía a su alrededor, cómo ella deseaba a otros mucho más que a su marido. Él tenía por aquel entonces la teoría de que ella amaba a alguien, un hombre en concreto, que le había calado mucho más hondo que el resto de sus amantes. Fue entonces cuando tu padre se volvió loco y se lio con aquella chica. Tu madre los pilló y él admitió su culpa, incluso admitió que tú te enterases y lo juzgases sin saber sus motivos. Tu padre no era un hombre infiel, jamás le hubiese hecho eso a tu madre si ella no le hubiera partido el corazón. A ti también te amaba con locura, y por esa razón no quiso que sufrieras doblemente ni que la odiaras también a ella. Si tu padre siempre estaba de mal humor era porque no podía soportar el infierno que vivía; el mismo

infierno que lo llevó a la bebida. El día que tu madre sufrió el accidente él no tuvo nada que ver, aunque bastante culpable se sintió. Cierto que iba detrás de ella y que eso pudo ser motivo de su tropiezo, pero es que su dolor era inmenso; después de tanta humillación tu madre le anunció que lo dejaba, que se iba a vivir con su amante y que tú debías irte con ella.

—¿De dónde has sacado todo eso? Es imposible, Chanel, yo no digo que mi padre no te lo contase, pero seguro que mintió. Te dijo todo eso para que creyeras que él era el bueno de la película, para que no sospecharas la verdad...

—Esa verdad a la que aludes solo tiene un camino, Corwin. Llevas viviendo en la mentira toda la vida. Si crees que yo tengo una versión del asunto totalmente edulcorada por tu padre, quizás deberías recabar otras opiniones. Hay más personas en esta casa que conocen la verdad, aunque jamás fueran a decírtela.

Caí en la silla, derrotado, humillado y vapuleado...

—No te creo, Chanel, no te creo... O mintió mi padre o estás mintiendo tú... lo siento, pero no puedo creerte.

Me levanté de la mesa y me dirigí a mi dormitorio de soltero, donde lloré amargamente. Imposible digerir tanta información en tan poco tiempo. Y de ese calibre, ¿llevaba desde mi niñez viviendo en una mentira?

Chanel trató de que la dejara pasar, pero no lo consentí. Me sentía tan extraordinariamente dolido que no podía aguantarle la mirada.

Al alba, sin que apenas hubiera podido pegar un ojo, volvieron a llamar a mi puerta.

—Harmony, no estoy para nadie. Por favor, vete. —No fui mi fino, pero es que no podía soportar ver a nadie en esas circunstancias en las que el cuerpo lo único que me pedía era marcharme a Londres.

—Corwin, debes escucharme. Los gritos de anoche los oímos todos, sé por lo que estás pasando—insistió.

—¿Qué sabes, Harmony? Entra, por favor.

Me levanté de la cama y me senté en el borde, invitándola a hacer lo mismo.

—Hijo, cuánto sufrimiento hay en tu mirada. —Me acarició el mentón.

—Esto es un infierno, Harmony, dime que nada de lo que soltó Chanel por la boca es cierto. Dime que mi madre fue esa mujer amable y cariñosa que recuerdo, a la que todos adorábamos.

—Lo es, su recuerdo se nos ha quedado a todos clavado, pero cojeaba de ese pie, Corwin, eso no puedo negártelo. Su corazón era libre, y ella... Me cuesta mucho trabajo contarte esto, pero ella se lo entregaba a la persona que consideraba, por mucho que a ti te adorara. Tu madre no fue una persona fiel y eso fue agriando el carácter de tu padre por días, hasta convertirlo en el hombre que conociste. Por eso Chanel le devolvió a la vida, porque llevaba muchos años muerto.

—Harmony, no puede ser verdad, no tenemos pruebas de eso, ¿tú sujetaste alguna vez la vela? Y si todo fueron invenciones de mi padre para manchar su reputación y que la suya quedara indemne, ¿no pudo ser eso?

—No, no pudo ser... por mucho que lo desees no pudo ser. Y eso de que no hay pruebas... Verás, hijo, tu madre siempre fue muy aficionada a las cartas... Me consta que aquel amante misterioso con el que planeó su fuga y ella se carteaban. Yo misma guardé entre su ropa una caja de madera que sé que contenía esas cartas. Las quité de en medio sin conocer su destinatario, para que tu padre no se volviera más loco todavía de lo que ya estaba cuando ella murió.

—¿Te refieres a una pequeña caja de madera que hay escondida en el baúl de su ropa?

—Acabáramos, hijo, esa es, ¿tú sabes de su existencia? —Su cara de extrañeza me habló de que no podía suponerlo.

—La descubrí hace poco por casualidad, pero ninguna de las llaves... Me da vergüenza reconocerlo, Harmony, pero estuve tentado de abrirla.

—Yo tengo esa llave, Corwin, yo guardé la llave. Si quieres vivir sin rencores una existencia plena, ten el valor de abrir esa caja y descubrir la verdad....

La llave que me entregó Harmony fue la que me condujo a una nueva vida... aquella mañana,

en el polvoriento desván de vigas de madera, la mía cambió para siempre.

Lloré lo indecible con aquellas cartas en las manos. Había que ser indeseable por mucho título de vizconde que tuviera. Sí, John Williams fue el amante de mi madre, tras lo cual, y como no llegó a destaparse nunca la verdad, aquella sabandija que era bastante mayor que ella siguió visitando el castillo como si tal cosa. A los ojos de mi padre, era un amigo inestimable, un amigo que le clavó un puñal por la espalda. Con los años también enviudó y se casó con Astrid, ambos rehicieron sus vidas, mi padre y él; pero solo uno de ellos se llevaría la verdad a la tumba.

## Epílogo



Un año después...

Que el cielo nos hiciera ese regalo aquella mañana era algo digno de elogiar. Amaneció sin una nube y el azul que nos servía de techo me recordó al de mi adorada Ibiza, el lugar que ya había visitado con Chanel.

—Estás preciosa, duquesa, no recordaba un día tan feliz en este castillo desde el nacimiento del duque—escuché que le decía Harmony mientras pasé por delante de la puerta.

Hubiera pagado mi peso en oro por verla en ese instante, pero todavía faltaban veinte minutos para la ceremonia... Chanel y yo nos casábamos después de que ella hubiera accedido a la pedida de matrimonio que le hice en esa otra cena romántica que sí terminó celebrándose en nuestro jardín.

Me había quedado muy mal sabor de boca por lo ocurrido en la primera y, al final del verano, les pedí a todos que nos organizaran una segunda cena y que estuvieran presentes a la hora del postre.

Digamos que Chanel, que era un rato larga, se olió algo cuando vio al servicio al completo avanzar hacia nosotros.

—O es una huelga o la vas a liar parda. —Entrelazó su mano con la mía y le ofrecí la mejor de mis sonrisas.

—No adelantes acontecimientos, anda...

Desde entonces hasta ese momento, habíamos vivido para organizar un enlace que a ambos nos

llenaba de emoción. De lunes a viernes estábamos en Londres, donde Chanel también había comenzado a trabajar en una empresa de finanzas, pues lo suyo era la economía.

A diferencia de cuando vivía con mi padre, que se dedicaba a la organización del castillo, nuestra pareja era más moderna, y los dos trabajábamos.

Los viernes al mediodía nos montábamos en el coche y poníamos rumbo al castillo, el lugar tras cuyos muros nos olvidábamos del mundo. Allí se celebraría un enlace del que la prensa se había hecho eco, pero al que no podría acceder.

Chanel y yo habíamos decidido que el nuestro fuera un enlace discreto, lo que no era óbice para que al mediodía saliéramos a ofrecerles una copa a aquellos pocos chicos de la prensa que sí habían tratado lo nuestro con respeto.

Ambos coincidimos, pues de elitistas no teníamos ni un pelo. Harmony sería mi madrina, al haber fallecido mi madre, y Ronan su padrino, pues el padre de Chanel no ocupaba ningún lugar entre nosotros después de maltratar durante años a su madre.

El ama de llaves y el mayordomo dejaron caer un buen puñado de lágrimas junto con nosotros el día que les hicimos una propuesta que apenas podían creer.

—¿Está seguro, señor...? —No dejé que Ronan acabara de decirlo ese día.

—Eso ya se ha acabado, Ronan. Solo estoy seguro si accedes por fin a llamarme Corwin...

—Me va a costar mucho trabajo, señor—murmuró mientras mentalmente hacía las prácticas.

De su brazo vi venir a la mujer que había dado un giro radical a mi vida. Imposible lucir más bonita con aquel elegante vestido marfil que causó furor en las redes. Lo había diseñado su hermana, que junto a su hermano y madre asistieron emocionados al evento.

—Duquesa, me haces el mortal más feliz del mundo—le confesé en el oído cuando llegó al altar.

—¿Mortal? No me seas blandengue, duque, nosotros nunca vamos a morir. ¿Y sabes por qué? Porque lo nuestro va a mantenerse vivo siempre, simplemente por eso.

Pero sí había que morir con aquella preciosidad que venía con sorpresa, porque bajo la cinturilla de aquel elegantísimo vestido comenzaba a apreciarse la curva que nuestro pequeño estaba dibujando en ella. Hacía apenas dos meses que lo sabíamos y la vida nos había cambiado por completo.

La ceremonia fue breve, pero intensa, y en ningún momento nos soltamos de la mano; un gesto que simbolizaba cómo era nuestro camino juntos por la vida, siempre de la mano.

Aquel día, en un jardín en el que él mismo le había dado el “sí, quiero” a Chanel, miré al cielo y le pedí perdón a mi padre. Por fin había verdadera paz en mi corazón, pues ese hombre jamás quiso mal alguno para mi madre y la defendió ante mis ojos como un auténtico padrasto. En cuanto a ella, tampoco le guardaba rencor, vivió como quiso. Y él, por amor, se lo consintió... de alguna forma dejé que, allá donde ambos estuviesen, arreglaran las cosas entre ellos.

Por mi parte habría encontrado la felicidad completa al lado de Chanel, aquella belleza andante que dio sentido a mi vida, poniendo cada cosa en su lugar. Decir que la amaba con toda mi alma sería quedarme muy corto.

—Duquesa, ahora ya vuelves a serlo con todas las de la ley.

—Duque, ahora lo único que me interesa con todas las de la ley es ser tu mujer y la madre de tu futuro hijo.

—Qué empalagosos son estos duques modernos, ¿cuándo se sirven aquí las copas? —Axel estaba a lo que estaba mientras miraba a Freya, que ese no perdía ocasión.

—Cuidadín que esa es mi prima, ¿eh?

—¿Y qué pasa? ¿Tengo yo la rabia o algo? A ver si crees que le voy a pegar una enfermedad.

—A pegar no, pero a acercarte más de la cuenta...

—Déjalos, que me da que a ella le mola. —Chanel me guiñó el ojo, conocía muy bien a mi prima, de modo que encogí los hombros y me fui a por ese par de copas con el que brindar con mi mujer por nuestro amor...



—Tú solo puedes mojarte los labios, que no es cuestión de que me emborraches al muchacho, ¿eh?

—O a la muchacha, que igual es niña. Huy la que te va a caer entonces, duque...

La tomé en brazos y di vueltas con ella. Todos nos miraron y brindaron por nuestro amor. El amor de un duque por una duquesa... Un ducado por amor del que habrían de escribirse aún muchos capítulos.

## Redes sociales:

Facebook: [Hugo Sanz](#)

Instagram: @hugosanz.autor

Amazon: [relinks.me/HugoSanz](#)